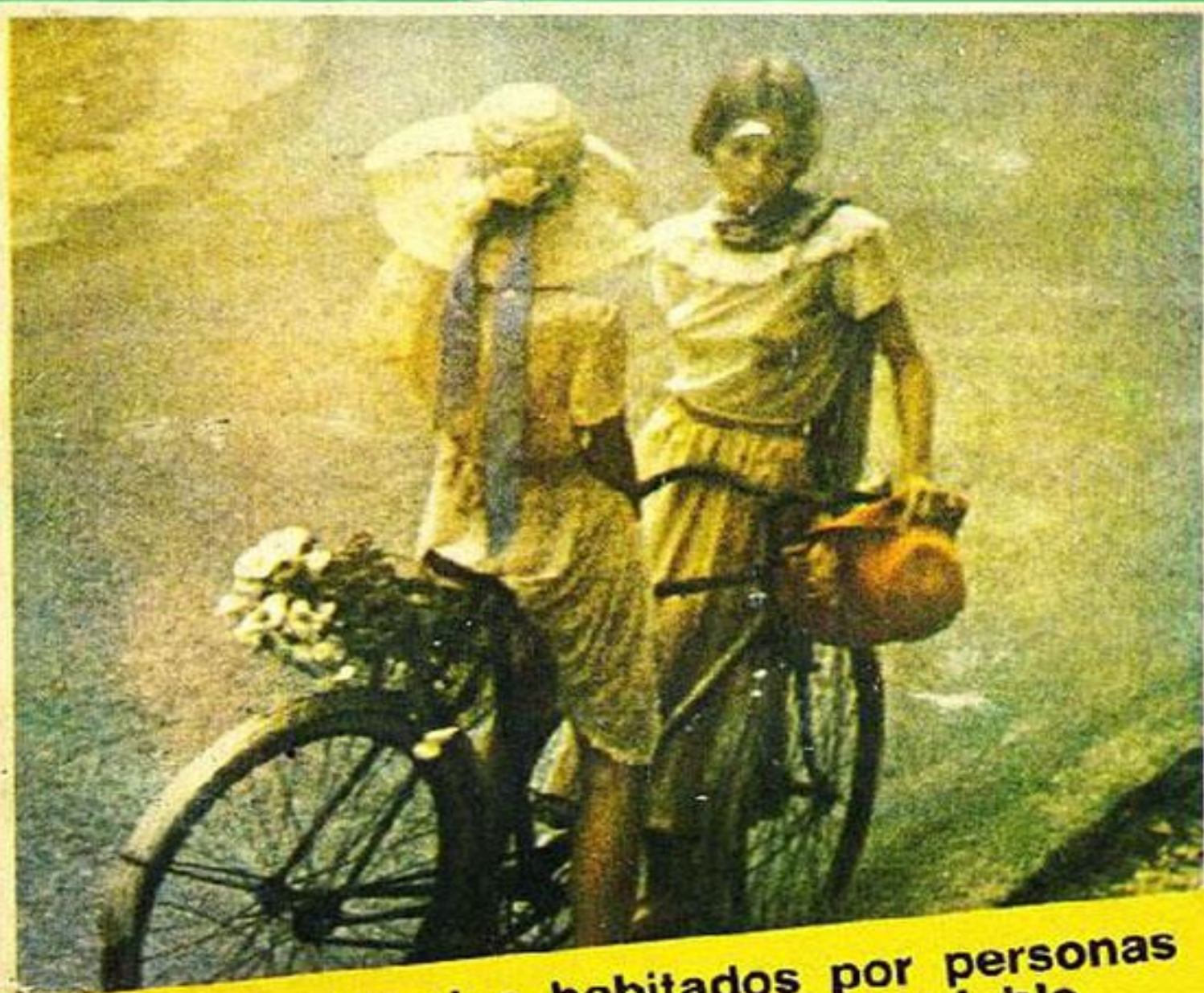


Ursula K. Le Guin

Países imaginarios



Países imaginarios habitados por personas
con problemas reales: el insaciable
anhelo de libertad humana, los terrores de la
persecución, la irreprimible necesidad del amor.

En esta colección de relatos fascinantes, Ursula K. Le Guin revela la misma gracia, el mismo virtuosismo que le ganaron un lugar tan elevado en el ámbito de la ciencia-ficción.

En estos relatos ha creado el hechizo de una serie de países imaginarios habitados por personas imaginarias con problemas reales. Su estilo, mesurado y a la vez deslumbrante de ingenio, puede compararse al extraño encanto de Isak Dinesen. La trama de los relatos avanza y retrocede en el tiempo, pero en ellos aparecen temas constantes: el insaciable anhelo de libertad humana, los terrores de la tiranía y la persecución, la irreprimible necesidad de amor.

La riqueza de la imaginación de Ursula K. Le Guin desborda en «Países imaginarios». Una vez más, esta escritora se revela como uno de los autores más importantes de nuestra época.

“Ursula K. Le Guin ofrece un tomo de relatos hermosamente escritos... encantadores, obsesionantes, infinitos. Ursula K. Le Guin es una hechicera”.

OceanofPDF.com



Ursula K. Le Guin

Países imaginarios

ePub r1.0

Titivillus 16.02.2022

OceanofPDF.com

Título original: *Orsinian Tales*

Ursula K. Le Guin, 1976

Traducción: Carlos Gardini

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



OceanofPDF.com



ORSINIA
The Ten Provinces.

LAS FUENTES

Como le habían dado la oportunidad, sabían que el doctor Kereth tal vez intentara buscar asilo político en París. Por lo tanto, en el avión que volaba hacia el Oeste, en las calles, durante las reuniones, e incluso mientras leía su conferencia en el departamento de Citología, constantemente lo acompañaban desde lejos oscuros personajes que acaso fueran estudiantes egresados o microbiólogos croatas, pero que no tenían nombre ni rostro. Puesto que su presencia no sólo daba distinción a la delegación de su país sino un poco de lustre a su gobierno —fíjense, si hasta lo dejamos venir—, se habían empeñado en que fuera; pero no lo perdían de vista. Estaba habituado a no perderse de vista. En su pequeño país un hombre sólo podía perderse de vista si no efectuaba ningún movimiento, si acallaba la voz, el cuerpo y el cerebro. El doctor Kereth siempre había sido un hombre inquieto y visible. De manera que cuando el sexto día, en medio de una excursión guiada a plena luz, de pronto se encontró a solas, por un momento lo embargó la confusión. ¿Era posible estar ausente con sólo internarse en un sendero?

Esto le ocurrió en un lugar muy extraño. Detrás de él se erguía un caserón desolado y terrible, amarillo bajo la amarilla luz de la tarde. Miles de enanos multicolores se arremolinaban en las terrazas, y más allá un canal azul pálido se perdía en la irreal lejanía de setiembre. Los parques lindaban con bosquecillos de castaños de treinta metros de alto, nobles, sombríos, traspasados por destellos de oro. Habían recorrido, a la sombra de las arboledas, los senderos donde solían cabalgar reyes pretéritos, pero el guía volvió a conducirlos al sol que relumbraba en los parques y las veredas de

mármol. Y frente a ellos, directamente frente a ellos, altas y espléndidas, murmuraron las fuentes.

Gorgoteaban y cantaban a la luz muy por encima de sus cuencas de mármol. Los bonitos y frívolos salones de ese palacio vasto como una ciudad desierta, la indiferencia de los nobles árboles, únicos habitantes adecuados de un jardín demasiado extenso para los hombres, el predominio del otoño y el pasado, todo esto alcanzaba su justa proporción gracias al rumor del agua. Las voces fonográficas de los guías guardaban silencio, los ojos fotográficos de los guiados veían. Las fuentes brincaban hacia lo alto para caer exultantes, y limpiaban los vestigios de la muerte.

Murmuraban durante cuarenta minutos. Luego dejaban de funcionar. Sólo los reyes podían darse el lujo de permitir que las Grandes Fuentes de Versalles funcionaran permanentemente y de vivir para siempre. Las repúblicas debían guardar sus propias proporciones. Así que los altos chorros blancos tartamudearon y se encogieron. Los pechos de las ninfas se secaron, las bocas de los dioses fluviales quedaron negras y abiertas. La voz imponente de los surtidores se convirtió en una tos sofocada y jadeante. El espectáculo había terminado, y por un momento todos se quedaron solos. Adam Kereth se volvió y, viendo un sendero frente a él, se internó bajo la sombra de los árboles y se alejó de las terrazas de mármol. Nadie lo siguió; y fue en este momento cuando él desapareció sin advertirlo.

La cálida luz del crepúsculo yacía entre las sombras del sendero, y a través de la luz y las sombras un hombre y una mujer jóvenes caminaban de la mano. El solitario Adam Kereth los siguió desde lejos, las mejillas empapadas de lágrimas.

Pronto lo abandonaron las sombras y alzó la mirada para ver que no había sendero ni amantes, sólo una luz tierna y espaciosa y, debajo de él, muchos árboles pequeños y redondos plantados en artesas. Había llegado a la terraza que da sobre la Orangerie. Desde esta altura, hacia el Sur, sólo se veían bosques, y Francia era un dilatado bosque en el atardecer otoñal. Ya no roncaban los cuernos para despertar al lobo o al jabalí cuando el rey iba de cacería; no que daban animales salvajes. Los únicos rastros que podían seguirse en ese bosque eran las huellas de los jóvenes amantes que venían de París en el autobús, paseaban entre los árboles y desaparecían.

Sin ningún propósito en especial, Kereth, que aún no había notado su fuga, vagabundeo por las anchas veredas rumbo al palacio, que bajo la luz moribunda ya no era amarillo sino incoloro, como un peñasco en la playa cuando se retiran los últimos bañistas. Desde atrás del edificio provenía un rugido sordo y semejante a una marejada, los motores de los autobuses que llevaban a los turistas de vuelta a París. Kereth se paró en seco. Unas pocas y pequeñas figuras corrían por las terrazas entre las calladas fuentes. La voz de una mujer llamó a un niño a lo lejos, quejumbrosa como el chillido de una gaviota. Kereth se volvió y sin mirar atrás, ahora resuelto y consciente, alerta como quien acaba de robar algo de un mostrador —una pina, un monedero, una hogaza de pan— y lo tiene oculto bajo el abrigo, volvió hacia el atardecer y se metió entre los árboles.

—Esto es mío —dijo en voz alta a los nobles castaños y a los robles, como un ladrón entre policías—. ¡Esto es mío! —Los robles y los castaños, franceses, plantados para aristócratas, no respondieron a esa colérica exigencia republicana pronunciada en una lengua extranjera. No obstante lo protegían con su obscuridad, esa obscuridad cómplice y taciturna de todas las florestas que han dado amparo a los fugitivos.

No permaneció mucho tiempo en las arboledas, una hora o menos; iban a cerrar los portones y no quería que lo encerraran. No había venido para eso. Así que volvió a las terrazas antes que lo sorprendiera la noche, siempre con el paso firme y sereno de los reyes y los cleptómanos, rodeó el peñasco enorme, pálido, poblado de ventanales, y cruzó la playa de guijarros. Allí todavía resoplaba un autobús, un autobús azul, no el gris que temía Kereth. El suyo había partido. Se lo había tragado el mar, junto con el guía, los colegas, los paisanos, los microbiólogos, los espías. Había partido, dejándolo en posesión de Versalles. Encima de él, Luis XIV, en escorzo sobre una prodigiosa montura, proclamaba la existencia del privilegio absoluto. Kereth miró la cara de bronce, la nariz de bronce desmesurada y borbónica, como un chico que mira a su hermano mayor, con afecto y desdén.

Siguió hasta atravesar los portones, y en un café camino a París su hermana le sirvió vermut en una mesa verde y polvorienta bajo los

sicómoros. El nocturno viento de otoño sopló del Sur, desde los bosques, y su perfume era un poco amargo, como el vermut, un aroma de hojas secas.

Hombre libre, fue hasta la estación suburbana por donde quiso y en el tiempo que quiso, compró el pasaje que quiso y regresó solo a París. Nadie sabe en qué estación se bajó del Metro, quizá ni siquiera él mismo, ni por dónde erró en la ciudad mientras estuvo ausente. A las once de la noche estaba apoyado en el parapeto del Puente Solferino, un hombre bajo de cuarenta y siete años, vestido con un traje raído, un hombre libre. Observó el trémulo resplandor que las luces de ese puente y de los puentes más alejados arrojaban sobre el perezoso río negro. Hacia ambos extremos del río, sobre ambas márgenes, se alzaban los refugios: el Gobierno francés, las Embajadas de los Estados Unidos e Inglaterra. Los había pasado de largo. Tal vez era muy tarde para entrar en ellos. De pie en medio del puente, entre la Rive Gauche y la Rive Droite, pensó: No queda sitio donde ocultarse. No hay tronos, no hay lobos, no hay jabalíes; hasta los leones del África se están extinguiendo. El único refugio seguro es el zoológico.

Pero nunca le había importado mucho la seguridad, y ahora descubría que tampoco le importaba mucho refugiarse, pues había hallado algo mejor: su familia y su heredad. Aquí por fin había caminado en el jardín más vasto que la vida, por senderos previamente recorridos por sus coronados hermanos mayores. Por cierto que después de eso no podía refugiarse en el zoológico. Cruzó el puente y atravesó las oscuras arcadas del Louvre, de regreso al hotel. Ahora, cuando sabía que era un rey y un ladrón y que cualquier parte podía ser su patria, volvía a su propia tierra por mera fidelidad. Hoy día, ¿qué otra razón podía incitar a un hombre? Cruzó el lobby del hotel con pasos majestuosos, sin prestar atención al agente de la policía secreta y ocultando bajo el abrigo las fuentes robadas e inagotables.

1960

EL TÚMULO

La noche cubrió el camino nevado que bajaba de las montañas. La obscuridad engulló la aldea, la torre de piedra del Castillo de Vermare, el túmulo junto al camino. La obscuridad se demoró en los rincones de los aposentos del Castillo, se tendió bajo la gran mesa y sobre cada viga, aguardó detrás de cada uno de los hombres que rodeaban el hogar.

El huésped ocupó el mejor sitio, un asiento que sobresalía a un costado de la chimenea de dos metros y medio. El anfitrión, Freyga, señor del Castillo, conde de Montayna, compartía con todos el calor de las llamas, aunque estaba más cerca del fuego que otros. Miraba fijamente el fuego, con las piernas cruzadas y las grandes manos sobre las rodillas. Evocaba la hora más difícil que había conocido en sus veintitrés años, cuando hacía tres otoños había ido a cazar al lago Malafrena, en las montañas. Pensó en la delgada flecha que un bárbaro había incrustado en la garganta de su padre; recordó el ceno frío que le empapaba las rodillas cuando se hincó ante el cadáver, entre los juncos, en el círculo de montañas oscuras. El agua del lago había agitado un poco el pelo de su padre. Y él había sentido un extraño sabor en la boca, el sabor de la muerte, semejante al bronce derretido. Ahora, mientras oía los cuchicheos de las mujeres en la pieza de arriba, sentía el sabor del bronce.

El huésped, un cura viajero, comentaba sus viajes. Venía de Solariy, allá en las praderas del Sur, donde hasta los mercaderes, según él decía, tenían casas de piedra. Los barones tenían palacios, y fuentes de plata, y comían carne asada. Los vasallos y servidores del conde Freyga escuchaban boquiabiertos. Freyga, que sólo escuchaba para matar el tiempo, fruncía el

entrecejo. El huésped ya se había quejado de los establos, del frío, del cordero que había comido en el desayuno, el almuerzo y la cena, del deplorable estado de la capilla de Vermare y del modo en que allí se decía la misa. “¡Arrianismo!”, había murmurado, conteniendo el aliento y persignándose. Al viejo padre Egius le dijo que todas las almas de Vermare estaban malditas: habían recibido un bautismo herético. “¡Arrianismo, arrianismo!”, gritó. El padre Egius, sumisamente, pensó que el arrianismo era un demonio y trató de explicar que en su parroquia nadie había estado poseído salvo uno de los moruecos del conde. El animal tenía un ojo amarillo y otro azul y había embestido de tal modo a una embarazada que la muchacha había perdido el hijo, pero en cuanto lo rociaron con agua bendita el morueco dejó de traer problemas, pues en realidad era un excelente reproductor, y la muchacha, cuya *preñez* no estaba dignificada por el matrimonio, se había casado con un honesto campesino de Bara, dándole cinco pequeños cristianos a razón de uno por año. “¡Herejía, adulterio, ignorancia!”, había clamado el sacerdote extranjero. Ahora rezó durante veinte minutos antes de comer el cordero, degollado, cocinado y servido por manos de herejes. ¿Qué quería?, pensó Freyga. ¿Acaso esperaba comodidades, en invierno? ¿Los llamaba paganos, hablando de ese “arrianismo”? Sin duda jamás había visto un idólatra, esos hombres pequeños, oscuros y terribles de Malafrena y los montes lejanos. Sin duda jamás le habían disparado una flecha pagana. Eso le enseñaría a diferenciar a los idólatras de los cristianos, pensó Freyga.

Cuando el huésped pareció poner un provisional punto final a sus jactancias, Freyga se dirigió a un mozo que yacía junto a él con la mano en la barbilla:

—Cántanos algo, Gilbert.

El mozo sonrió y se incorporó, y de inmediato comenzó, con una voz alta y dulce:

*Marchó delante el rey Alejandro,
Alejandro con armadura de oro,
de oro las grebas y el gran yelmo,*

*el plaquín de oro remachado.
Vestido de oro llegó el rey,
y convocó a Cristo, persignándose,
en las colinas de la tarde.
El ejército del rey Alejandro
se internó a caballo, magna hueste,
por las llanuras de Persia
para matar y conquistar, siguiendo al rey
en las colinas de la tarde.*

El prolongado cántico zumbaba monótonamente; Gilbert había comenzado en el medio y se detuvo en el medio, mucho antes que Alejandro muriera “en las colinas de la tarde”. No tenía importancia, pues todos lo conocían del principio al fin.

—¿Por qué le hacen cantar sobre reyes paganos? —dijo el huésped.

Freyga irguió la cabeza.

—Alejandro fue un gran rey de la Cristiandad.

—Era un griego, un pagano idólatra.

—Sin duda conoces la canción de modo diferente del nuestro —dijo cortésmente Freyga—. Como la cantamos nosotros, dice “Y convocó a Cristo, persignándose”.

Algunos de sus hombres sonrieron burlonamente.

—Quizá tu sirviente quiera cantarnos una canción mejor —añadió Freyga, pues su cortesía era genuina. Y el sirviente del sacerdote, sin hacerse rogar, entonó con voz nasal el cántico de un santo que vivió veinte años en la casa de su padre, sin ser reconocido y alimentándose de sobras. Freyga y sus vasallos escucharon fascinados. Rara vez tenían la oportunidad de conocer nuevas canciones. Pero el joven calló de pronto, interrumpido por un aullido extraño y penetrante. Freyga, incorporándose de un salto, clavó los ojos en la obscuridad del salón. Entonces vio que sus hombres no se habían movido y lo miraban en silencio. Un débil aullido volvió a escucharse arriba. El joven conde tomó asiento.

—Termina con tu canción —dijo, y el sirviente del sacerdote barboteó el resto del cántico. Cuando terminó, los envolvió el silencio.

—Se está levantando viento —dijo quedamente un hombre.

—Ha sido un invierno malo.

—Ayer, al cruzar el paso de Malafrena, la nieve te tapaba los muslos.

—Ellos lo han hecho.

—¿Quiénes? ¿Los montañeses?

—¿Recuerdan las ovejas destripadas que encontramos el otoño pasado? Kass dijo entonces que era una mala señal. Habían matado para Odne, quiso decir.

—¿Qué otra cosa podía querer decir?

—¿De qué están hablando? —preguntó el sacerdote extranjero.

—De los montañeses, señor cura. Los idólatras.

—¿Qué es Odne?

Una pausa.

—¿Qué es eso de matar para Odne?

—Bueno, señor, mejor no hablar de ello.

—¿Por qué?

—Bien, señor, como usted dijo hablando del canto, mejores son las cosas sacras, esta noche. —Kass el herrero habló con dignidad, sólo alzando los ojos para señalar la pieza de arriba; pero otro hombre, un joven con llagas alrededor de los ojos, murmuró:

—El Túmulo tiene oídos, el Túmulo oye todo...

—¿El Túmulo? ¿A qué se refieren, a ese montículo junto al camino?

Silencio.

Freyga se volvió para encarar al sacerdote.

—Matan para Odne —dijo con su voz serena—, sobre lápidas junto a los túmulos de las montañas. Qué hay adentro de esos túmulos, nadie lo sabe.

—Pobres idólatras, pobres blasfemos —murmuró apenadamente el viejo padre Egius.

—La piedra del altar de nuestra capilla vino del Túmulo —dijo el joven Gilbert.

—¿Qué?

—Cállate la boca —dijo el herrero—. Él quiere decir, señor, que tomamos la losa superior de las piedras que hay junto al Túmulo, una gran losa de mármol. El padre Egius la bendijo y es totalmente inofensiva.

—Una hermosa piedra —acordó el padre Egius, asintiendo con una sonrisa, pero cuando pronunció la última palabra otro aullido vibró en la pieza de arriba. El padre reclinó la cabeza y musitó una plegaria.

—Rece usted también —dijo Freyga, mirando al forastero, quien agachó la cabeza y comenzó a murmurar, mirando de vez en cuando a Freyga con el rabillo del ojo.

El hogar era el único lugar caldeado del Castillo, y el alba los encontró todavía allí: el padre Egius curvado como un lirón entre los juncos, el forastero tendido en su asiento lateral, las manos cruzadas sobre el vientre, Freyga estirado de espaldas como un guerrero caído en el combate. Alrededor de él roncaban sus hombres, quienes dormían sobresaltados y trazaban gestos inconclusos. Freyga fue el primero en despertar. Abriéndose paso entre los durmientes, subió la escalinata de piedra hasta el piso de arriba. Ranni la partera lo encontró en la antesala, donde varias muchachas dormían con los perros, amontonadas sobre una pila de pieles de ovejas.

—Todavía no, conde.

—Pero ya van dos noches...

—Ah, apenas empieza —dijo despectivamente la comadrona—. Tiene que descansar, ¿no es así?

Freyga le dio la espalda y bajó pesadamente las tortuosas escaleras, agobiado por el desprecio de esa mujer. Y el de todas las mujeres durante todo el día anterior; tenían una cara contraída y severa; no le prestaban la menor atención. Permaneció afuera, expuesto al frío, insignificante. No podía hacer nada. Se sentó a la mesa de roble y hundió la cabeza entre las manos, tratando de pensar en Galla, su mujer, de diecisiete años; hacía diez meses que estaban casados. Freyga pensó en ese vientre blanco y redondo. Trató de pensar en la cara de su mujer pero sólo descubrió el regusto del bronce en su lengua.

—¡Tráiganme algo de comer! —gritó, asestando un puñetazo en la mesa, y el Castillo de Vermare despertó sobresaltadamente de la gris parálisis del alba. Los mozos corrieron de un lado a otro, los perros

ladraron, estallaron voces en la cocina, los hombres se estiraron y escupieron junto al fuego. Freyga permaneció sentado, la cabeza sepulta entre las manos. Bajaron las mujeres, de a una o dos por vez, para descansar a la lumbre y probar algún bocado. Tenían la cara contraída. Hablaban entre sí, a los hombres no les dirigían la palabra.

Había dejado de nevar y soplaba viento de las montañas, apilando la nieve contra los muros y los establos, un viento tan frío que cortaba el aliento en la garganta como una navaja.

—¿Por qué estos montañeses, estos sacrificadores de ovejas, no han recibido la palabra de Dios? —Quien hablaba era el sacerdote de vientre redondo, dirigiéndose al padre Egius y al hombre con llagas alrededor de los ojos, Stefan.

Titubearon, no muy seguros del significado de “sacrificadores”.

—No sólo matan ovejas —aventuró el padre Egius.

Stefan sonrió.

—No, no, no —dijo, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué quieren decir? —La voz del forastero era agria, y el padre Egius dijo, con cierta humildad:

—También... también matan cabras.

—Ovejas o cabras, lo mismo da. ¿De dónde vienen esos paganos? ¿Cómo se les permite habitar en tierra cristiana?

—Siempre vivieron aquí —respondió asombrado el viejo sacerdote.

—¿Y nunca intentó usted acercarlos a la Santa Iglesia?

—¿Yo?

Era una buena broma, imaginar al viejo y pequeño sacerdote subiendo por las montañas; pasó un buen rato antes que se apagaran las carcajadas. Aunque el padre Egius no era vanidoso quizá se sintió algo tocado, pues al fin dijo, con bastante sequedad:

—Ellos tienen sus dioses, señor.

—Sus ídolos, sus demonios, sus como quieran llamarlos... ¡Odne!

—Tranquilo, sacerdote —dijo de pronto Freyga—. ¿Es necesario pronunciar ese nombre? ¿No sabes rezar?

Después de eso el forastero fue menos altivo. Las ásperas palabras del conde habían roto el hechizo de la hospitalidad, y todos lo miraban con

expresión huraña. Esa noche volvieron a cederle el asiento junto al fuego, pero el huésped, en vez de estirar las piernas para recibir el calor, permaneció acurrucado.

Esa noche no hubo cantos frente al hogar. Los hombres hablaban en un hilo de voz, silenciados por el silencio de Freyga. La obscuridad aguardaba a sus espaldas. La quietud sólo era quebrada por los aullidos del viento fuera de las murallas y los aullidos de la mujer de arriba. No se la había oído en todo el día, pero ahora sus alaridos roncós y opacos se repetían una y otra vez. A Freyga le parecía imposible que aún tuviera fuerzas para gritar. Era una muchacha tan flaca y menuda que no podía llevar consigo tanto dolor.

—¡Qué harán esas mujeres, arriba! —estalló. Sus hombres lo miraron sin decir nada—. ¡Padre Egius! Algún mal ronda esta casa.

—No puedo hacer nada sino rezar, hijo mío —dijo el viejo, asustado.

—¡A rezar entonces! ¡Al altar! —Empujó al padre Egius hacia la fría obscuridad, cruzando el patio donde la nieve seca se arremolinaba invisible a voluntad del viento, hasta la capilla. Al cabo de un rato volvió solo. El viejo sacerdote había prometido pasar la noche de hinojos junto al fuego en la pequeña celda que tenía atrás de la capilla. El único que permanecía despierto frente al hogar era el forastero. Freyga tomó asiento y por un largo rato guardó silencio.

El forastero alzaba la frente y pestañeaba al ver que los ojos azules del conde lo miraban implacables.

—¿Por qué no duermes?

—No tengo sueño, conde.

—Sería mejor que durmieras.

El forastero parpadeó nerviosamente, luego cerró los ojos y trató de parecer dormido. De vez en cuando, a través de los párpados entrecerrados, le echaba una mirada a Freyga y trataba de repetir una plegaria a su santo patrono sin mover los labios.

A ojos de Freyga era una araña gorda y negra. Su cuerpo irradiaba obscuridad, envolviendo el salón como una telaraña.

El viento amainaba y daba paso al silencio. Freyga escuchó los gemidos de su mujer, un ruido lánquido y seco.

El fuego se consumió. Los cordeles y hebras de obscuridad se espesaban alrededor del hombre-araña sentado junto al hogar. Un minúsculo destello titiló debajo de sus cejas. La parte inferior del rostro se movió levemente. Obraba hechizos más y más profundos. El viento había callado. No se oía un solo ruido.

Freyga se levantó. El sacerdote miró la robusta y dorada figura recortada contra la obscuridad, y cuando Freyga le dijo que lo acompañara, el terror le impidió moverse. Freyga le tomó el brazo y lo obligó a incorporarse.

—Conde, conde, ¿qué quiere de mí? —susurró, esforzándose por librarse de él.

—Acompáñame —dijo Freyga, y lo llevó hasta la puerta, cruzando el piso de piedra a través de la obscuridad.

Freyga vestía una túnica de piel de oveja, el sacerdote sólo una manta de lana.

—Conde —jadeó, trotando junto a Freyga por el patio—, hace frío, un hombre podría morir congelado, puede haber lobos...

Freyga corrió las gruesas trancas del pórtico del Castillo y abrió uno de los batientes.

—Adelante —ordenó, gesticulando con la espada envainada.

El sacerdote permaneció donde estaba.

—No —dijo.

Freyga desnudó la espada, una hoja corta y gruesa. Pinchando con la punta las nalgas encubiertas por la manta de lana, obligó al sacerdote a salir y precederlo por la calle del villorrio, hasta el sendero en declive que conducía a las montañas. Caminaban con lentitud, pues la nieve estaba alta y a cada paso los pies quebraban la corteza y se hundían. El aire estaba ahora perfectamente quieto, como congelado. En el cielo, entre nubes altas y desleídas, se veía la forma de la estrella con su vaina de tres estrellas rutilantes. A esa figura algunos la llamaban el Guerrero, otros el Silencioso, Odne el Silencioso.

El cura murmuraba una plegaria tras otra, un parloteo apagado y persistente, y al inhalar le silbaba el pecho. Una vez tropezó y cayó de bruces en la nieve. Freyga lo levantó con brusquedad. El sacerdote miró la

cara del joven a la luz de la luna, pero no dijo nada. Siguió arrastrando los pasos, sin interrumpir sus continuas y susurradas plegarias.

La torre y el villorrio de Vermare se confundieron con las tinieblas; los circundaron los montes desiertos y las planicies de nieve, pálidas a la luz de las estrellas. Junto al camino había un montículo más bajo que un hombre, con forma de tumba. Al lado se erguía un poste o altar grueso y de escasa altura al cual el viento había despojado de nieve. Freyga aferró el hombro del cura y lo forzó a salirse del camino y dirigirse al altar erigido junto al Túmulo.

—Conde, conde... —jadeó el sacerdote cuando Freyga le agarró la cabeza y la echó hacia atrás. Los ojos relumbraron a la luz de las estrellas y la boca se abrió para gritar, pero el grito fue sólo un silbido gorgoteante cuando Freyga le cortó la garganta.

Freyga arrastró el cadáver, lo echó sobre el altar y desgarró el manto hasta que pudo abrir un tajo en el vientre desnudo. La sangre y las entrañas afloraron y se derramaron sobre las piedras secas del altar y humearon sobre la nieve seca. El *cadáver* sin vísceras cayó sobre las piedras como un abrigo vacío, hamacando los brazos.

El conde, espada en mano, se hincó junto al Túmulo, en la delgada capa de nieve azotada por el viento. La tierra se mecía y jadeaba, ecos de voces se perdían en la obscuridad.

Cuando alzó la cabeza y miró en torno, todo había cambiado. El cielo sin estrellas parecía una bóveda alta y descolorida. Los montes y las montañas lejanas se erguían nítidas y sin sombras. El amorfo cadáver echado sobre el altar estaba negro, la nieve al pié del Túmulo era negra, negras las manos de Freyga y la hoja de su espada. Trató de lavarse las manos con nieve y la mordedura del frío lo despabiló. Se levantó aturdido, y regresó a Vermare tambaleándose; las piernas le parecían ajenas. Mientras caminaba sintió las caricias del húmedo viento del Oeste, que se levantaba con el día para disipar la nieve.

Ranni estaba de pie junto al hogar, y el joven Gilbert atizaba el fuego. La mujer tenía la cara hinchada y grisácea.

—Y bien, conde, lo estábamos esperando —le dijo con sorna.

El conde respiraba con pesadez, la cara distendida. No dijo una palabra.

—Vamos, venga conmigo —dijo la comadrona. La siguió por las tortuosas escaleras. Habían barrido la paja que antes cubría el suelo, arrinconándola contra la chimenea. Galla aún yacía en esa cama que parecía un cajón, la cama nupcial. Tenía los ojos cerrados y profundamente hundidos. Roncaba débilmente.

—¡Shh! —dijo la comadrona en cuanto el conde quiso acercársele—. ¡No haga ruido! Mire aquí.

Le mostraba un bulto estrechamente arropado.

Al cabo de un rato, como él se obstinaba en su silencio, ella susurró con acritud:

—Un varoncito. Grande y fuerte.

Freyga estiró la mano hacia el bulto. Una costra pardusca le embadurnaba las uñas.

La comadrona estrechó el bulto contra su cuerpo.

—Usted está helado —dijo con su áspero y despectivo susurro—. Mire. —Apartó un pliegue para mostrarle por un momento un minúsculo y purpúreo rostro humano, luego volvió a taparlo.

Freyga fue hasta el pie de la cama y se arrodilló en el suelo, inclinando la cabeza hasta tocar el piso de piedra.

—Mi Señor Jesucristo —murmuró—, alabado seas, te estoy agradecido...

El obispo de Solariy nunca descubrió qué había sido de su enviado al noroeste. Como era un varón tenaz, tal vez se había aventurado muy lejos en las montañas aún habitadas por idólatras y había sufrido el martirio.

El nombre del conde Freyga vivió muchos años en la historia de su provincia. Fue en vida del conde cuando se fundó el monasterio benedictino en la montaña que da sobre el lago Malafrena. Los rebaños del conde Freyga y la espada del conde Freyga alimentaron y defendieron a los monjes en los primeros y crudos inviernos. En el deficiente latín de sus crónicas, inscribiéndolos con tinta negra en el perdurable pergamino, ellos consignaron con gratitud el nombre del conde y del hijo del conde, esforzados paladines de la Iglesia de Dios.

EL BOSQUE DE ILE

—¡Claro que hay delitos imperdonables! —dijo el joven doctor—. El homicidio no puede quedar impune.

Su colega, un hombre de edad, meneó la cabeza.

—Hay gente imperdonable, quizá; pero los delitos... eso depende.

—¿De qué? Tomar una vida humana... eso es absoluto. Al margen de la defensa propia, por supuesto. La sacralidad de la vida humana...

—No es algo con lo cual la ley deba entrometerse —dijo secamente el hombre de edad más avanzada—. De hecho, en mi familia hubo un asesinato. Dos asesinatos. —Y casi sin apartar los ojos del fuego, refirió su historia.

Mi primera práctica fue en el Norte, en el Valone. Fui allá con mi hermana en 1902. Ya entonces era un lugar sin atractivos. Las viejas fincas habían sido vendidas a las plantaciones de remolacha, y las minas de hulla abrían manchas negras en las colinas del Sur y el Oeste. Era apenas una llanura grande y monótona; sólo en el linde oriental, en Valone Alte, tenía uno la sensación de estar en la montaña. El primer día que fui a Valone Alte vi una arboleda; todos los árboles del valle habían sido talados. Ahí había unos abedules que se teñían de oro, y detrás de ellos una casa, y detrás de la casa un grupo de robles enormes y añosos que adquirían un tono entre rojizo y pardusco; estábamos en octubre. Era hermoso. Cuando mi hermana y yo salíamos los domingos, yo conducía por ese camino, y ella, con su voz somnolienta, solía comentar que se parecía al castillo del cuento de hadas, el castillo de plata en un bosque de oro. Yo tenía varios pacientes en Valone Alte y siempre tomaba esa ruta. En invierno, cuando los árboles estaban

desnudos, podía verse la vieja casona; en primavera podía escucharse el canto de los cuculillos, y en verano el de las tórtolas. Yo ignoraba si allí vivía alguien. Nunca lo pregunté.

Pasó un año; yo no logré toda la práctica que había esperado, pero Poma, mi hermana Pomona, lograba unir los extremos y siempre se conservaba adormilada y serena. Sobrevivíamos. Una tarde, cuando volví, encontré que habían dejado un mensaje de un sitio llamado He, en la ruta de Valone Alte. Le pregunté a Minna, la casera, dónde estaba eso.

—Caramba, en el Bosque de He —dijo, como si allí hubiese un bosque del tamaño de Siberia—. Pasando el molino viejo.

—El castillo de plata —dijo Poma con una sonrisa.

Partí en el acto. Sentía curiosidad. Usted sabe cómo es cuando uno elabora ciertas fantasías con respecto a un lugar y de pronto lo llaman para ir de visita. Los árboles añosos aún rodeaban la casa, cuyos ventanales reflejaban el último resplandor purpúreo del poniente. Mientras yo ataba el caballo, un hombre salió a recibirme.

No salía de ningún cuento de hadas. Frisaba en los cuarenta y tenía una de esas caras filosas que se ven en el Norte, duras como el pedernal. Me llevó adentro. En la casa no había luz; el hombre llevaba una lámpara de querosén. Por lo que alcancé a ver, los cuartos parecían desiertos y despojados. No había alfombras, nada. La pieza de arriba adonde me llevó tampoco tenía felpudo; la cama, la mesita, unas pocas sillas; pero un buen fuego crepitaba en el hogar. Cuando uno necesita leña, es bueno tener un bosque.

El paciente era el dueño del bosque, Ileskar. Neumonía. Y era un luchador. Lo atendí durante setenta horas y en todo ese tiempo no dejó escapar un solo suspiro que no fuera un acto de pura voluntad. La tercera noche había una mujer a punto de dar a luz en el Mesoval, pero se la dejé a la partera. Imagínese, yo era joven, y me decía que todos los días llegan niños al mundo, pero que no todos los días lo abandona un valiente. Él luchaba y yo trataba de ayudarlo. Al amanecer la fiebre bajó abruptamente, como ocurre ahora con estas drogas nuevas, pero no era gracias a ninguna droga: el hombre había luchado y vencido. Volví a casa exaltado, en un alba blanca y ventosa.

Durante su convalecencia yo iba a verlo todos los días. Me fascinaba el hombre, me fascinaba el lugar. La última noche había sido una de esas noches que sólo se tienen de joven: noches completas que van del poniente al amanecer, cuando la vida y la muerte lo acompañan a uno, y afuera están el bosque, el invierno y la obscuridad.

Digo “bosque” tal como decía Minna, aludiendo a ese grupo de pocos centenares de árboles. Alguna vez había sido un bosque. Había cubierto todo el Valone Alte, al igual que las propiedades de los Ileskar. En el curso de una centuria y media había menguado cada vez más, y ahora no quedaba sino el bosquecillo y la casa, y una participación en las plantaciones Kravay, lo suficiente como para mantener con vida a un Ileskar. Y Martin, el hombre de la cara filosa, técnicamente su sirviente, aunque los dos compartían el trabajo y la comida. Martín era un tipo raro y celoso, consagrado a Ileskar. Su devoción me daba la sensación de ser una fuerza auténtica, posesiva y defensiva sin tener características sexuales. No me asombraba demasiado. Algo había en Galven Ileskar que lo hacía parecer totalmente natural, pues era natural admirarlo y protegerlo.

Fue Minna quien me contó casi toda la historia; su madre había trabajado para la madre de él. El padre había derrochado lo que quedaba por derrochar y después había muerto de pleuresía. Galven ingresó al ejército a los veinte años; a los treinta se casó, se retiró con el grado de capitán y volvió a Ile. Unos tres años después lo abandonó su mujer, quien se fugó con un hombre de Brailava. De esa parte de la historia fue el mismo Galven quien contó algo. Me estaba agradecido por las visitas; supongo que era evidente que yo buscaba su amistad. Sintió que no correspondía ser reservado. Yo le conté algo de Poma y de mí, de manera que él se vio en la obligación de comentarme algo de su matrimonio.

—Ella era muy frágil —dijo. Tenía una voz amable y acariciante—. Yo tomé su fragilidad por dulzura. Un error. Pero no fue culpa de ella. Un error. Usted sabe, ella me dejó por otro hombre.

Asentí, no sin turbación.

—Una vez lo vi azotar un caballo hasta dejarlo ciego —dijo Galven, con su tono reflexivo y doloroso—. Pararse frente al animal y azotarle los ojos hasta dejarle un par de llagas abiertas. Cuando llegué acababa de

terminar. Lanzó un profundo suspiro de satisfacción, como si se levantara de la cena. Era su propio caballo. No hice nada. Le dije que se fuera de aquí, que desapareciera. No era bastante...

—Entonces, usted y su... esposa, ¿están divorciados?

—Sí —dijo, y a través del cuarto le dirigió una mirada a Martín, que estaba atizando el fuego. Martín asintió, y Galven dijo una vez más—: Sí. —Hacía sólo cosa de una semana que estaba convaleciente, se lo veía cansado; la situación era algo extraña, pero yo ya sabía que él era un tipo extraño—. Lo siento —dijo—, olvidé cómo hablar con la gente civilizada. Era realmente doloroso que él me presentara disculpas así que pasé al primer tema que se me ocurrió, hablándole de Poma y de mí y de la vieja Minna y mis pacientes, y de pronto me encontré preguntándole si alguna vez podría traer a Poma cuando viniera a He.

—El lugar le causó tanta admiración cuando pasamos por aquí.

—Para mí sería un gran placer —dijo Galven—. ¿Pero podrá esperar a que pueda levantarme? Además, esto es una especie de guarida de lobo...

Hice oídos sordos.

—Ella no lo notaría —dije—. Su cuarto parece un matorral, siempre lleno de bufandas y chales y frasquitos y libros y horquillas para el pelo; nunca pone las cosas en su sitio. Jamás mete un botón en el ojal que corresponde, y siempre deja las cosas tiradas al pasar, como una especie de estela. —No era exageración. A Poma le encantaban las ropas suaves y las telas transparentes, y por dondequiera que pasaba dejaba un velo colgado del brazo de un sillón, o un echarpe ondeando sobre el rosál, o algún objeto blanco y mullido junto a la puerta: era como un animalito dejando jirones de piel por todas partes, al modo de los conejos cuyos vellones blancos se ven en los zarzales cuando amanece en el campo. Si perdía una bufanda y sentía el cuello desnudo se apropiaba de cualquier paño que encontraba, y yo solía preguntarle si se había puesto un felpudo en los hombros, a lo que ella respondía con su dulce, turbada, perezosa sonrisa. Era muy dulce, mi hermana. Cuando le dije que un día de éstos la llevaría de visita a Ile recibí una buena sorpresa.

—No —me dijo, sin más vueltas.

—¿Por qué no? —protesté. Yo había hablado mucho de Ileskar, y ella había demostrado interés.

—Él no quiere que lo visiten mujeres ni extraños —dijo—. Deja en paz al pobre hombre.

—Tonterías. Se encuentra muy solo y no sabe cómo romper ese aislamiento.

—Entonces necesita una persona como tú —dijo con una sonrisa. Yo insistí, pues estaba interesado en el bienestar de Galven, y mi hermana al fin respondió—: Tengo ideas extrañas con respecto a ese lugar, Gil. Cuando hablas de Ileskar, yo sigo pensando en el bosque. En el antiguo bosque, quiero decir, en cómo debió ser. Un lugar vasto y sombrío sembrado de ciénagas jamás vistas por nadie, y de sitios que la gente conoció y olvidó, y lleno de fieras. Un lugar donde es fácil extraviarse. Creo que me quedaré en casa a cuidar mis rosas.

Supongo que farfullé algo acerca de la “falta de lógica de las mujeres” y cosas semejantes. No obstante, seguí acosándola y ella finalmente se rindió. Su gracia consistía en rendirse, así como la de Galven en no ceder jamás. No habíamos fijado fecha para nuestra visita, y eso la tranquilizó. De hecho, transcurrieron un par de meses antes que mi hermana fuera a He.

Recuerdo el extenso y agobiante cielo de febrero que pesaba sobre el valle mientras nos dirigíamos a ese lugar. La casona parecía desnuda bajo esa luz de invierno y entre esos árboles pelados. Se veían las vigas arrancadas del techo, las ventanas sin cortinas, las veredas cubiertas de malezas. Yo había pasado una mala noche, soñando que seguía un rastro a través del bosque, al parecer de un animalito, sin encontrarlo nunca.

Martin no estaba. Galven cuidó de nuestro pony y nos llevó a la casa. Vestía viejos pantalones de oficial a los que les había quitado la franja, una vieja chaqueta y una tosca bufanda de lana. Yo nunca había notado, hasta que lo miré por los ojos de Poma, hasta dónde llegaba su pobreza. Comparados con él, éramos ricos: teníamos nuestros abrigos, nuestro carbón, nuestro carruaje y nuestro pony, nuestros pequeños tesoros y posesiones. Él tenía una casa desierta.

Él o Martín habían abatido uno de los robles para alimentar la enorme chimenea de la planta baja. Las sillas donde estábamos sentados eran del

cuarto de arriba. Teníamos frío, estábamos tiesos. Los buenos modales de Galven estaban congelados. Le pregunté dónde se encontraba Martín.

—Salió a cazar —respondió Galven inexpresivamente.

—¿Es usted amante de la caza, señor Ileskar? —preguntó Poma. Su voz era serena, y la lumbre le hacía la cara rosada. Galven la miró y se quebró el hielo.

—Solía cazar patos en los pantanos, cuando vivía mi esposa —dijo—. Hoy no quedan muchas aves, pero entonces me gustaba vadear los pantanos cuando subía el sol.

—Es lo más apropiado para los problemas respiratorios —intervine—. Haga lo posible por volver a esa actividad.

De inmediato todos nos distendimos. Galven dio en contarnos historias de cacería relacionadas con su familia, historias que aludían a la caza del jabalí; hacía un siglo que no había jabalíes en el Valone. Y eso nos llevó a las historias que los viejos aldeanos como Minna aún recordaban en esos días; a Poma la fascinaban, y Galven le contó una, una suerte de tosca y lúgubre narración épica llena de aludes y héroes armados con hachas que debió haber bajado de una choza a otra, a lo largo de los siglos, desde las montañas que dominaban el valle. Él hablaba con claridad, con esa voz tenue y seca, y nosotros escuchábamos con atención, sentados frente al fuego y acosados por sombras y corrientes de aire. En alguna ocasión intenté escribir esa historia y advertí que sólo podía recordar fragmentos y que toda su poesía se había evaporado; pero una vez escuché cómo Poma se la contaba a sus niños, palabra por palabra y tal como Galven la había referido esa tarde en Ile.

Cuando nos alejamos del lugar me pareció ver que Martín salía del bosque y se dirigía a la casa, pero la obscuridad me impidió estar seguro.

—¿Su mujer murió? —preguntó Poma mientras cenábamos.

—Están divorciados.

Mi hermana sirvió un poco de té y vagó en sus ensoñaciones.

—Martín nos eludía —afirmé.

—No aprueba que yo vaya a visitarlos.

—Es un tipo bastante hosco. ¿Pero qué te pareció Galven?

Poma asintió con la cabeza y de inmediato sonrió como si algo le hubiese venido a la mente. Pronto se retiró a su cuarto, dejando un transparente echarpe rosado colgado de su silla por una hebra.

A las pocas semanas Galven nos visitó. Me sentí halagado y sorprendido. Nunca lo había imaginado lejos de He, parado como cualquier otro en nuestra salita de dos por dos. Había comprado una montura en Mesoval. Estaba harto complacido y nos hablaba con seriedad, explicándonos que se trataba de una yegua realmente valiosa, aunque era vieja y la habían montado en exceso, y se explayó acerca del modo de “reponer” a un caballo arruinado.

—Cuando vuelva a estar en condiciones quizá quiera usted cabalgarla, señorita Pomona —dijo Galven, pues mi hermana había mencionado que era amante de la equitación—. Es muy dócil.

Pomona aceptó en el acto; no podía resistirse a una cabalgata. “Lo más adecuado a mi pereza —solía decir—; quien trabaja es el caballo, y yo me quedo sentada”.

Mientras estuvo Galven, Minna no dejó de fisgonear por la hendidura de la puerta. En cuanto él se fue ella nos ofrendó la primera muestra de respeto desde que nos conocía. Habíamos ascendido un escalón en el mundo. Tomé ventaja de la circunstancia para preguntarle sobre el hombre de Brailava.

—Solía venir de cacería. En esos días el señor Ileskar recibía gente. No como en épocas de su padre, pero de todos modos a veces venían damas y caballeros. Ése venía a cazar. Dicen que cegó su caballo a latigazos y que tuvo un terrible altercado con el señor Ileskar a raíz de eso y que lo echaron. Pero supongo que regresó y que a pesar de todo se burló del señor Ileskar.

De manera que la historia del caballo era cierta. Yo no había estado seguro. Galven nunca mentía, pero yo sospechaba que la soledad le impedía distinguir claramente las variedades y los matices de la verdad. No sé por qué tenía yo esa impresión, a no ser por las veces en que él había dicho que su mujer había muerto; y al menos para él, si no para otros, la verdad era esa. No obstante, la sonrisa burlona de Minna me desagradó: ella sentía un necio respeto por Ileskar “como caballero”, pero no lo respetaba como hombre. Se lo dije. Encogió sus anchos hombros.

—Bien, doctor, dígame entonces por qué no reaccionó y los persiguió. ¿Por qué se dejó quitar la mujer sin siquiera pestañear?

No era un argumento endeble.

—Después de lo ocurrido —aduje— no valía la pena perseguir a esa mujer. —Minna volvió a encogerse de hombros, y era lo más natural. Según su código, y el de Galven, no era así como funcionaba el orgullo.

De hecho era inconcebible que ese hombre se hubiese dado por vencido. Yo lo había visto combatir a un enemigo más tenaz que un adúltero... ¿Acaso Martin había interferido de algún modo? Martin era profundamente cristiano; su código era muy diferente. Pero por muy cristiano que fuese no podía haber sido un obstáculo a la voluntad de Galven. La situación me dejó muy intrigado y más de una vez cavilé al respecto durante esa primavera. Era esa *pasividad* de la conducta de Galven la que no encajaba de ningún manera con el carácter soberbio, franco e intransigente del hombre que yo había creído conocer. Alguna pieza faltaba.

Esa primavera llevé a Poma a cabalgar a He en varias oportunidades; el invierno la había dejado algo decaída y le prescribí ese ejercicio para gran complacencia de Galven, quien hacía tiempo no se sentía capaz de ayudar a otro ser humano. En junio compró un segundo caballo, al recibir el dinero de las plantaciones de Kravay; lo llamaban el caballo de Martin y Martin lo montaba cuando iba a Mesoval, pero cuando Poma venía a cabalgar la vieja yegua negra, era Galven quien lo montaba. Formaban una graciosa pareja: Galven, un jinete cabal, a lomos del ruano grande y huesudo; Poma, perezosa y sonriente, montada de costado en esa yegua gorda y vieja. En verano Galven solía venir todos los domingos por la tarde en busca de Poma, y los dos salían a cabalgar hasta el anochecer. Al volver de esas cabalgatas, ella tenía la cara encendida y le brillaban los ojos, y yo lo atribuí al ejercicio. ¡No hay persona más tonta que un joven médico!

Llegó una noche de agosto, la noche de un día caluroso. Yo había atendido un caso de obstetricia, cinco horas, gemelos prematuros que nacieron muertos, y llegué a casa a eso de las seis y me tiré en mi pieza. Estaba agotado. El desdichado parto, el mórbido y espeso calor, el cielo agrisado por el humo sobre la planicie chata y monótona, todo se abatió sobre mí. Allí tendido, escuché en el camino un repiqueteo de cascos

amortiguado por el polvo, y al poco tiempo escuché las voces de Galven y Pomona. Estaban en el pequeño rosal bajo mi ventana.

—No lo sé, Galven —decía ella.

—No puedes venir allá —dijo él.

Si ella respondió, no pude oírla.

—Allí, cuando el techo gotea —dijo él—, gotea en serio. Tapamos el agujero con viejos tablones. Techar una casa como ésa cuesta dinero. Yo no tengo dinero. No tengo profesión. Me educaron para no tener una profesión. La gente como yo tiene tierras, no dinero. Yo no tengo tierras. Tengo una casa desierta. Y es allí donde vivo, y es eso lo que soy, Pomona. No puedo dejarla. Pero tú no puedes vivir allí. Allí no hay nada. Nada.

—Estás tú —dijo ella, o eso creí que dijo; hablaba en voz muy baja.

—Volvemos a lo mismo.

—¿Por qué?

Hubo una pausa prolongada.

—No sé —dijo él—. Todo comenzó bien. De algún modo, era como regresar. Regresarla a ella a esa casa. Lo intenté, traté de hacerla dueña de He. Eso es lo que soy. Pero no valió de nada, no vale de nada. ¡Es inútil, Pomona!

Esas palabras fueron pronunciadas angustiosamente, y ella se limitó a responder llamándolo por su nombre. Después de eso no pude oír lo que decían, sólo el murmullo de sus voces, sosegadas y tiernas. Aunque fuera una vergüenza estar escuchando era maravilloso ser testigo de esa ternura. Y no obstante yo tenía miedo, sentía la morbidez, la fatiga que había sentido esa tarde al traer a luz a los muertos. Era imposible que mi hermana se enamorase de Galven Ileskar. No porque él fuera pobre, no porque hubiese escogido vivir en una casa semiderruida en el extremo de un pedazo de tierra anónima; ésa era su heredad, ése era su derecho. Los hombres singulares tienen vidas singulares. Y Poma tenía derecho a optar por todas esas cosas, si lo amaba. No era eso lo que lo hacía imposible. Era la pieza que faltaba. Había una carencia mucho más profunda, una carencia de Galven. Había una hendidura, una zona olvidada, una grieta en su humanidad. Él no era mi hermano, como a mi juicio lo eran todos los hombres. Él era un extraño llegado de una comarca diferente.

Esa noche miré con insistencia a Poma; era una bella muchacha, tan delicada como la luz del sol. Me maldije por no haberla mirado antes con atención, por no haber sido un hermano decente, llevándola a alguna parte, a cualquier parte donde pudiese conseguir compañía, donde hubiese encontrado una docena de hombres dispuestos a amarla y proponerle matrimonio. En cambio, la había llevado a He.

—Estuve pensando —dije a la mañana siguiente durante el desayuno— que estoy harto de este lugar. Tengo ganas de probar suerte en Brailava. —Pensé que estaba actuando con sutileza, hasta que vi el terror pintado en sus ojos.

—¿De veras? —dijo en un hilo de voz.

—Aquí estamos condenados a las estrecheces. No es justo para ti, Poma. Voy a escribirle a Cohen para pedirle que me busque alguna ubicación en la ciudad.

—¿No deberías esperar un poco más?

—Aquí no. Es totalmente inconducente.

Asintió y en cuanto pudo salió del cuarto. Esta vez no dejó bufandas ni pañuelos, no dejó el menor rastro. Se encerró todo el día en su habitación. Yo sólo tenía que hacer un par de visitas. ¡Por Dios, fue un día prolongado!

Estaba regando las rosas después de la cena, en el sitio donde mi hermana y Galven habían conversado la noche anterior, cuando ella se me acercó.

—Gil —dijo—, quiero hablar contigo.

—Te enganchaste la blusa en ese rosal.

—Desengánchame, no alcanzo.

Quebré la espina y la liberé.

—Estoy enamorada de Galven —dijo.

—Oh, ya veo —dije yo.

—Hemos hablado mucho al respecto. Él opina que no podemos casarnos, porque es muy pobre. Yo, de todos modos, quise que lo supieras. Para que entendieras por qué no quiero dejar el Valone.

Me quedé sin palabras, o mejor dicho las palabras me estrangularon. Al fin pude barbotar algunas.

—Es decir que quieres quedarte, aunque...

—Sí. Así al menos puedo verlo a él.

Mi bella durmiente estaba despierta. Él la había despertado; él le había dado lo que le faltaba, lo que pocos hombres le podían haber dado; la sensación del peligro, que está en la raíz del amor. Ahora necesitaba lo que siempre había tenido sin necesitarlo, la serenidad y la fuerza. Clavé los ojos en ella y dije por fin:

—¿Te propones ir a vivir con él?

Se puso blanca, blanca como la muerte.

—Lo haría si me lo pidiera —dijo—. ¿Lo crees capaz?

Estaba furiosa, y yo estaba aturdido. La miré, sin soltar la regadera, y le pedí disculpas.

—Lo siento, Poma, no era mi intención... ¿Pero *qué* piensas hacer?

—Lo ignoro —dijo, aún colérica.

—Es decir que te propones seguir viviendo aquí, y él allí, y... —Ya me había llevado al punto de tener que decirle que le propusiera matrimonio a Galven. Esta vez fui yo quien montó en cólera—. Muy bien —dije—, iré a hablarle.

—¿Acerca de qué? —dijo ella, asumiendo en el acto la defensa de Galven.

—¡Acerca de sus intenciones! Sí quiere casarse contigo, me imagino que podrá encontrar algún trabajo.

—Lo ha intentado —dijo ella—. No fue educado para trabajar. Y además, tú sabes que estuvo enfermo.

Su dignidad, su vulnerable dignidad, me llegó al corazón.

—¡Oh, Poma, claro que lo sé! Y tú sabes que yo lo respeto, que lo quiero. En un principio fue mi amigo, ¿no es así? Pero la enfermedad... ¿qué clase de enfermedad...? A veces pienso que nunca lo he conocido en serio... —No pude decir una palabra más, pues ella no me comprendía. O bien no veía los recovecos oscuros del bosque, o bien a sus ojos eran un puro resplandor. Poma temía por él, pero a él no le temía en absoluto.

Y así fue que esa noche cabalgué hacia Ile.

Galven no estaba. Martín dijo que había salido para ejercitar a la yegua. Martín estaba limpiando arneses en el establo, a la luz de la linterna y a la luz de la luna, y conversé con él mientras aguardaba el regreso de Galven.

La luna dilatava los bosques de He; los abedules y la casa parecían de plata, los robles una muralla negra. Martin me acompañó hasta la puerta del establo para fumar un poco. Miré su cara a la luz de la Luna y sospeché que podía confiar en él, siempre que él también pudiera confiar en mí.

—Martín, quiero preguntarle algo. Tengo buenos motivos para preguntar.

Dio una chupada a la pipa y esperó.

—¿Considera usted que Galven está en su sano juicio?

Guardó silencio; chupó la pipa; sonrió un poco.

—¿En su sano juicio? —dijo—. No soy el indicado para juzgarlo. Yo también elegí vivir aquí.

—Escúcheme, Martín, usted sabe que soy amigo de Galven. Pero él y mi hermana están enamorados y hablan de matrimonio. Soy el único responsable de mi hermana. Quiero saber algo más acerca... —titubeé, y al fin dije—: acerca del primer matrimonio de Galven.

Martin miraba hacia afuera; sus ojos claros reflejaban la luz de la luna.

—No hace falta remover ese asunto, doctor. Pero debería usted alejar a su hermana.

—¿Por qué?

No hubo respuesta.

—Tengo derecho a saberlo.

—¡Obsérvelo! —estalló Martín, volviéndose a mí con una expresión feroz—. ¡Obsérvelo! Usted lo conoce bastante, aunque jamás podrá saber qué fue o qué debió haber sido. Lo que está hecho, hecho está, es irremediable. Dejémoslo en paz. ¿Qué haría ella, aquí, cuando el ánimo del señor se ennegreciera? En esta casa, día tras día, he convivido con él cuando no pronunciaba una palabra, y no había ningún modo de ayudarlo, ninguno. ¿Es esa vida para una jovencita? Él no sirve para vivir con nadie. No está en su sano juicio, si prefiere usted la expresión. ¡Llévesela de aquí!

No eran los celos los que presidían su argumento, aunque tampoco era la lógica. Galven se había atacado a sí mismo de igual modo la noche anterior. Yo estaba seguro de que Galven no padecía esos “ennegrecimientos de ánimo” desde que la conocía a Poma. La negrura estaba en otra parte.

—¿Galven se divorció de su esposa, Martin?

—Está muerta.

—¿Lo sabe usted a ciencia cierta?

Martín asintió.

—De acuerdo; si ella está muerta, esa historia está concluida. Todo lo que puedo hacer es hablar con él.

—¡De ningún modo!

El tono de su voz no era inquisitivo o amenazador; en él palpitaba el terror, el auténtico terror. En este momento yo me asía desesperadamente del sentido común, aferrándome a la última esperanza.

—Alguien tiene que encarar la realidad —dije furiosamente—. Si se casan tienen que vivir de algo...

—¡Vivir de algo, vivir de algo...! ¡El problema no es ese! Él no puede casarse con nadie. ¡Llévesela!

—¿Por qué?

—Muy bien, me pregunta usted si él está en su sano juicio, y yo le responderé. No. No está en su sano juicio. Ha cometido un acto que ignora, que no recuerda. Si ella viene aquí volverá a suceder. ¿Qué garantías tengo yo de que no volverá a suceder?

Sentí una especie de vértigo, mientras el viento de la noche se filtraba en la profunda oscuridad y entre los árboles de plata.

—¿Su mujer? —dije finalmente, en un susurro.

No hubo respuesta.

—¡Martin, por el amor de Dios!

—De acuerdo —susurró el hombre—. Escúcheme. Los sorprendió en la arboleda. Allá, al fondo del robledal. —Señaló los grandes árboles que se recortaban sombríos bajo la luz de la luna—. Había salido de caza. Fue un día después de echarlo al hombre de Brailava, de decirle que se fuera para no volver nunca. Y ella estaba enojada con él a raíz de eso, habían pasado la mitad de la noche riñendo, y antes del alba él se fue a los pantanos. Volvió temprano, tomó un atajo a través de la arboleda y los encontró allí, a plena luz del día en el bosque. A ella le tiró a quemarropa y al hombre lo golpeó con el rifle hasta sacarle los sesos. Al escuchar ese disparo tan cerca de aquí, salí y los encontré. Lo llevé a casa. Aquí había un par de visitantes, les

dije que se fueran, que la señora se había fugado. Esa noche él trató de matarse. Tuve que vigilarlo, sujetarlo. —La voz de Martin era trémula, cada vez más entrecortada—. No pronunció una palabra durante semanas enteras, era como una bestia muda, y tuve que encerrarlo. A veces esa angustia se disipaba pero después volvía a atenacearlo, y yo tenía que vigilarlo día y noche. No era por ella, no era por haberlos sorprendido calientes como perros. Lo atormentaba haberlos matado. Logró salir a flote y comenzó a actuar normalmente una vez más, pero se había olvidado de todo. Lo olvidó. No lo recuerda. No lo sabe. Le conté la misma historia: que se habían fugado a otra parte, y él la creyó. Hoy día sigue creyéndola. Ahora ¿insiste usted en que su hermana venga a vivir aquí?

—Martin, lo lamento, lo lamento de veras... —fue todo lo que pude decirle al principio. Luego recobré la compostura—. Y ellos... ¿qué hizo usted?

—Están donde murieron. ¿Quiere exhumarlos para estar seguro? —dijo con voz quebrada y salvaje—. Allá en el bosque. Vamos, aquí tiene la pala para el abono. Fue con esto que les cavé el pozo. Usted es médico, usted no creará que Galven pudo hacerle eso a un hombre. De la cabeza no quedó nada, salvo... salvo... —Martin de pronto hundió el rostro entre las manos y se meció hacia adelante y hacia atrás, encorvándose sobre los talones, encorvándose, hamacándose, sollozando.

Le dije lo primero que se me ocurrió, pero él se limitó a responderme:

—¡Ojalá pudiera olvidarlo, igual que él!

Cuando él recobró el dominio de sí, decidí largarme sin esperar a Galven. Digo sin esperar a Galven: en realidad huía de él. Quería alejarme de la sombra de esos árboles. Llevé al pony al trote en todo el camino de regreso, feliz de cabalgar por el camino desierto y de contemplar el baño de luz derramado por la luna sobre el ancho valle. Cuando llegué a casa temblaba y me faltaba el aliento; y encontré a Galven Ileskar de pie junto al fuego, solo.

—¿Dónde está mi hermana? —vociferé, y él me miró azorado.

—Arriba —tartamudeó, y yo me precipité atropelladamente escaleras arriba. Ella estaba en su cuarto, sentada en el lecho, entre esa maraña de

objetos minúsculos y hermosos y delicados que jamás se decidía a ordenar. Advertí que había estado llorando.

—¡Gil! —exclamó, igualmente azorada—. ¿Ocurre algo malo?

—Nada... no lo sé —y retrocedí dejándola aterrada, pobre muchacha. Pero esperó allí mientras yo bajaba para hablar con Galven; eso es lo que habían combinado, costumbre de la época, usted sabe, los hombres tenían que resolver el asunto.

Él dijo lo mismo:

—Gil, ¿ocurre algo malo?

¿Y qué iba a decir yo? Ahí estaba, tenso y cortés, mi amigo de ojos claros, dispuesto a decirme que amaba a mi hermana y que había encontrado un trabajo y que permanecería al lado de ella toda la vida. ¿Iba yo a decirle: “Sí, ocurre algo malo, Galven Ileskar”, y revelarle de qué se trataba? Claro que ocurría algo malo, de acuerdo, pero era un mal más profundo y más ancestral que cualquier acto que él hubiese cometido. ¿Iba a ceder yo por esa causa?

—Galven —dije—, Poma ya me habló. No sé qué decir. No puedo impedirles que se casen, pero no puedo... no puedo... —Me trabé; no podía hablar; las lágrimas de Martin me enneguecían.

—No le haría daño por nada del mundo —dijo Galven con toda serenidad, como si realizara una promesa. No sé si él me comprendía; tampoco sé si, como creía Martin, no sabía lo que había hecho. En cierta forma no importaba. El dolor y la culpa de ese acto lo atormentaban, entonces y siempre. Eso lo sabía, lo sabía con pelos y señales, y lo soportaba sin una queja.

Bueno, ahí no termina todo. Debió terminar ahí, pero yo no pude soportar lo que soportaba Galven y finalmente, contra todos los reclamos de la piedad, le conté a Poma lo que Martin me había contado. No podía consentir que ella caminara indefensa por el bosque. Ella me escuchó, y al hablar supe que la había perdido. Claro que me creyó. Dios la ayude, creo que lo sabía antes que se lo contara... no los hechos, sino la verdad. Pero al contarle los hechos la obligué a tomar partido. Y lo hizo. Dijo que se quedaría con Ileskar. Se casaron en octubre.

El doctor se aclaró la garganta y permaneció largo rato con la mirada fija en el fuego, sin advertir la impaciencia de su joven colega.

—¿Y bien? —estalló por fin el joven, como un fuego de artificio—. ¿Qué sucedió?

—¿Qué sucedió? Caramba, no sucedió demasiado. Siguieron viviendo en He. Galven había conseguido un puesto de inspector en Kravay, y a los dos años ya se encontraba muy cómodo con su trabajo. Tuvieron dos hijos, un varón y una niña. Galven murió a los cincuenta; otra neumonía, su corazón no pudo soportarla. Mi hermana vive todavía en He. Hace un par de años que no la veo, espero pasar allí las Navidades... Oh, pero usted querrá saber por qué le conté esto. Dijo usted que hay delitos imperdonables. Y estoy de acuerdo en que el homicidio debería ser uno de ellos. Y sin embargo, de entre todos los hombres, a quien amé fue al homicida, quien terminó por ser mi hermano... ¿Entiende lo que quiero decirle?

1920

CONVERSACIONES NOCTURNAS

—Lo mejor sería tratar de casarlo.

—¿Casarlo?

—Shh.

—¿Quién va a casarse con él?

—¡Muchas chicas! Sigue siendo un joven fuerte y robusto, apuesto. Muchas chicas.

Cuando sus brazos o muslos sudados se tocaban debajo de la sábana, se apartaban con un sobresalto, luego volvían a fijar la mirada en la oscuridad.

—¿Y la pensión? —preguntó finalmente Albrekt—. Ella se quedaría con la pensión.

—Podrían vivir aquí. ¿Dónde si no? Muchas chicas aprovecharían con gusto una oportunidad como ésta. No pagarían alquiler. Ella podría ayudar en la tienda y cuidarlo. Bueno sería que renunciara yo a la pensión después de todo lo que hice. Ni por mis propios hijos. Podrían quedarse con el cuarto de tu hermano, y él dormiría en el hall.

Este detalle le daba tanta realidad al proyecto que sólo al cabo de un largo rato, después de rascarse los brazos sudorosos con satisfacción, Albrekt atinó a preguntar:

—¿Pensaste en alguien en particular?

La cama del hall crujió al darse vuelta el durmiente. Sara guardó silencio un minuto, luego susurró:

—Alitsia Benat.

—¡Oh! —dijo Albrekt, vagamente sorprendido.

El silencio se dilató, prolongándose en el sueño inquieto típico de las noches tórridas. Sin saber que había dormido, Sara se encontró sentada en la cama, la sábana enredada entre las piernas. Se levantó y espió el hall. Su sobrino dormía; la piel de los brazos y el pecho desnudo resplandecía dura y pálida como piedra bajo las primeras luces.

—¿Por qué gritaban de ese modo?

Se incorporó de repente, abriendo unos ojos enormes.

—¿Qué te pasa?

—Estaban hablando, gritando. Necesito dormir.

Permaneció inmóvil. Cuando Sara se acostó volvió a reinar el silencio y él se quedó escuchándolo. Al fin algo pareció suspirar profundamente, afuera, en el crepúsculo. Una ráfaga de brisa fresca lo acarició. También él lanzó un suspiro; se volvió de bruces y se hundió en el sueño, que para él era blanco como la mañana cada vez más blanca.

Fuera de los sueños, fuera de las casas, en la ciudad de Rákava aún imperaba el alba. Las calles, los viejos muros con sus altos pórticos y torres, las fábricas que se amontonaban en la parte externa de la muralla, los jardines de los altos barrios del Sur, toda la extensa planicie en declive donde se alzaba la ciudad, yacían pálidos, secos e inmóviles. Unas pocas fuentes susurraban en las plazas desiertas. Hacía el Oeste, donde la gran planicie se despeñaba en la obscuridad, persistía el frío. Hacia el Este un largo nubarrón se disolvió lentamente en una neblina rosada, y los labios del sol, como la boca de un caldero de acero líquido, se inclinaron sobre el borde del mundo para verter la luz del día. El cielo se puso azul, en el aire se recortaron las sombras de las torres. Las mujeres comenzaron a reunirse en las fuentes. La gente que iba a trabajar oscureció las calles; y luego el ondulante aullido de la sirena de la fábrica textil de Ferman inundó la ciudad, ahogando el moroso tañido de la campana de la catedral.

La puerta del departamento se cerró con estrépito. En el patio chillaban los niños. Sanzo se incorporó, permaneció un rato sentado en el borde de la cama; después de vestirse entró en la pieza de Albrekt y Sara y se paró ante el ventanal. Podía diferenciar la luz fuerte de la obscuridad, pero esa ventana daba al patio y no recibía los rayos del sol. Se quedó con las manos en el alféizar, a veces meneando la cabeza para tratar de percibir el

contraste entre la obscuridad y la luz, hasta que oyó que su padre se acercaba y fue a la cocina para hacerle un café al viejo.

Su tía no había dejado los fósforos en el sitio habitual, junto a la pileta. Tanteó la mesa de mármol y el anaquel en busca de la caja de lata, las manos endurecidas por la cautela y la frustración. Finalmente la encontró sobre la mesa, bien a la vista, en caso de que hubiese podido verla. Mientras prendía la cocina su padre entró arrastrando los pasos.

—¿Cómo va? —preguntó Sanzo.

—Siempre lo mismo. —El viejo guardó silencio hasta que estuvo listo el café. Entonces dijo—: Sirve tú, esta mañana no tengo pulso.

Sanzo ubicó la taza con la mano izquierda y acercó la cafetera con la derecha.

—Sobre el borde —dijo Volf, tocando la mano de su hijo con sus dedos rígidos y artríticos, para conservarla en el lugar apropiado. Entre los dos llenaron las tazas. Se sentaron a la mesa en silencio. El padre masticaba un mendrugo.

—De nuevo hace calor —murmuró.

Un moscón zumbó en la ventana, golpeándose contra el vidrio. Ese ruido y el ruido que producía Volf al mascar el pan colmaron el mundo de Sanzo. Un golpe sacudió la puerta como un disparo. Sanzo se levantó de un salto. El viejo siguió masticando.

—¿Quién es? —dijo abriendo la puerta.

—Hola, Sanzo. Lisha.

—Adelante.

—Te devuelvo la harina que mamá les pidió el domingo —susurró la muchacha.

—Hay café caliente.

La familia Benat vivía cruzando el patio; Sanzo los conocía desde los diez años, cuando él y su padre habían venido a vivir con Albrekt y Sara. No tenía una noción muy precisa de la figura de Alitsia, pues la había visto por última vez cuando ella tenía catorce años. La voz de la muchacha era acariciante, suave y aniñada.

No se decidía a entrar. Él se encogió de hombros y estiró las manos para recibir la harina. Ella le depositó la bolsa en las manos para que no tuviera

que agarrarla al tanteo.

—Vamos, entra un poco —dijo él—. Casi nunca nos vemos.

—Sólo un minuto. Tengo que volver a ayudarle a mamá.

—¿Con la ropa? Pensé que estabas trabajando en Rebolts.

—Despidieron a sesenta cortadores a fines del mes pasado.

Se sentó con ellos a la mesa de la cocina. Comentaron la huelga que se proyectaba en la fábrica textil de Ferman. Aunque hacía cinco años que Volf no trabajaba a causa de la artritis, solía recibir muchas informaciones cuando salía a beber con sus amigos, y el padre de Lisha era jefe de sección de un sindicato. Sanzo hablaba poco. Al cabo de un rato hubo un silencio.

—Y bien, ¿qué le ves? —dijo la voz del viejo.

La silla de Lisha emitió un crujido; ella no dijo nada.

—Puedes mirar todo lo que quieras —dijo Sanzo—, es gratis. —Se levantó y tanteó en busca de las tazas y platos que había sobre la mesa.

—Mejor me voy.

—¡Muy bien! —Sanzo se volvió hacia la piletta, pero no calculó bien la posición de Lisha y tropezó con ella—. Lo siento —dijo enfurecido, pues detestaba equivocarse. Por un momento sintió que la mano de la muchacha le rozaba levemente el brazo; sintió las ondulaciones de su aliento cuando ella dijo:

—Gracias por el café, Sanzo.

Le dio la espalda y depositó las tazas en la piletta.

Lisha se fue y Volf salió un minuto más tarde, descendiendo trabajosamente por los cuatro tramos de escalera que lo llevaban al patio donde pasaba casi todo el día, cojeando tras la luz del sol que iba de la pared Oeste a la pared del Este, hasta que aullaban las sirenas del *atardecer* y Volf salía para encontrarse en la taberna de la esquina con sus antiguos compañeros, que recién venían de trabajar. Sanzo lavó los platos e hizo las camas, luego tomó el bastón y se fue. En el Hospital de Veteranos le habían enseñado un oficio de ciego, la confección de asientos y espaldares de mimbre, y Sara había perseguido y acosado a los vendedores de muebles usados del lugar hasta que uno de ellos acordó ofrecerle a Sanzo las tareas de remodelación que se le presentaran. A menudo no tenía trabajo, pero esta semana debía hacer los espaldares de un juego de ocho sillas. El trabajo en

sí, en la silenciosa pieza detrás del taller, con el aroma del mimbre recién cortado, el barniz, el añublo y la cola, era agradable e hipnótico; cuando Sanzo salió eran las cuatro. Se compró un arrollado de salchicha en la pastelería de la esquina y emprendió la segunda etapa de su circuito, hasta la tienda de su tío, CHEKEY: PAPELERÍA, un boquete en la pared donde se vendía papel, tinta, cartas astrológicas, piola, libros de sueños, lápices, tachuelas. Había estado ayudándolo a Albrekt con la contabilidad, pues su tío no tenía memoria para los números. Pero en estos días no había mucha contabilidad que hacer; en el local no había ningún cliente, y en la trastienda oyó la voz de su tía que refunfuñaba recriminando a Albrekt por alguna razón. Cerró la puerta de la tienda para que sonara la campanilla y su tía saliera con la esperanza de encontrar un cliente, y emprendió la tercera parte de su circuito, rumbo al parque.

Pese a que el sol estaba más bajo, el calor era intolerable. Cuando alzó la cabeza hacia el sol, una bruma grisácea le nubló los ojos. Encontró su banco de costumbre. Los insectos zumbaban en la hierba seca del parque, la ciudad ronroneaba pesadamente, el vacío se poblaba de voces cercanas y distantes. Cuando sintió que empezaban a rodearlo las sombras, emprendió el camino a casa. Le empezaba a doler la cabeza. Un perro lo siguió varias cuadras. Oyó su jadeo y las uñas que raspaban la acera. Un par de veces lo atacó con el bastón, al sentir que se le pegaba a los tobillos, pero no le acertó.

Después de una cena apresurada y silenciosa en la cocina caldeada, se sentó en el patio con su padre, su tío y Kass Benat. Hablaban de la huelga, de un nuevo proceso para teñir que iba a costarle el empleo a una multitud de obreros, de un capataz que el día anterior había asesinado a su mujer y sus hijos. La noche era pegajosa y no soplaban el viento.

A las diez se acostaron. Sanzo estaba cansado pero el calor y la humedad le impidieron dormir. Tendido en la cama, pensó una y otra vez que le convenía levantarse y bajar al patio para estar más fresco. Se escuchó el tenue e interminable retumbo de un trueno, que cuando parecía a punto de morir reiniciaba su murmullo, y luego volvía a disiparse. La noche tórrida lo presionó, arropándolo en sus pliegues pegajosos, rozándolo como esa mañana lo había rozado por un segundo el cuerpo de la muchacha,

cuando él había tropezado con ella. Una brisa helada y repentina arreció contra las ventanas, el aire cambió, el trueno se hizo más profundo. Empezó el tamborileo de la lluvia. Sanzo yacía inmóvil. Una vibración grisácea dentro de los ojos le anunciaba cuándo restallaba un relámpago. El eco del trueno retumbó ensordecedor en el pozo del patio. La lluvia se intensificó, golpeteando contra las ventanas. Cuando amainó la tormenta Sanzo se distendió; lo invadió cierta languidez, un bienestar frágil y dulce; sin temor ni vergüenza empezó a perseguir el recuerdo de ese momento, de ese roce, y persiguiéndolo encontró el sueño.

Por tres días seguidos Sara lo había tratado cortésmente. La desconfianza lo incitó a provocarla, pero ella reservaba sus protestas para Volf y Albrekt. Dejaba los fósforos donde Sanzo pudiera encontrarlos, le preguntaba si no quería algunos kroner de su pensión por si tenía ganas de ir a la taberna, e incluso llegó a preguntarle si no le gustaría que alguien fuera a leerle de vez en cuando.

—¿A leerme qué?

—El diario, lo que prefieras. Te aburrirías menos. Podría hacerlo una de las chicas de los Benat. Lisha quizás, ella siempre tiene un libro. Antes leías tanto.

—Ahora no —replicó él con estúpido sarcasmo, pero Sara no cejó en su empeño, hablando de la lavandería de la señora Benat, de Lisha que había perdido el empleo, de dónde estarían los viejos libros de la madre de Sanzo, ella que también había sido gran lectora, siempre con un libro en la mano. Sanzo la escuchó a medias, no respondió nada, y no se sorprendió cuando Lisha Benat, al caer la tarde del día siguiente, se presentó para leerle algo. Sara siempre se salía con la suya. Hasta había exhumado del armario de la pieza de Volf tres libros que habían pertenecido a la madre de Sanzo, viejas novelas en ediciones escolares. Lisha, que al parecer estaba muy turbada, se apresuró a iniciar la lectura de uno de ellos, *El joven Liyve* de Karantay. Al principio sonaba ronca y evasiva, pero luego comenzó a interesarse en lo que leía. Se fue antes que Sara y Albrekt volvieran a casa, diciendo:

—¿Quieres que vuelva mañana?

—Si tú quieres —dijo Sanzo—. Me gusta tu voz.

La tercera tarde, el hechizo de esa narración larga, gentil y romántica la había atrapado por completo. Sanzo, aburrido aunque calmo, la escuchaba con paciencia. Ella venía a leerle dos o tres tardes por semana, cuando su madre no necesitaba ayuda; él se habituó a estar en casa a eso de las cuatro, por si venía Lisha.

—Te gusta ese tipo Liyyve —dijo Sanzo un día en cuanto ella cerró el libro. Estaban sentados ante la mesa de la cocina. En la cocina reinaba una sosegada intimidad, en el atardecer de un largo día de setiembre.

—Oh, es tan desdichado —dijo ella con tanta compasión que luego se rió de sí misma. Sanzo sonrió, y la sonrisa le quebró la cara apuesta y reconcentrada, trasmutándola e infundiéndole vida. Estiró la mano, encontró el libro y la mano de Lisha, y la cubrió con la suya.

—¿Y eso hace que te guste? ¿Por qué?

—¡No lo sé!

Sanzo se levantó abruptamente y rodeó la mesa hasta pararse junto a la silla de la muchacha, de manera tal que le impedía incorporarse. Su cara había recobrado la expresión taciturna habitual.

—¿Está oscuro?

—No. Atardece.

—Ojalá pudiera verte —dijo él, y su mano izquierda buscó la cara de la muchacha y la rozó. Al principio ella se sobresaltó, luego permaneció inmóvil. Él la tomó de los brazos, pero esta vez la caricia del roce se cerró con fuerza y la obligó a levantarse frente a él. Sanzo temblaba: Lisha se quedaba dócilmente entre sus brazos, estrechada contra él. Él le besó la boca y la cara, su mano forcejeó con los botones de la blusa; abruptamente la dejó en libertad y le dio la espalda.

Ella contuvo un suspiro profundo, semejante a un sollozo. Escucharon el rumor del lánguido viento de setiembre, que entraba por la ventana abierta de otra habitación. Él no se volvió.

—Sanzo... —dijo ella suavemente.

—Mejor que sigas —dijo él—. No supe lo que hacía. Lo siento. Sigue, Lisha.

Ella permaneció rígida un instante, luego se inclinó y apoyó los labios en la mano de Sanzo, que descansaba sobre la mesa. Recogió el pañuelo y

salió. Después de cerrar la puerta se quedó un rato en el umbral. Por unos instantes no oyó nada, luego escuchó el ruido de una silla, y luego, tan débil que no supo si venía de atrás de esa puerta, el silbido de una melodía. Alguien subía las escaleras y Lisha se apresuró a bajar, pero la melodía quedó grabada en su mente; conocía la letra, se trataba de una vieja canción. La canturreó mientras cruzaba el patio.

*Dos mendigos andrajosos se encontraron en la calle.
—¡Eh, hermanito, dame pan para comer!*

A los dos días volvió a casa de Sanzo. Ninguno de los dos tenía mucho que decir, y de inmediato ella se abocó a la lectura. Habían llegado al capítulo donde el poeta Liyve, enfermo en su bohardilla, recibe la visita de la condesa Luisa, el capítulo titulado “La primera noche”. Lisha tenía la boca seca, y varias veces el aliento se sofocó en su garganta.

—Necesito un trago de agua —decía, pero no iba a buscarlo. Cuando se levantó también se levantó Sanzo, y cuando vio que él estiraba la mano Lisha la tomó entre las suyas.

Hubo en esta aceptación un momento de obscuridad, un movimiento anulado antes de nacer, antes que ella advirtiera que había opuesto alguna resistencia.

—Está bien —susurró Sanzo, y aflojó las manos. Ella cerró los ojos, él los abrió; ahí estaban, no a la luz de la lámpara sino a oscuras, y a solas.

Al día siguiente reiniciaron la lectura, pues aún no podían dirigirse la palabra, pero dejaron de leer antes que el día anterior. Luego a Lisha la requirieron varios días en la lavandería. Mientras trabajaba, no cesaba de cantar la vieja canción.

*Vé hasta lo del panadero para pedirle la llave.
¡En caso de que se niegue, dile que yo te mandé!*

Inclinándose sobre la pileta, su madre empezó a acompañarla en el canto. Lisha dejó de cantar.

—¿No puedo cantarla yo también, ya que la tengo todo el día en los oídos? —La señora Benat zambulló los brazos rojos y enjabonados en la pileta humeante. Lisha apretó el exprimidor sobre un par de overalls atascados.

—Con calma. ¿Qué ocurre?

—No van a pasar.

—A lo mejor se trabó un botón. ¿Por qué estás tan quisquillosa últimamente?

—No lo estoy.

—Yo no soy Sanzo Chekey, muchacha. ¡Yo puedo verte!

Volvió el silencio, mientras Lisha luchaba con el exprimidor. La señora Benat levantó un canasto de ropa húmeda y lo depositó en la mesa, apretándolo contra el pecho con un gruñido.

—¿De dónde sacaste esa idea de ir a leerle?

—Su tía.

—¿Sara?

—Dijo que podía servir para reanimarlo.

—¡Reanimarlo! ¿Sara? Hace rato que los habría echado, tanto a él como a Volf, de no ser por las pensiones. Y no creo que haya que culparla. Aunque él se las arregla lo mejor que puede. —La señora Benat descargó otra pila de ropa en la mesa, se sacudió la espuma de sus manos hinchadas y encaró a su hija—. Ahora escúchame un poco, Alitsia. Sara Chekey es una mujer respetable. Pero tus ideas las sacas de mí, no de ella. ¿De acuerdo?

—Sí, madre.

Esa tarde Lisha estaba libre, pero no fue al departamento de los Chekey. Llevó a su hermana menor al parque para ver las marionetas, y no volvió hasta que se espesó la obscuridad de esa ventosa tarde de otoño. Esa noche, en la cama, adoptó una posición cómoda pero formal, de espaldas, las piernas tiasas, los brazos a los costados, y se dedicó a pensar en las palabras de su madre. Se relacionaba con Sanzo. ¿Acaso Sara quería que ella y Sanzo estuvieran juntos? ¿Para qué? Sin duda no por las mismas razones

que a ella la inducían a estar con Sanzo. ¿Entonces qué tenía de malo? ¿Su madre pensaba que ella podía enamorarse de Sanzo?

Hubo una pequeña pausa en sus reflexiones, y luego pensó: Pero estoy enamorada. Esa semana, en realidad, desde que él le había dado el primer beso, ni lo había pensado; ahora todo se aclaraba y cada pieza encajaba en su sitio del modo más natural, como si siempre hubiera estado allí. ¿Y ella no lo sabe? se preguntó Lisha, dado que ahora parecía tan obvio. Su madre debía darse cuenta; siempre se daba cuenta de todo antes que Lisha. Pero sus advertencias no iban dirigidas contra Sanzo. Todo lo que le había dicho era que no le hiciera caso a Sara. En eso tenía razón. A Lisha no le gustaba Sara, y de buena gana aceptó el consejo: no volvería a escuchar lo que Sara tuviera que decirle. ¿Pero qué tenía que decirle? No tenía nada que ver con ella.

—Sanzo —dijo Lisha, sólo con los labios y no con la voz, para que su hermana Eva, tendida junto a ella en la cama, no la oyera; luego, feliz, se volvió sobre su lado con las piernas curvadas y se durmió.

A la tarde siguiente fue al departamento de los Chekey, y mientras estaban sentados a la mesa de la cocina como de costumbre, lo miraba a Sanzo, estudiándolo. Los ojos estaban bien, y sólo su fijeza delataba que eran ciegos, pero una parte de la frente estaba algo aplastada, y la cicatriz podía seguirse hasta debajo del pelo. ¿Le provocaba náuseas, al igual que los chicos hidrocefálicos y esos mendigos con dos enormes fosas nasales en lugar de nariz? No; quería tocar esa *cicatriz* muy ligeramente, tal como él le había tocado la cara por primera vez; quería tocarle el pelo, las comisuras de la boca, las manos fuertes, hermosas y distendidas que reposaban sobre la mesa mientras Sanzo esperaba que ella leyera o hablara. Lo único que la fastidiaba era cierta pasividad, esa inconsciente sumisión que había en la tranquila espera de Sanzo. Esa cara, ese cuerpo, no estaban hechos para la pasividad.

—Hoy no quiero leer —dijo Lisha.

—Muy bien.

—¿Quieres salir a caminar? El día está muy lindo.

—Muy bien.

Sanzo se puso la chaqueta y la siguió por la escalera larga y oscura. En la calle no tomó a la muchacha del brazo, aunque no había traído el bastón; ella no se animó a tener esa iniciativa.

—¿Al parque?

—No. A la Colina. Hay un sitio al que solía ir siempre. Solo no puedo ir.

La Colina era la parte más alta de Rákava; las casas eran antiguas y espaciosas y se alzaban en medio de parques o jardines privados. Lisha nunca había caminado por ahí, aunque estaba a sólo unas quince cuadras de su barrio. Un henchido viento del sur barrió las calles silenciosas y desconocidas, que Lisha contemplaba con asombro y complacencia.

—Todas tienen árboles, todas las calles, como si fuera un parque —dijo.

—¿Dónde estamos, en la calle Sovenskar?

—No me fijé.

—Debe ser. ¿Cruzando la calle, se ve un gran muro gris con vidrios encima? Tenemos que seguir hasta pasarlo.

Así llegaron a un gran jardín sin empalizada, cubierto de malezas, al final de un callejón sin pavimentar. Esta invasión a los silenciosos dominios de los ricos despertaba en Lisha una leve ansiedad, pero Sanzo caminaba con paso firme, como si fuera el dueño. El callejón se volvió empinado y el jardín se dilató en la cima de la cuesta, donde los canteros y zarzales seguían los contornos del parque que ese jardín había sido en otros tiempos. En el extremo del callejón, edificada casi contra la muralla de la ciudad, se alzaba una casona de piedras cuadrangulares cuyas ventanas vacías miraban inexpresivamente la ciudad de abajo.

Se sentaron en un declive poblado por un hirsuto pastizal. A través de un bosquecillo que tenían a la izquierda se filtraban los calurosos rayos del sol del atardecer. El humo o el resplandor empañaban las llanuras que circundaban la ciudad. Toda Rákava yacía a sus pies. Aquí y allá se elevaba entre los techos una columna de humo que el viento del sur desgarraba en jirones. Por debajo de la quietud del jardín, se escuchaba el sordo y pesado rumor de la ciudad. A veces ladraba un perro a lo lejos, o por un momento escuchaban, apresado por el eco de las fachadas, un trotar de cascos o un grito perdido. Hacia el Norte y Este de la ciudad, donde la muralla había

desaparecido, las fábricas se amontonaban como enormes bloques instalados entre casas de juguete.

—¿La casa sigue vacía?

Lisha se volvió para mirar la casona y sus ventanas negras y sin vidrios.

—Parece que siempre hubiera estado vacía.

—El jardinero de otra casa me contó, cuando yo era chico, que hace cincuenta años que está desocupada. La construyó un extranjero. Vino aquí y amasó una fortuna con una maquinaria suya que se usaba en las hilanderías. Después se fue. Nunca vendió el lugar. Simplemente lo abandonó. Tiene cuarenta habitaciones, decía el jardinero. —Sanzo estaba tendido en la hierba, los brazos debajo de la nuca y los ojos cerrados; parecía gozar de esa ociosa tranquilidad.

—La ciudad es rara vista desde arriba. Mitad dorada y mitad oscura, y todo amontonado, como cosas en una caja. Me pregunto por qué todo está encima de todo, habiendo tanto lugar alrededor. Parece que la llanura no tuviera límites.

—Cuando era chico, yo venía mucho a este lugar. Me gustaba mirar hacia abajo... Es una ciudad mugrienta.

—Sin embargo es hermosa, vista desde aquí.

—Krasnoy, ésa sí que es una hermosa ciudad.

Había vivido un año en Krasnoy, en el Hospital de Veteranos, después que lo había cegado la mina.

—¿La viste antes? —preguntó ella, y él, comprendiéndola, asintió.

—En el '17, poco después de alistarme. Quería volver. Krasnoy es grande y tiene vida, no está muerta como este lugar.

—Las torres tienen un aspecto extraño, las Cortes y la cárcel vieja, todas sobresalen de las sombras como dedos de una mano... ¿Qué solías hacer cuando venías aquí?

—Nada. Vagaba un poco. A veces me metía en la casa.

—¿De veras tiene cuarenta habitaciones?

—Nunca las conté. Ahí adentro me asustaba un poco. ¿Y sabes una cosa extraña? Yo solía pensar que se parecía a un ciego. Todas esas ventanas sin vidrio.

Su voz era calma, y también su cara, inflamada por el púrpura encendido del crepúsculo. Lisha lo observó mientras él hablaba, luego volvió a mirar hacia la ciudad.

—Es casi seguro que la condesa Luisa va a seguir con Liyve —dijo con una expresión soñadora.

Sanzo rió, una verdadera risa de diversión o placer, y estiró la mano hacia ella. Ella la tomó y Sanzo la atrajo hacia él, haciéndole apoyar la cabeza en su hombro. El pastizal era blando como un colchón. Por encima de la curva del pecho de Sanzo, Lisha no podía ver sino el cielo y las copas del bosquecillo de castaños. Permanecieron tendidos bajo el sol cálido y agonizante, y Lisha era absolutamente feliz por primera y acaso por última vez en su vida. No estaba dispuesta a desprenderse de esa felicidad hasta que llegara el momento. Fue él quien al fin se levantó y dijo:

—Debe haber bajado el sol. Está haciendo frío.

Bajaron por las calles anchas y calladas, de vuelta a su mundo, donde las calles eran ruidosas y estaban atestadas de gente que volvía de trabajar en las hilanderías. Sanzo había apresado la mano de Lisha, quien así podía guiarlo, pero cuando él recibía un empujón (en realidad, no recibía más empujones que Lisha) ella se sentía culpable. Como era alto daba pasos largos, naturalmente, pero a veces se zambullía sin cuidado en la multitud, y mantenerse delante de él para evitar que chocara con la gente era bastante trabajoso. Cuando llegaron al edificio donde vivían él tenía el ceño fruncido como de costumbre, y a Lisha le faltaba el aliento. En la entrada se dijeron buenas noches inexpresivamente, y ella se quedó mirándolo mientras Sanzo subía las escaleras con sus pasos resueltos. Pasos en un camino siempre a oscuras.

—¿Dónde has estado? —dijo una voz profunda a sus espaldas. Lisha dio un salto.

—Caminando con Sanzo Chekey, padre.

Kass Benat, bajo, robusto y macizo bajo la luz del crepúsculo, dijo:

—Pensé que se las arreglaba bien por su cuenta.

—Sí, así es. —Lisha esbozó una amplia sonrisa.

Su padre se quedó de pie frente a ella, sólido y pensativo.

—Sube a tu cuarto —dijo al fin, y se fue a lavar a la bomba del patio.

—Alguna vez va a pensar en casarse, sabes.

—Quizás —dijo la señora Benat.

—Qué quizás ni ocho cuartos. Ya tiene dieciocho. Hay muchachas más bonitas pero ella es bastante linda. Cualquiera día de éstos se casa.

—No, ahora que anda con Sanzo no va a casarse.

—Pon tu almohada de tu lado, me la estás metiendo en el ojo. ¿Qué quieres decir, que anda con Sanzo?

—¡Qué sé yo!

Kass se incorporó.

—¿Qué quieres contarme? —preguntó con hosquedad.

—Nada. Conozco a esa chica. Pero algunos de nuestros vecinos podrían contarte muchas cosas. Y entre ellos se las cuentan.

—¿Y entonces por qué dejas que ande por ahí y sea la comidilla de todos?

Hubo una pausa.

—Bueno, porque soy estúpida —suspiró pesadamente la señora Benat en medio de la obscuridad—. Ni se me ocurrió. ¿Cómo iba a pensarlo? Él es *ciego*.

Hubo otra pausa y Kass dijo, con cierta inquietud:

—No es culpa de Sanzo. Es un buen muchacho. Era muy trabajador. No es culpa suya.

—No hace falta que me lo digas. Un muchacho fuerte y buen mozo como él. Y tan perseverante como tú, además. No tiene sentido. A veces le preguntaría al Señor qué se propone...

—Bueno, lo mismo da. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—A Sara puedo manejarla. No será difícil. La conozco. No tiene paciencia. Pero esa chica... ¡Si vuelvo a hablar con ella terminaré por confundirla más!

—Háblale a él, entonces.

Una pausa más larga. Kass estaba medio dormido cuando su mujer estalló:

—¿Qué quieres decir con eso, háblale a él?

Kass lanzó un gruñido.

—¡Háblale *tú*, si es tan fácil!

—Basta, vieja, estoy cansado.

—Yo me lavo las manos —dijo la señora Benat, furibunda.

Kass estiró el brazo y le palmeó las nalgas. Ella dejó escapar un profundo y airado suspiro. Y se acomodaron uno muy junto al otro y se durmieron, mientras el lúgubre viento de otoño azotaba las calles y los patios.

El viejo Volf, en su dormitorio sin ventanas, oía los gimoteos del viento que se acurrucaba contra las paredes. A través de la pared se escuchaban los suaves ronquidos de Albrekt y los profundos y trabajosos ronquidos de Sara. Un buen rato más tarde hubo crujidos y ruidos metálicos en la cocina. Volf se levantó, buscó sus zapatos y su maltrecha bata acolchada y arrastró los pasos hasta la cocina. No había luz.

—¿Eres tú, Sanzo?

—Sí.

—Enciende una vela. —Esperó, perturbado por la negra oscuridad. Oyó un ruido a lata, el chasquido de un fósforo, y el mundo reapareció alrededor de la minúscula llama azul.

—¿Está prendida?

—Bájala un poco. Eso es.

Se sentaron a la mesa. Volf trató de cubrirse las piernas con la bata para calentarse un poco. Sanzo estaba vestido, pero tenía la camisa mal abotonada; se lo veía decaído y ojeroso. En la mesa, frente a él, había una botella y un vaso. Llenó el vaso y lo empujó hacia su padre. Volf lo aferró entre las manos rugosas y empezó a beber de a largos tragos, saboreándolos con fruición en cada pausa. Harto de esperar, Sanzo se buscó otro vaso, lo llenó hasta la mitad y lo vació de un sorbo.

Cuando Volf terminó, miró un rato a su hijo.

—Alexander —dijo al fin.

—¿Qué pasa?

Volf se quedó sentado, mirándolo, y por fin se levantó, repitiendo ese nombre por el cual sólo la madre, muerta hacía quince años, solía llamarlo: “Alexander...”. Rozó el hombro de su hijo con los dedos rígidos, se quedó allí un momento, y después volvió a su dormitorio.

Sanzo se sirvió y volvió a beber. Era difícil embriagarse a solas; todavía no estaba seguro de estar borracho. Era como estar en medio de una espesa niebla que nunca se disipaba y que no seguía espesándose: una vacuidad.

—Obscuro no, vacío —dijo, apuntando a nadie con un dedo que él no podía ver. Estas palabras eran muy significativas, pero por alguna razón no le gustó el sonido de su voz. Buscó a tientas el vaso, que había dejado de existir, y bebió de la botella. La vacuidad persistía con la misma intensidad—. Fuera, fuera, fuera de aquí —dijo Sanzo. Esta vez el sonido de su voz le gustó—. Ustedes no están allí. Ninguno de ustedes. Allí no hay nadie. Aquí estoy yo. —Esto lo satisfacía, pero empezaba a marearse—. Estoy aquí, carajo, estoy aquí —dijo en voz alta. Nadie respondió, nadie se despertó. Allí no había nadie—. Estoy aquí —dijo. La boca temblaba y se le retorció. Hundió la cabeza en los brazos para impedirlo; estaba tan aturdido que le pareció que se caía de la silla, pero en cambio se quedó dormido. La vela se consumió y se apagó. Durmió encorvado sobre la mesa, mientras gemía el viento y la mañana arrojaba un pálido resplandor en las calles.

— Bueno, todo lo que dije fue que últimamente ella pasaba mucho tiempo allí.

—¿Sí? —dijo la señora Benat con una voz contenida pero seriamente interesada.

—Y ella se puso de mal humor —dijo Eva, su hija de dieciséis años.

—¿De veras?

—Él no puede ni trabajar. ¿Por qué pone esa cara de desprecio?

—Trabaja.

—Ah, sí. Arregla sillas o algo por el estilo. Pero siempre parece tan odioso, y ella se puso odiosa cuando le pregunté. ¿Tengo el pelo liso? —Eva era bonita, igual que su madre a los dieciséis años. Ahora estaba vestida para salir a caminar con uno de los muchos y solemnes jóvenes de huesuda muñeca que le requerían ese privilegio, y que para ganarlo debían padecer una minuciosa inspección de sus personas y antecedentes por parte de los Benat.

Cuando Eva se fue la señora Benat dejó de zurcir y entró a la pieza de la hija menor. Lisha canturreaba la canción de los dos mendigos para que su

hermanita de cinco años se durmiera. El viento que se había levantado la noche anterior hacía temblar los vidrios con sus ráfagas.

—¿Se durmió? Ven conmigo.

Lisha siguió a su madre hasta la cocina.

—Prepara una taza de chocolate. Estoy muerta de cansancio... Ah, con esta casa tan chica. Sí tuviéramos una pieza para que ustedes pudieran recibir a los muchachos. No me gusta que salgan así, no está bien. A una muchacha hay que festejarla en la casa...

No dijo una palabra más hasta que Lisha preparó el chocolate y se sentó con ella a la mesa.

—No quiero que vuelvas a casa de los Chekey, Lisha —dijo entonces.

Lisha bajó la taza. Se alisó una arruga en la falda y metió el cabo del cinturón bajo la hebilla.

—¿Por qué no, madre?

—La gente habla.

—La gente tiene que hablar de algo.

—No de mi hija.

—¿Entonces puedes dejarlo venir aquí?

Este ataque lateral, audaz casi hasta la impudicia, tomó por sorpresa a la señora Benat, pues era lo último que esperaba de Lisha. Asombrada, barbotó con brusquedad:

—No. ¿Quieres decirme que ha estado festejándote?

—Supongo que sí.

—¡Es un ciego, Alitsia!

—Ya lo sé —dijo la muchacha, sin ironía.

—No es capaz... ¡no es capaz de ganarse la vida!

—Tiene una pensión de doscientos cincuenta.

—¡Doscientos cincuenta!

—Son doscientos cincuenta más de lo que mucha gente está ganando hoy en día —dijo Lisha—. Además, yo puedo trabajar.

—Lisha, ¿no estarás pensando en casarte con él?

—Todavía no hablamos nada.

—¡Pero Lisha! ¿No ves...?

La desesperación aflautó la voz de la señora Benat. Apoyó en la mesa las palmas de las manos, unas manos pequeñas y hermosas hinchadas por el agua caliente y el jabón.

—Lisha, escúchame. Tengo cuarenta años. Pasé la mitad de la vida en esta ciudad, veinte años en esta casa, en estas cuatro piezas. Vine aquí cuando tenía tu edad. Nací en Foranoy, eso lo sabes. También es una ciudad vieja, pero no es una trampa como ésta. Tu abuelo era obrero de una hilandería. Allá teníamos una casa, una casa con vestíbulo, fondo y un rosál. Cuando tu abuela se estaba muriendo, una ya se había olvidado, pero ella no se cansaba de preguntarnos cuándo volvíamos a casa. ¿Cuándo volvemos a casa? Al principio esto me gustaba, era joven, conocía a tu padre, en uno o dos años íbamos a mudarnos al Norte. Y siempre hablábamos de eso. Después nacieron ustedes. Y después vino la guerra, y se pagaba bien. Ahora todo eso se acabó y lo único que nos quedan son huelgas y sueldos que se pagan con atraso. Al final me puse a recordar y me di cuenta de que nunca vamos a irnos, nos quedamos aquí para siempre. Y cuando me di cuenta hice una promesa, Lisha. Dirás que voy a la iglesia una vez por año, pero esta vez fui a la catedral, y le hice una promesa a la Virgen de la Sovená. Dije, Santa Madrecita, yo me quedo aquí, está bien, si dejas que mis hijos se vayan. No volveré a decir una palabra, siempre que los dejes ir, que los dejes salir de aquí.

Clavó los ojos en su hija. Su voz se aflautó aún más.

—¿Te das cuenta de lo que quiero decirte, Lisha? Tu padre es un hombre en diez mil. ¿Pero qué tiene para demostrarlo? Nada. No juntó nada. El mismo departamento adonde vinimos cuando nos casamos. El mismo trabajo. Prácticamente el mismo sueldo. Así es esta trampa, esta ciudad. Lo veo apresado en ella. ¿Y tú? ¡No voy a tolerarlo! ¡Quiero que te cases bien, y que te vayas! Déjame terminar. Si te casaras con Sanzo Chekey, dos pueden arreglárselas con esa pensión, ¿pero los hijos? Y ahora no hay ningún trabajo para ti. Si te casas con él, ¿sabes adónde irás? Cruzando el patio. De cuatro piezas a tres. Con Sara, Albrekt y el viejo. Y trabajarás para nada en esa tienda miserable. Y estarás atada a un hombre que terminará odiándote porque no puede hacer nada por ti. Oh, a Sanzo lo

conozco, siempre fue orgulloso, y no creas que no me duele lo que le pasa. ¡Pero tú eres mi hija, y se trata de tu vida, Lisha, de toda tu vida!

Había elevado la voz, que resbaló en las últimas palabras. Lisha, llorando, cruzó las manos sobre la mesa y aferró estrechamente las de su madre.

—Escúchame, madre, prometo... que si Sanzo alguna vez me propone algo (puede que no, eso no lo sé), si llega a decírmelo, y yo no encuentro trabajo y no tenemos suficiente para mudarnos, le diré que no.

—¿Piensas que él permitirá que lo mantengas?

Aunque Lisha tenía los ojos hinchados por las lágrimas y las mejillas empapadas, habló con firmeza.

—Es orgulloso —dijo—, pero no estúpido, madre.

—¡Pero Lisha!, ¿no puedes encontrar un hombre *completo*?

La muchacha le soltó las manos y se irguió en la silla. No dijo nada.

—Prométeme que no volverás a verlo.

—No puedo. Ya prometí todo lo que pude, madre.

Entre ellas se interpuso el silencio.

—Nunca me decepcionaste en nada —dijo la señora Benat con un tono pesado y admonitorio—. Fuiste una buena hija, siempre. Ahora eres grande. No puedo encerrarte como a una cualquiera. Kass puede pensar que sí, pero no puedo hacerlo. A ti te toca decidir, Lisha. Estás a tiempo de salvarte, y de salvarlo a él. O de echarlo todo a perder.

—¿De salvarme? ¿Para qué? —dijo la muchacha sin amargura—. Nunca hubo otro fuera de él. Aun cuando yo era una niña, antes que se alistara en el ejército. Echar a perder eso, eso sí que sería un pecado... Quizá, de algún modo, también fue un pecado hacer esa promesa, madre.

La señora Benat se incorporó.

—¿Quién iba a decirlo? —dijo fatigosamente—. Quiero ahorrarle a mi hija una vida miserable, y me dice que es un pecado.

—No por ti, madre. Por mí. ¡Yo no puedo cumplir tus promesas!

—Bien, que Dios nos perdone a las dos, entonces. Y a él. Sólo quise hacerte un bien, Lisha.

La señora Benat se fue a su dormitorio, caminando pesadamente. Lisha se quedó sentada a la mesa, haciendo girar una cuchara entre las manos. Era

la primera vez en su vida que se oponía a su madre y la derrotaba, pero no se sentía orgullosa del triunfo. Sólo sentía cansancio, y por momentos las lágrimas volvían a brotar de sus ojos. Lo único positivo de toda esa situación era que ahora ya no temía a nadie. Al fin se metió en la pieza que compartía con Eva, buscó un lápiz y un trozo de papel y le escribió a Sanzo Chekey una brevísima carta diciéndole que lo amaba. Cuando terminó de escribirla la dobló hasta hacerla muy pequeñita, la guardó en un pesado relicario de bronce bañado en oro que le había regalado su madre, y se sujetó la cadena alrededor del cuello. Después se acostó y estuvo un largo rato escuchando el interminable y anónimo soplo del viento.

Sara Chekey, como había dicho la señora Benat, no tenía paciencia. Esa misma noche, mientras Volf y Albrekt estaban en la taberna, le habló a su sobrino.

—Sanzo, ¿has pensado en el matrimonio? No pongas esa cara. Te hablo en serio. Estuve pensando en eso hace un rato, te diré por qué. Tendrías que verle la cara a Lisha Benat cuando te mira. Por eso se me puso en la cabeza.

Sanzo se volvió hacia Sara y dijo con frialdad:

—¿Y a ti qué te importa cómo me mira ella?

—¡Tengo ojos para ver lo que tengo delante!

Después contuvo el aliento, pero Sanzo soltó una de sus inquietantes carcajadas.

—Mira cuanto quieras, entonces —le dijo—. Pero no te molestes en contármelo.

—Escúchame, Sanzo Chekey, te encierras en tu orgullo como si nada en el mundo te importara, y no piensas que lo que estoy diciéndote podría interesarte si te dignaras escucharme. ¿Para qué me sirve a mí tu matrimonio? Sólo pensaba en ti y casualmente noté que...

—Basta —dijo él. Su voz había alcanzado la nota desdeñosa y arrogante que tanto exasperaba a Sara, quien lo atacó con una andanada de justificaciones y acusaciones.

—Se acabó —interrumpió Sanzo—. No volveré a ver a esa muchacha.

Como no había otra manera de librarse de Sara, salió dando un portazo. Bajó las escaleras. En la calle, sin el bastón, sin abrigo y sin un céntimo, se

detuvo y se quedó frente a la puerta. Lisha quería pescarlo, ¿no?, y Sara quería que lo pescaran. Y habían hecho sus pequeños planes, y él les había seguido el tren. Cuando empezó a ceder la tremenda tensión provocada por la humillación y la furia, había perdido la orientación y no sabía hacia qué lado miraba y si se había alejado del umbral o no. Tuvo que tantear antes de ubicarse. La gente pasaba, charlando; no le prestaban atención, o lo creían borracho. Por fin encontró la entrada, volvió arriba, sacó diez kroner de la pequeña alcancía de su padre, pasó junto a Sara sin hacer caso a sus protestas, y dio un segundo portazo.

Volvió a eso de las diez de la mañana, se tumbó en la cama del hall y durmió todo el día. Era domingo, y como su tío forzosamente tuvo que pasar varias veces junto al cuerpo tendido, terminó por comentarle a Sara:

—¿Por qué habrá vuelto a emborracharse? Volf dice que se llevó todo su dinero. No bebió así en todo el verano. Igual que cuando acababa de volver a casa.

—Sí, bebiéndose la plata que debe mantenerlo a él y a su padre. Es para lo único que sirve.

Albrekt se rascó la cabeza y, como de costumbre, respondió lenta y evasivamente.

—Es una vida espantosa para un muchacho de sólo veintiséis años —dijo.

Lisha vino al departamento a las cuatro del día siguiente. Él propuso que salieran a caminar; fueron a la Colina, al jardín. Estaban en octubre, era un día nublado y no tardaría en llover. Mientras caminaban, los dos guardaron silencio. Se sentaron en la hierba, frente a la casona vacía. Lisha tembló al mirar la ciudad gris, las calles entrecruzadas, las enormes fábricas. Como no había sol, la sombra imperiosa y oscura de los castaños dominaba el jardín. Un tren silbó a lo lejos en la ciudad.

—¿Qué aspecto tiene?

—Todo gris y negro.

Lisha notó que su voz era un susurro aninado. Pero él no había tenido que vencer su orgullo para hacerle esa pregunta. Era una buena señal, y eso la alegró un poco. Si sólo pudieran seguir hablando, o si él pudiera tocarla para sentir su presencia, entonces todo andaría bien. Pronto él le tendió los

brazos y ella se entregó dócilmente a su abrazo, apoyándole la mejilla en el hombro. Sentía que él estaba tenso, como si quisiera decirle algo, y estaba a punto de preguntarle qué cuando él le alzó la cara con la mano y la besó. El beso se tornó insistente. Sanzo se volvió y la apretujó debajo de su cuerpo, y el roce de su boca descendió hasta la garganta y los pechos. Lisha trató de hablar pero no pudo, trató de apartarlo pero no pudo. Su peso la agobiaba, su hombro le tapaba el cielo. Lisha sintió un nudo en el estómago. No veía nada, pero pudo jadear un agudo y débil susurro: “Suéltame”. Sin hacerle caso, él la aplastó contra la dura hierba y la oscuridad del suelo, con tal fuerza que ella sólo sentía debilidad, la debilidad de alguien que agoniza. Pero cuando él intentó separarle las piernas con la mano, sintió un dolor tan áspero que recobró las fuerzas y forcejeó como un animal. Logró sacar un brazo y apartar la cabeza y con un movimiento convulsivo se libró del peso de Sanzo. Salió a gatas, se levantó y echó a correr.

Sanzo quedó tendido, la cara sepulta en la hierba.

Cuando ella volvió junto a él, Sanzo no se había movido. Lisha había logrado contener las lágrimas, pero volvieron a brotar cuando se acercó a Sanzo.

—Vamos, Sanzo, levántate —dijo en un hilo de voz.

Él no se movió.

—Vamos.

Al rato él se volvió y se sentó. Tenía la cara blanca marcada por los entrecruzamientos de la hierba, y cuando los abrió, sus ojos miraban al costado, como si contemplaran de reojo el bosquecillo de castaños.

—Vamos a casa, Sanzo —le susurró Lisha a esa cara terrible.

Él retrajo los labios.

—Vete. Déjame solo —dijo.

—Quiero ir a casa.

—¡Vete entonces! Vamos, ¿o crees que te necesito? ¡Vamos, largo de aquí!

Trató de empujarla y apenas le golpeó la rodilla. Lisha se fue y lo esperó a un costado del callejón que conducía al jardín. Cuando él salió ella contuvo el aliento y aguardó a que avanzara un trecho para seguirlo,

tratando de no hacer ruido al caminar. Había empezado la lluvia, y las gotas caían oblicuas desde un cielo bajo y sereno.

Sanzo no tenía el bastón. Al principio caminó con firmeza, como solía hacerlo cuando ella lo acompañaba, luego empezó a ir más despacio, pues evidentemente había perdido la confianza. Durante un rato anduvo sin dificultades, y una vez ella le oyó silbar la habitual melodía entre dientes. En cuanto bajó de la Colina, en esas calles más tumultuosas donde no se oían los ecos, Sanzo empezó a titubear, se desorientó y se equivocó de calle, Lisha lo seguía muy cerca. La gente los miraba a los dos. Al fin él se detuvo y preguntó al vacío:

—¿Ésta es la calle Bargay?

Un hombre que se acercaba lo examinó y después respondió:

—No, está lejos de aquí.

Tomó a Sanzo del brazo y lo orientó hacia la dirección apropiada, dándole instrucciones y preguntándole por qué era ciego, si por un accidente de trabajo o por la guerra. Sanzo siguió caminando, pero no había hecho una cuadra cuando volvió a detenerse y se quedó allí. Lisha lo alcanzó y le tomó el brazo en silencio. Él respiraba agitadamente, como un atleta exhausto.

—¿Lisha?

—Sí. Vamos.

Pero al principio él no pudo moverse, no pudo dar un paso.

Prosiguieron con lentitud, aunque la lluvia caía con más fuerza. Cuando llegaron al edificio él estiró la mano hacia el pórtico, palpando los ladrillos; eso le devolvió cierta confianza. Se volvió a Lisha y le dijo:

—No vengas más.

—Buenas noches, Sanzo —dijo ella.

—Mira, no son buenas —dijo él, y de inmediato subió las escaleras. Ella cruzó hasta la puerta de su casa.

Durante varios días fue a la mueblería por la tarde; se quedaba mucho tiempo y no volvía a casa hasta la hora de cenar. Después no hubo momentáneamente más remodelaciones o arreglos, y se habituó a ir al parque al atardecer. Mantuvo esta costumbre aun cuando empezó a soplar el

viento del Este en invierno, trayendo lluvia y cellisca, una nieve delgada, húmeda y sucia. Sí se quedaba todo el día en el departamento, de a poco lo invadía un tedio crispado; las manos le temblaban, perdía la sensibilidad del tacto, y no podía distinguir lo que agarraba, siempre que se le ocurriera agarrar algo. Esto lo incitaba a salir, a salir cada vez por más tiempo, hasta que volvió con jaqueca y catarro. La fiebre lo aplastó y consumió durante una semana, y lo dejó expuesto a más catarros y fiebres cada vez que salía.

La debilidad, el sopor de la mala salud, eran un alivio para él pero una dificultad para Sara, quien ahora tenía que dejar preparado el desayuno para Sanzo y para Volf, pagar los remedios que le recetaban para la jaqueca, que a veces lo hacía llorar de dolor, y despertarse de noche cuando él empezaba a toser. Se había pasado la vida trabajando, y las protestas y las quejas podían ser una compensación; pero no era el trabajo lo que la irritaba, era la presencia de Sanzo, siempre allí, taciturno, cerrado en sí mismo, ciego, sin hacer nada ni decir nada. Eso la exasperaba a tal punto que cuando salía con Albrekt para ir a la tienda, solía gritar:

—¡No lo aguanto, no puedo aguantar estar en esa casa con él!

Pero el único que escapó a los rigores de ese invierno fue el viejo Volf. Pocas noches antes de Navidad salió con los diez kroner que Sara le daba mensualmente de su propia pensión, volvió con una botella y subió tres de los cuatro tramos de escalones pero no llegó al cuarto. Un síncope lo tumbó en el rellano, donde lo encontraron una hora más tarde. Tendido en el ataúd parecía un hombre más grande, y su cara de muerto, taciturna y ciega, era una versión más lóbrega de la cara de su hijo. Todos los viejos amigos y los vecinos asistieron al funeral, por cuya causa los Chekey se endeudaron. También acudieron los Benat, pero Sanzo no escuchó la voz de Lisha, Sanzo se mudó del hall al dormitorio sin ventanas que había ocupado su padre, y las cosas siguieron igual que antes, con un poco menos de trabajo para Sara.

En enero uno de los jóvenes pretendientes de Eva, un teñidor de la fábrica Ferman, quizá desalentado por el número de competidores, la vio a Lisha y se interesó en ella. A ella no le despertaba temor ni interés, pero cuando el joven le preguntó si quería salir a dar una vuelta, Lisha aceptó.

Conservaba la calma y la docilidad que siempre la habían caracterizado. Lisha no había sufrido cambios, salvo que ella y su madre eran mucho más amigas que nunca, se hablaban de igual a igual, y trabajaban a la par. Claro que su madre no dejó de ver al muchacho, pero a Lisha no le hizo ningún comentario, y Lisha tampoco decía nada, salvo cuando anunciaba, ocasionalmente:

—Después de cenar salgo con Givan.

Una noche de marzo amainó el viento de las heladas planicies del Este y se levantó un viento húmedo del Sur. La lluvia se volvió cálida y vasta. Por la mañana brotaban malezas entre las baldosas del patio, las fuentes de la ciudad gorgoteaban rebosantes, el eco de las voces se prolongaba en las calles, el cielo estaba tachonado de nubecitas azuladas. Esa noche Lisha y Givan recorrieron uno de los paseos preferidos por los amantes de Rákava, desde la Puerta Oriental hasta las ruinas de una torre de vigilancia; y allí, bajo la fría luz de las estrellas, él le propuso matrimonio. Lisha observó la empinada oscuridad de la colina y las praderas y luego volvió los ojos a las luces de la ciudad semiocultas por la derruida muralla exterior. Le llevó un buen rato encontrar la respuesta.

—No puedo —dijo.

—¿Por qué no, Lisha?

Ella sacudió la cabeza.

—Estabas enamorada de otro, se fue, o ya se casó, o algo no anduvo bien o cualquier cosa por el estilo. Eso lo sé. Te hice mi propuesta sabiéndolo.

—¿Por qué? —preguntó ella angustiada.

—Porque eso se acabó —respondió él lacónicamente—. Ahora es mi turno.

Eso la estremeció y Givan se dio cuenta y dijo, con repentina humildad:

—Piénsalo un poco.

—Sí. Pero...

—Piénsalo. Es lo que corresponde. Soy el tipo indicado para ti. No soy de los que cambian de parecer.

Esas palabras la hicieron sonreír un poco, porque se acordó de Eva, pero también porque eran ciertas. Givan era un joven tímido, resuelto,

empecinado. ¿Y si le dijera que sí? pensó, y de inmediato se sintió humilde a causa de la humildad de Givan, se sintió protegida, firme, segura.

—No es justo preguntármelo ahora —dijo en un raptó de furor, de manera que él no volvió a insistir y se limitó a recordarle, cuando se despidieron, que lo pensara. Ella replicó que así lo haría. Y así lo hizo.

Cuánto había pasado desde ese día en el jardín de la Colina, cinco meses; y por las noches todavía se despertaba de un sueño donde la hierba dura y seca del otoño le apretaba la espalda y ella no podía moverse ni ver nada. Y cuando despertaba del sueño de pronto veía el cielo y la lluvia que le caía directamente encima. Era eso lo que tenía que pensar, sólo eso.

Ahora que había sol, lo veía a Sanzo más a menudo. Siempre le hablaba. Él solía estar sentado en el patio, cerca de la bomba, como antes solía hacerlo su padre. Cuando Lisha iba en busca de agua para lavar y enjuagar la ropa, lo saludaba:

—Buenas, Sanzo.

—¿Eres tú, Lisha?

Sanzo tenía la piel blanca y descolorida, y las manos parecían demasiado grandes para sus muñecas.

Un día de principios de abril Lisha planchaba a solas en el sótano que su madre alquilaba como lavandería. La luz irrumpía por los tragaluces que había en lo alto de la pared, al nivel del suelo; briznas de pasto y algunas malezas se mecían al sol fuera del vidrio polvoriento. Una estría de luz caía sobre la camisa que estaba planchando, y el vapor se elevaba con un acre olor a ozono. Empezó a cantar en voz alta:

Dos mendigos andrajosos se encontraron en la calle.

—¡Eh, hermanito, dame pan para comer!

—Vé hasta lo del panadero para pedirle la llave.

¡En caso de que se niegue, dile que yo te mandé!

Tuvo que salir en busca de agua para el rociador. Al dejar la penumbra del sótano, la luz del sol le hirió los ojos con espirales y manchas negras y doradas. Sin dejar de canturrear se acercó a la bomba.

Sanzo recién salía de la casa.

—Buenas, Lisha.

—Buenas, Sanzo.

Él se sentó en el banco y estiró las largas piernas, poniendo la cara al sol. Ella permaneció en silencio junto a la bomba, mirándolo. Era una mirada crítica y severa.

—¿Todavía estás ahí?

—Sí, estoy aquí.

—Casi nunca te encuentro.

Ella no respondió. De inmediato fue a sentarse junto a él, depositando la jarra de agua debajo del banco, con sumo cuidado.

—¿Té sientes mejor?

—Creo que sí.

—Este sol, es como si uno pudiera salir y revivir. Realmente ha vuelto la primavera. Huele esto. —Recogió la pequeña flor blanca de un arbusto que había crecido entre las baldosas cerca de la bomba, y se la puso en la mano—. Es muy pequeña para palparla. Huélela. Huele a panqueque.

Él dejó caer la flor y bajó la cabeza como si estuviera mirándola.

—¿Qué haces últimamente? Además de lavar ropa.

—Oh, no sé. Eva se casa el mes que viene. Con Ventse Estay. Van a mudarse a Brailava, allá en el Norte. Él es albañil, allá puede conseguir trabajo.

—¿Y tú cómo andas?

—Oh, yo me quedo —dijo Lisha, y luego, percibiendo en esa pregunta una fría y opaca condescendencia, añadió—. Estoy comprometida.

—¿Con quién?

—Givan Fenne.

—¿Qué hace?

—Trabaja en Ferman. Es secretario del sindicato.

Sanzo se incorporó, caminó por el patio hasta la recova, y luego se volvió y regresó con pasos vacilantes. Permaneció a dos metros de distancia, las manos a los costados; miraba hacia otra parte.

—¡En buena hora, felicitaciones! —dijo, y se volvió para irse.

—¡Sanzo!

Se volvió y esperó.

—Quédate un minuto.

—¿Para qué?

—Porque yo quiero.

Él se quedó donde estaba.

—Quería decirte... —pero no le salieron las palabras.

Sanzo volvió, tanteó en busca del banco y se sentó.

—Mira, Lisha —dijo con cierta frialdad—, no tiene ninguna importancia.

—Claro que sí, tiene mucha importancia. Quería decirte que no estoy comprometida. Él se declaró, pero no acepté.

Sanzo la escuchaba atentamente, pero sin expresión.

—¿Entonces por qué dijiste que lo estabas?

—Qué sé yo. Para darte celos.

—¿Y con eso?

—Y con eso —dijo Lisha—. Y con eso, quería decirte que el hecho de ser ciego no es excusa para ser sordo, mudo y estúpido. Sé que estuviste enfermo y lo lamento mucho, pero estarías peor si yo tuviera algo que ver con eso.

Sanzo permaneció inmóvil.

—¿Qué diablos...?

Ella no respondió; al rato él se volvió, estirando la mano y deteniéndola a mitad de camino.

—¿Lisha? —dijo nerviosamente.

—Estoy aquí.

—Pensé que te habías ido.

—Todavía no terminé.

—Bueno, adelante. Nadie te detiene.

—Sí, tú.

Una pausa.

—Mira, Lisha, tengo que hacerlo. ¿No te das cuenta?

—No, Sanzo, no me doy cuenta. Déjame explicarte...

—No, no te dejes. No soy una pared, Lisha.

Durante un rato guardaron silencio.

—Mejor cástate con ese tipo.

—No puedo.

—No seas tonta.

—No sé cómo decirlo. Cómo decírtelo a ti.

Él apartó la cara.

—Yo quería pedirte disculpas... —dijo con voz ronca y sofocada, trazando un gesto vago.

—¡No! No lo hagas.

Hubo un nuevo silencio. Sanzo se irguió en el banco y se frotó dolorosamente los ojos y la cara.

—Mira, Lisha, no sirve de nada. Con toda honestidad. Están tus padres, qué van a decir. Pero no es eso, es todo lo demás, vivir con mi tío y mi tía, no puedo... Un hombre tiene que tener algo para dar.

—No seas modesto.

—No lo soy. Nunca lo he sido. Sé lo que valgo y este... este asunto no establece ninguna diferencia, en lo que a mí respecta. Pero si en lo que concierne a los demás.

—Quiero casarme contigo —dijo Lisha—. Si quieres casarte conmigo, hazlo, y si no quieres no lo hagas. No puedo hacerlo todo por mi misma. ¡Pero al menos recuerda que también yo soy parte interesada!

—Es en ti en quien estoy pensando.

—No, no es en mí. Estás pensando en ti mismo, en tu ceguera y en toda esa historia. Deja que yo me haga cargo de eso. No creas que no lo tuve en cuenta, además.

—He pensado en ti. Todo el invierno. Constantemente. Hay... hay algo que no encaja, Lisha.

—No, en esta casa no.

—¿Dónde, entonces? ¿Dónde encajamos? ¿En la casona de la Colina? Podemos dividirla, veinte piezas para cada uno...

—Sanzo, tengo que ir a terminar de planchar. Tiene que estar listo a mediodía. Si decidimos algo podemos resolver ese problema. Me gustaría irme de Rákava.

—¿Quieres...? —Sanzo titubeó—. ¿Vienes esta tarde?

—De acuerdo.

Se fue, meciendo la jarra de agua. Cuando bajó al sótano se paró junto a la tabla de planchar y le saltaron las lágrimas. Hacía meses que no lloraba y había pensado que ya no tenía edad para el llanto, que nunca volvería a brotarle. Lloró sin saber por qué, con lágrimas que fluían como un río al derretirse el hielo invernal, empapándole las mejillas. No sentía pena ni alegría, y siguió con su trabajo mucho antes de que las lágrimas se detuvieran.

A las cuatro se dispuso a ir al departamento de los Chekey, pero Sanzo ya la esperaba en el patio. Subieron hasta el silvestre jardín de la Colina y se tendieron en la loma que daba al bosquecillo de castaños. La hierba nueva era blanda y profusa. En la verde negrura del bosquecillo los primeros brotes del castaño ardían con un color blanco amarillento. Unas pocas palomas surcaron el aire cálido y sucio que empañaba la ciudad.

—Hay rosas alrededor de la casa. ¿Les importará si recojo algunas?

—¿A quiénes?

—Está bien, enseguida vuelvo.

Lisha volvió con un ramillete de rosas pequeñas, rojas, espinosas. Sanzo estaba recostado con los brazos bajo la nuca. Ella se sentó a su lado. El henchido y dulzón viento de abril sopló sobre ellos.

—Bien —dijo—, no tenemos adonde ir, ¿no es así?

—No sé. Eso parece.

—¿Desde cuándo eres así?

—¿Así? ¿Cómo?

—Oh, ya sabes. Solías ser distinta. —Cuando Sanzo estaba calmo, había en su voz una nota vibrante y cálida, agradable al oído—. Nunca dijiste nada... ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Nunca terminamos de leer ese libro.

Bostezó y se volvió sobre el costado, enfrentándola. Ella le tomó la mano.

—Cuando eras chica solías sonreír todo el tiempo. ¿Sigues haciéndolo?

—No desde que te conozco —dijo ella sonriendo, sin soltarle la mano.

—Escucha. Tengo la pensión por incapacidad, dos cincuenta. Con eso podríamos irnos de Rákava. ¿Eso es lo que quieres?

—Sí.

—Bueno, está Krasnoy. Se dice que ahí no hay tanta desocupación, debe haber lugares baratos donde vivir. Es una ciudad más grande.

—Yo también lo pensé. Allí debe haber más trabajo, no es una sola gran industria como aquí. Yo podría conseguir algo.

—Yo podría seguir remodelando muebles, si alguien tiene dinero para pagar ese tipo de trabajo. Puedo hacer arreglos también. Hice algunos el otoño pasado. —Parecía estar atento a sus propias palabras; de pronto soltó su extraña carcajada, y le cambió el rostro—. Escúchame —dijo—, esto no va. ¿Vas a llevarme a Krasnoy de la mano? Olvídalo. Tienes que largarte de aquí, está bien. Vete. Cásate con ese tipo y lárgate. Usa la cabeza, Lisha.

Estaba sentado, abrazándose las rodillas, la cara hacia otra parte.

—Hablas como si fuéramos un par de mendigos —dijo ella—. Como si no tuviéramos nada que ofrecernos y ningún lugar adonde ir.

—Eso es. Ése es el problema. Que no tenemos nada. ¿Piensas que por irnos de aquí las cosas van a cambiar? ¿Crees que yo voy a cambiar? ¿Piensas que porque doble la esquina...? —Trataba de ser irónico, pero despertaba compasión.

—No, claro que no —dijo Lisha, entrelazándose las manos—. No hables como todo el mundo. Eso es lo que dicen. No podemos irnos de Rákava, estamos atascados aquí. No puedo casarme con Sanzo Chekey, está ciego. No podemos hacer lo que queremos, no tenemos plata. Todo eso es verdad, por supuesto que todo eso es verdad. Pero eso no es todo. ¿Acaso es verdad que los mendigos no deberían recoger limosnas? ¿Qué otra cosa te queda por hacer? Sí te dan un mendrugo, ¿lo tiras a la calle? ¡Si sintieras lo mismo que yo, Sanzo, tomarías lo que te dan y lo aferrarías con todas tus fuerzas!

—Lisha —dijo él—, por Dios, yo quiero aferrarlo... Nada... —La buscó y ella se acercó; se estrecharon. Sanzo trató de hablar pero las palabras no le salían—. Sabes que te quiero, que te necesito, no hay nada, nada más —tartamudeó, y ella lo negaba, negaba que él la necesitara así y repetía no, no, no, no, pero lo abrazaba con todas sus fuerzas. Él la estrechaba aún más. Al rato la soltó, le dio una palmadita en la mano y se la

apretó—. Mira —dijo con serenidad—, sabes que te necesito. Pero el riesgo es muy grande, Lisha.

—Nunca tendremos nada sin riesgos.

—Tú sí.

—Tú eres mi riesgo —dijo ella con cierta amargura y una profunda certidumbre.

Durante un rato él no supo qué contestar. Por fin lanzó un prolongado suspiro y dijo con voz tenue:

—En cuanto a lo que decías de mendigar... Hace dos años, en el hospital donde yo estaba internado, había un doctor que decía algo así, decía de qué tiene miedo, usted ve lo que ven los muertos, pero sigue con vida. ¿Qué tiene que perder?

—Yo sé lo que tengo que perder —dijo Lisha—. Y no voy a perderlo.

—Yo sé lo que tengo que ganar —dijo Sanzo—. Eso es lo que me asusta.

Tenía la cara erguida, como si contemplara la ciudad. Era una cara vigorosa, dura y resuelta, y Lisha sintió cierta turbación al mirarla; cerró los ojos. Sabía que era ella, con su voluntad y su presencia, quien podía liberarlo; pero debía acompañarlo hasta la libertad, y se trataba de un sitio donde jamás había estado.

—De acuerdo, también yo estoy asustada —susurró en la oscuridad.

—Bueno, te has empecinado —dijo él, rodeándole los hombros con el brazo—. Yo también entonces.

Se quedaron sentados, casi sin hablar, mientras el sol naufragaba en la neblina que flotaba sobre los campos de abril y la luz del crepúsculo pintaba de amarillo las torres y ventanas de la ciudad. Cuando se puso el sol bajaron juntos de la Colina, dejando el jardín con su hermosa, derruida y contemplativa casona e internándose en el humo, el estrépito y la multitud de las calles entrelazadas, donde ya había caído la noche.

1920

LA RUTA DEL ESTE

—El mal no existe —murmuró la señora Eray al geranio color rosa que crecía en el alféizar, y su hijo, escuchándola, pensó vagamente en gusanos, larvas, plantas corruptas y añublos; pero la luz del sol, que destellaba sobre las hojas verdes y redondas, las flores rojas y el pelo gris, parecía confirmar sin recelo la afirmación de la sonriente señora Eray. Ella alzó los brazos y las mangas cayeron hacia atrás, una sacerdotisa del sol ante la ventana—. Cada flor lo demuestra. Me alegra que te gusten las flores, Maler.

—Más me gustan los árboles —dijo él, exhausto y crispado; crispado era la palabra que no cesaba de obsesionarlo: se encontraba en el filo, en el filo más cortante de la crispación. Necesitaba unas buenas vacaciones.

—¡Pero no podías traerme un roble para mi cumpleaños! —rió la señora Eray, volviéndose para mirar el ramillete de dorados ásteres de octubre que su hijo le había traído, y él sonrió, hundido pesada y pasivamente en el sillón—. Oh, mi pobre y viejo hongo —dijo ella, acercándose. Él, pálido, pesado, corpulento, desdeñaba ese cumplido, pues presentía que era apropiado—. ¡Vamos, sonríe un poco! Este día encantador, mi cumpleaños, estas flores, la luz del sol. ¡Cómo es posible que la gente se niegue a *gozar* de este mundo! Gracias por mis flores, querido. —Le besó la frente y regresó a la ventana con pasos animosos.

—Ihrenthal desapareció —dijo él.

—¿Desapareció?

—Hace una semana. En toda la semana nadie se dignó pronunciar su nombre, siquiera.

Era un ataque frontal, pues ella había conocido a Ihrenthal; ese hombre tímido, atolondrado, con la cabeza cubierta de rizos había cenado en su casa; había pedido un segundo plato de sopa; ella no podía borrar ese nombre de un soplido, como si careciera de peso y significación.

—¿No sabes qué le ocurrió?

—Claro que lo sé.

Ella siguió con el índice el borde curvo de una hoja de geranio y dijo con voz suave, como si le hablara a la planta:

—No con *certeza*.

—No sé si le pegaron un tiro o si solamente lo encarcelaron, si a eso te refieres.

Ella apartó la mano de la planta y se quedó mirando el cielo diáfano.

—No hables con amargura, Maler —dijo—. No sabemos qué le ocurrió verdaderamente, en el sentido más profundo. Ni a él, ni a todo lo que se esfuma, desaparece, y damos por perdido. Es tan poco lo que sabemos, tan poco. ¡Y sin embargo! El sol brilla, nos baña a todos con su luz, no juzga a nadie, no siente amargura. Eso sí que lo sabemos. Ésa es la gran lección. ¡La vida es un don, un don tan adorable! No queda espacio para la amargura. De ningún modo. —Como hablaba mirando el cielo, no había advertido que él se levantaba.

—Hay espacio para todo. Sobra espacio. Ihrenthal era mi amigo. ¿Su... su muerte es un don adorable? —Pero se apresuró y las palabras se le agolparon en la boca, de manera que ella se ahorró el trabajo de oírlas.

Volvió a sentarse mientras ella se dedicaba a preparar la cena y a poner la mesa. “¿Y si me hubiesen arrestado a mí, en vez de a Ihrenthal?”, quiso decir, pero no lo dijo. No puede entenderlo, pensó, porque se pasa la vida adentro, siempre mira por la ventana pero nunca abre la puerta, nunca sale... Las lágrimas que no podía verter por Ihrenthal volvieron a cerrarle la garganta, pero sus pensamientos ya se deslizaban hacia el Este, alejándose hacia la ruta. En la ruta, la evocación de su amigo aún estaba con él, la imaginación del pesar y el conocimiento de la aflicción: pero con él, no dentro de él. En la ruta podía caminar junto al dolor, tal como caminaba a través de la lluvia.

La ruta iba hacia el este, partiendo de Krasnoy y atravesando aldeas y granjas hasta llegar a una ciudad de murallas grises dominada por la torre de piedra de una vieja iglesia. Las aldeas y la ciudad figuraban en los mapas y él las había visto una vez desde el tren; Raskofiu, Ranne, Malenne, Sorg; eran sitios reales, y ninguno distaba más de setenta y cinco kilómetros de la ciudad donde vivían. Pero mentalmente solía recorrerla a pie y atravesaba un paisaje muy viejo, quizá de principios del siglo pasado, pues en la ruta no había automóviles ni pasos a nivel. Bajo la lluvia o el sol caminaba por la ruta campesina rumbo a Sorg, donde descansaría por la noche. Iría a una posada, en la calle que salía de la voluminosa torre hexagonal de la iglesia. Era agradable esperar ese momento. Nunca había llegado a la posada, aunque un par de veces había entrado a la ciudad y se había demorado bajo el pórtico de la iglesia, una arcada redonda de piedra tallada. Entretanto, seguía caminando pese a los rigores del clima, la espalda agobiada por un fardo de peso variable. En esta clara noche de otoño fue muy lejos, hasta que descendió la obscuridad; hizo frío y la niebla cubrió las parcelas onduladas y oscuras. No sabía cuánto le faltaba hasta Sorg, pero tenía hambre y mucho cansancio. Se sentó a la vera del camino bajo una arboleda, y reposó en el silencio del anochecer; pese al frío, al dolor y al miedo, observó con calma el neblinoso crepúsculo.

—¡La cena está lista! —anunció alegremente su madre. Se levantó de inmediato y compartió la mesa con ella.

Al día siguiente conoció a la gitana. El tranvía lo había dejado del lado oriental, en la otra margen del río, y él estaba esperando para cruzar los rieles mientras el viento arrastraba polvo por la larga calle bajo la larga luz del atardecer. Ella se acercó y dijo:

—¿Podría informarme cómo llegar a la calle Geyle?

No tenía acento de la ciudad. El pelo negro, recto y desgredado, se ensortijaba sobre una cara incolora, frágiles huesos apenas cubiertos de piel.

—Yo voy para ese lado —dijo Maler después de una pausa, y se lanzó a cruzar la calle, sin preocuparse por ver si ella lo seguía. Lo siguió.

—Nunca estuve antes en Krasnoy —dijo.

Venía de las llanuras de una tierra extranjera, llanuras barridas por el viento y circundadas por picos que se esfumaban en la noche mientras en

las cercanías, en el pastizal, el humo del campamento se arremolinaba curvándose sobre las llamas y una mujer entonaba en una lengua desconocida una canción que se perdía en el vasto, azul, gélido crepúsculo.

—Yo nunca estuve en otra parte —respondió él, mirándola—. Salvo cuando...

La mujer tenía su misma edad y llevaba un vestido brillante y raído. Caminaba erguida, con una expresión serena.

—¿Qué número busca? —le preguntó, pues habían llegado a la calle Geyle.

—Treinta y tres —dijo ella, el número de la casa de Maler.

Caminaron juntos bajo las lámparas de la calle, él y esta frágil vagabunda extranjera, dos extraños que compartían el camino.

—Yo vivo en este edificio —explicó él mientras sacaba la llave, aunque en verdad eso explicaba muy poco.

—Mejor toco el timbre —dijo la mujer—. Aquí vive una amiga mía, y no me esperaba. —Y buscó el nombre en los buzones.

Por lo tanto, él no podía dejarla entrar. Pero se asomó por la puerta abierta y preguntó:

—Discúlpeme, ¿de dónde viene?

Ella lo miró con una leve sonrisa de asombro y respondió:

—De Sorg.

Su madre estaba en la cocina. El geranio color rosa irradiaba su esplendor desde la ventana, los ásteres se estaban marchitando. En el filo, el filo de la crispación. Se arrellanó en el sillón con los ojos cerrados, tratando de escuchar pasos sobre el cielo raso o a través de la pared, uno de esos leves pasos que lo habían alcanzado no después de atravesar praderas desconocidas pobladas por gitanos sino la entrañable ruta del crepúsculo, la ruta que desde Sorg venía a esta ciudad, a esta casa, a esta habitación. Claro que la ruta llevaba hacia el Oeste tanto como hacia el Este, sólo que nunca había pensado en ello. Había entrado con tanto sigilo que su madre no lo había escuchado, y al verlo tirado en el sillón se sobresaltó y su voz vibró de pánico:

—¿Por qué no dijiste algo, Maler?

Se apresuró a prender las luces, acarició los ásteres a punto de marchitarse, charló.

Al día siguiente se encontró con Provin. A Provin todavía no le había dicho nada, ni siquiera buenos días, aunque trabajaban lado a lado en la oficina (Proyectos y Planeamiento, la dependencia en Krasnoy de la Oficina Estatal de Arquitectura Civil) con los mismos planes (Viviendas Estatales, Proyecto Trasfiuve N° 2). El joven lo siguió cuando a las cinco salieron del edificio.

—Señor Eray, quiero hablar con usted.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de cualquier cosa —dijo espontáneamente el joven, conocedor de sus propios encantos, y sin embargo muy circunspecto. Era buen mozo y tenía cierta apostura. Maler, derrotado, obligado a salir de su guarida de silencio, dijo al fin:

—Está bien. Lo siento, Provin. No es culpa de usted. Es por Ihrenthal, el hombre que ocupaba su puesto. No tengo nada personal contra usted. Es algo irracional. Lo siento.

Cuando se volvía, Provin le dijo ferozmente:

—¡No tiene derecho a desperdiciar el odio de esa manera!

Maler quedó tieso.

—De acuerdo. Después de esto le diré buenos días. De acuerdo. ¿Cuál es la diferencia? ¿Qué le importa a usted? ¿Qué importa si hablamos o dejamos de hablar? ¿Qué hay que decir?

—Importa. No nos queda nada ahora, salvo los otros.

La fina lluvia de otoño los empapaba mientras permanecían de pie uno frente al otro y la gente pasaba junto a ellos.

—No —dijo Maler después de un momento—, ni siquiera eso nos queda, Provin.

Y echó a andar por la calle Palazay, rumbo a la parada del tranvía. Pero después del largo viaje a través de la ciudad, de cruzar el Puente Viejo y el Trasfiuve, y de caminar bajo la lluvia hasta la calle Geyle, en la puerta de su casa se encontró con la mujer de Sorg.

—¿Puede dejarme entrar? —le preguntó ella.

Él asintió y abrió la puerta.

—Mi amiga se olvidó de darme la llave, y tuvo que salir. Estuve dando vueltas, y pensé que a lo mejor usted volvía a casa a la misma hora de ayer...

Estaba dispuesta a reírse con él de su propia impertinencia, pero él no podía reírse ni contestarle. Había sido un error rechazarlo a Provin, un craso error. Había colaborado con el enemigo. Ahora debía pagar el precio de su silencio con más silencio, con el silencio que se impone cuando uno quiere hablar: la mordaza. La siguió escaleras arriba sin decir nada. Y sin embargo ella venía del hogar que él añoraba, de la ciudad donde no había estado jamás.

—Buenas noches —dijo ella en la curva de la escalera, ya sin sonreír y mirando hacia otra parte.

—Buenas noches.

Se sentó en el sillón y reclinó la *cabeza*; su madre estaba en la otra pieza; lo agobió la fatiga. Estaba demasiado extenuado para caminar por la ruta. Fragmentos del día, la oficina, las calles, giraron y se agolparon en su mente; estaba casi dormido. Luego, por un momento, vio la ruta, y por primera vez la vio poblada de gente: otra gente. No era él, ni Ihrenthal que estaba muerto, ni ningún conocido, sólo extraños, unas pocas personas con caras serenas. Iban hacia el Oeste, hacia él, se cruzaban con él y seguían caminando. Se detuvo. Lo miraban pero no decían nada. Escuchó la áspera voz de su madre, “¡Maler!”. Él se paró en seco, pero ella no se decidía a seguir de largo.

—Maler, ¿estás enfermo? —Ella no creía en la enfermedad, pese a que el padre de Maler había muerto de cáncer hacía unos años; la perturbación, a juicio de ella, había sido de orden mental. Ella nunca había estado enferma, y el parto, e incluso los dos abortos naturales que había sufrido, habían sido indoloros, hasta jubilosos. No existe el dolor, sólo el miedo al dolor, y uno puede dominarlo. Pero sabía que Maler, al igual que el padre, no había ahuyentado el miedo de su mente—. Hijo —murmuró—, no debes hacerte daño de este modo.

—Estoy bien. —Bien, bien, todo está bien.

—¿Es lo de Ihrenthal?

Había pronunciado el nombre, había mencionado al muerto, había admitido la muerte, la había invitado a su cuarto. Él la miró boquiabierto, abrumado por la gratitud. Su madre le había devuelto el don del habla.

—Sí —tartamudeó—, es eso. Es eso. No puedo...

—Hijo, no debes torturarte de ese modo. —Le dio una palmada en la mano. Él se quedó tieso, ansioso de que lo consolaran—. No fue culpa tuya —dijo ella, y la voz había recobrado su timbre exultante—. No podías hacer nada por cambiar las cosas, ahora no puedes hacer nada. Él fue lo que fue, quizás hasta se lo buscó. Era inquieto y rebelde. Siguió su propio camino. Debes quedarte con lo que es real, Maler. Su destino lo llevó por una senda distinta de la tuya. Pero la tuya te lleva a casa. Cuando me vuelvas la espalda, hijo, cuando no me hables, estarás rechazándome no sólo a mí, sino a tu verdadero yo. Al fin y al cabo, no tenemos a nadie sino a nosotros mismos.

No dijo nada, presa de una amarga decepción, abatido por el sentimiento de culpa que le inspiraba ella, que dependía totalmente de él, y el que le inspiraban Ihrenthal y Provin, de quienes había intentado escapar para seguir una ruta irreal, solitaria y silenciosa. Pero cuando ella dijo o trinó: “¡Nada es malo, nada se pierde, si sólo contemplamos el mundo sin miedo!”, ya no pudo contenerse.

—Para eso hay que estar ciego —dijo, y se fue dando un portazo.

Volvió a las tres de la mañana, borracho y cantando. Cuando se despertó era muy tarde para afeitarse, y llegó tarde al trabajo; después de la hora del almuerzo no volvió a la oficina. Se instaló en un asiento del bar caluroso y oscuro que había atrás del Palacio Roukh, donde él e Ihrenthal antes solían almorzar cerveza con arenques, y a eso de las seis, cuando llegó Provin, estaba nuevamente borracho.

—¡Buenas noches, Provin! Tómate un trago.

—Gracias, con gusto. Givaney dijo que usted podía estar aquí.

Bebieron en silencio, uno junto al otro, apretujados por la multitud que atestaba el bar. Maler se puso derecho y comentó:

—El mal no existe, Provin.

—¿No? —dijo Provin, mirándolo con una sonrisa.

—No, en absoluto. La gente se mete en problemas por hablar de más, y cuando les pegan un tiro es porque ellos se lo buscaron, así que en eso no hay ningún mal. Y si sólo los meten en la cárcel, tanto mejor, así se impide que hablen. Si nadie habla, nadie dice mentiras, y en realidad verás que no existe otro mal que las mentiras. El mal es una mentira. Hay que callarse la boca, y entonces el mundo es bueno. Muy bueno. Todo es bueno. Los policías son gente buena con esposas y familiares, los agentes son buenos patriotas, los soldados son buenos, el Estado es bueno, nosotros somos buenos ciudadanos de un gran país, sólo que no debemos hablar. No debemos dirigirnos la palabra, para no mentirnos. Así lo arrumaríamos todo. Nunca hay que hablar con otro hombre. Especialmente, no hay que hablar con una mujer. ¿Tienes madre, Provin? Yo no. Nací de una virgen, sin dolor. El dolor es una mentira, no existe... ¿ves? —Se dobló la mano contra el borde del mostrador, haciéndola crujir como un palo al quebrarse—. ¡Ah! —gritó, y también Provin se puso blanco. Los hombres que estaban frente al mostrador, hombres de cara obscura con tosca ropa gris, se volvieron para mirarlo; después reiniciaron el murmullo de su charla. El calendario encima del mostrador anunciaba el mes de octubre de 1956. Maler se apretó la mano contra el costado, debajo del abrigo, y luego terminó de beber su cerveza en silencio, tomando la copa con la mano izquierda. “En Budapest, el miércoles”, repitió en voz baja el hombre que tenía al lado, dirigiéndose a un vecino con ropa de yesero, “el miércoles”.

—¿Es verdad, todo eso?

—Es verdad —asintió Provin.

—¿Eres de Sorg, Provin?

—No, de Raskofiu, a pocos kilómetros de Sorg. ¿Quiere acompañarme a casa, señor Eray?

—Demasiado ebrio.

—Mi mujer y yo tenemos un cuarto para nosotros. Quería hablar con usted. Todo esto —señaló al hombre con ropa de yesero—, queda una oportunidad...

—Demasiado tarde —dijo Maler—. Demasiado ebrio. Escúchame, ¿conoces la ruta que va de Raskofiu a Sorg?

Provin agachó la mirada.

—¿Usted también es de allí?

—No. Yo nací aquí, en Krasnoy. Soy tipo de ciudad. Nunca estuve en Sorg. Vi el chapitel de la iglesia desde el tren, una vez que iba al Este, cuando hacía el servicio militar. Creo que ahora voy a ir a verlo más de cerca. ¿Cuándo empezarán los disturbios? —preguntó sin énfasis cuando abandonaron el mostrador, pero el joven no respondió.

Maler cruzó el puente y volvió a la calle Geyle a pie, una travesía muy larga. Cuando llegó a casa estaba sobrio. Su madre parecía tiesa y consumida, como una nuez reseca alrededor del carozo. Él era su mentira, y uno debe aferrarse a una mentira, marchitarse pegado a ella, sin soltarla. Su mundo sin mal, sin esperanzas, su mundo sin revoluciones dependía sólo de él.

Mientras Maler comía su cena fría, su madre lo interrogó acerca de los rumores que había escuchado en el mercado.

—Sí —dijo él—, es verdad. Y los occidentales van a ayudarlos. Van a mandar aviones con armas, tropas quizás. Van a salir bien. —Se echó a reír, y ella no se atrevió a preguntarle por qué.

Al día siguiente fue a trabajar como de costumbre. Pero el sábado a la mañana temprano la mujer de Sorg llamó a su puerta.

—Por favor, ¿puede ayudarme a cruzar el río?

En voz baja, para no despertar a su madre, Maler le pidió que se explicase. Ella le aclaró que los puentes estaban bajo custodia y que no la dejarían cruzar porque no tenía tarjeta de residencia en Krasnoy, y que debía ir hasta la estación de ferrocarril para volver con su familia a Sorg. Ya se había retrasado un día, debía volver en el acto.

—Si usted va a trabajar y yo lo acompaño, se da cuenta, puede que lo dejen cruzar...

—Mi oficina no estará abierta —dijo él.

Ella no dijo nada.

—No sé, podríamos intentarlo —dijo Maler. Mientras la miraba, se sentía pesado y corpulento dentro de su bata—. ¿Andan los tranvías?

—No, no funcionan, la gente dice que nada funciona. A lo mejor ni andan los trenes. Dicen que todo va a ser en el lado Oeste, en el Barrio del Río.

Caminaron juntos por las calles que conducían al río.

—Tal vez me detengan —dijo Maler—. Soy sólo un arquitecto. En ese caso, usted podría tratar de llegar a Grasse de algún modo. Los trenes que van al Este paran ahí, es una estación suburbana. Está a sólo siete u ocho kilómetros de Krasnoy.

Ella asintió. Usaba la misma ropa brillante y raída de la primera vez; hacía frío, y caminaban de prisa. Cuando llegaron frente al Puente Viejo, vacilaron. Cruzando el puente, entre las hermosas balaustradas de piedra, no sólo estaban los soldados ociosos cuya presencia habían previsto, sino un enorme artefacto negro, jorobado y oblicuo, con la punta de la ametralladora apuntada hacia el Oeste. Un soldado apartó con un gesto las tarjetas de identificación, y le dijo que se fuera a casa. Maler y la mujer volvieron por las largas calles donde no había tranvías ni coches y casi no había gente.

—Si quiere caminar hasta Grasse —dijo él—, yo la acompaño.

El tosco pelo negro le fustigó la mejilla mientras ella, perpleja, le dirigía una sonrisa de campesina extraviada.

—Muy amable. ¿Pero andarán los trenes?

—Es probable que no.

La cara frágil e incolora se inclinó reflexivamente; sonrió un poco, enfrentada a lo insuperable.

—¿Tiene niños en casa, en Sorg?

—Sí, dos hijos. Vine aquí para tramitar la pensión de mi marido. Sufrió un accidente en la fábrica, perdió el brazo...

—Hasta Sorg son unos sesenta kilómetros. Caminando, usted podría llegar mañana a la noche.

—Estaba pensando en eso. Pero con este asunto requisarán todos los caminos que salen de la ciudad, todas las rutas.

—Las rutas que van al Este no.

—Tengo un poco de miedo —dijo ella al cabo de un rato, con voz apagada; no era una gitana de las llanuras silvestres sino sólo una campesina caminando entre ruinas, temerosa de la soledad. No tenía por qué ir sola. Podían salir juntos de la ciudad, caminar hacia el Este, tomando la ruta hasta Grasse y bajando luego entre las colinas, de pueblo en pueblo

por la ondulante llanura, pasando campos y granjas solitarias hasta que la noche de otoño los encontrara bajo las grises murallas, frente al alto chapitel de Sorg; y ahora, con los disturbios en Krasnoy, las rutas estarían desiertas, sin autobuses ni automóviles, como si caminaran rumbo al siglo pasado y avanzaran hacía siglos pretéritos, hacia su heredad, alejándose de la muerte.

—Mejor que espere aquí —dijo Maler cuando doblaron por la calle Geyle. Ella miró su rostro pesado, sin decir nada.

—Gracias. Fue muy amable en acompañarme —murmuró en el rellano de la escalera.

—Ojalá pudiera —dijo él, y se volvió hacia su puerta.

Durante la tarde las ventanas del departamento no cesaban de rechinar. Su madre estaba sentada con las manos sobre la falda, mirando el cielo diáfano salpicado de nubes por encima de las flores del geranio.

—Salgo, mamá —dijo Maler.

Ella permaneció rígida, pero cuando Maler se puso el abrigo, le advirtió:

—Es peligroso.

—Sí, es peligroso.

—Quédate adentro, Maler.

—Afuera hay sol. El sol nos baña a todos con su luz, ¿no? Necesito un buen baño.

Ella lo miró aterrada. Después de negar que necesitaba ayuda, no sabía cómo pedirla.

—Esto no es real. Todos estos disturbios son una locura, no debes meterte. No estoy dispuesta a aceptarlo. ¡No estoy dispuesta a creerlo! —dijo, alzando hacia él los largos brazos, como si estuviera hechizada. Pesado y corpulento, él permaneció de pie. En las calles se oyó un grito prolongado, un silencio, un grito; las ventanas volvieron a rechinar. Ella dejó caer los brazos a los costados—. ¡Pero Maler, voy a estar sola!

—Y bien —dijo él con voz calma y reflexiva, procurando no lastimarla—, las cosas son así.

Se despidió, cruzó la puerta, bajó las escaleras y salió, al principio deslumbrado por el rutilante sol de octubre, dispuesto a unirse al ejército de

los desarmados para acompañarlos por las largas calles que conducían al Oeste, las calles que bajaban al río sin atravesarlo.

1956

OceanofPDF.com

HERMANOS Y HERMANAS

El picapedrero herido yacía en una alta cama de hospital. No había recobrado la conciencia. Su silencio era suntuoso y opresivo; el cuerpo envuelto por la sábana que caía en rígidos pliegues era, al igual que la cara, indiferente como la piedra. La madre hablaba en voz alta, como si ese silencio y esa indiferencia entrañaran un desafío:

—¿Para qué lo hiciste? ¿Quieres morirte antes que yo? ¡Mírenlo, mírenlo, mi belleza, mi halcón, mi río, mi hijo!

Su dolor hacía alarde de sí mismo. Ella subió a la altura de las circunstancias como una alondra en la mañana. El silencio del herido y el exabrupto de la madre significaban lo mismo: la bienvenida a lo intolerable. El hijo menor, de pie, escuchaba. Lo agobiaban con esa congoja vasta como la vida. Inconsciente, cerrado en sí mismo, roto como un trozo de tiza, ese cuerpo, su hermano, lo agobiaba con el peso de la carne, y él quería escapar, ponerse a salvo.

El hombre que se había salvado estaba junto a él, un personaje algo encorvado, de mediana edad, con polvo de piedra caliza entre los nudillos. También él estaba abatido.

—Me salvó la vida —le dijo a Stefan, boquiabierto, buscando una explicación. Tenía la voz chata y monocorde de los sordos.

—Seguro —dijo Stefan—. Ésa fue su intención.

Salió del hospital para ir a almorzar. Todos le preguntaban por su hermano. “Vivirá”, respondía Stefan. Fue a almorzar al León Blanco, y bebió demasiado.

—¿Lisiado? ¿Quién? ¿Kostant? Aunque le tiraran un par de toneladas de roca en la cara no le harían daño, si está hecho de piedra. Ése no nació, lo tallaron.

Se burlaban de él, como de costumbre.

—Lo tallaron —dijo—. Como a todos ustedes.

Dejó el León Blanco y caminó cuatro cuadras por la calle Ardure hasta salir del pueblo; siguió caminando derecho, hacia el nordeste, paralelamente a los rieles de ferrocarril que estaban a medio kilómetro. El sol de mayo brillaba pequeño y grisáceo en el cielo. Abajo había polvo y malezas. El karst, la llanura calcárea, oscilaba imperceptiblemente por obra de las vaharadas de calor, semejantes a las vibrátiles y transparentes alas de las moscas. Rígidamente detrás de ese resplandor trémulo y grisáceo, se erguían las montañas, distantes y pequeñas. Toda su vida había conocido las montañas de lejos, y dos veces las había visto de cerca, al tomar el tren de Brailava, una vez de ida, otra vez de vuelta. Sabía que estaban revestidas de árboles, abetos cuyas raíces se aferraban a las riberas de los manantiales y cuyas ramas obscurecidas por la niebla se rozaban y separaban en los desfiladeros mientras el tren traqueteaba bajo la luz del crepúsculo, empañando con un velo de humo las verdes laderas.

En las montañas los arroyos canturreaban bajo la luz del sol; había cascadas. Aquí en el karst, los ríos corrían bajo tierra, en silencio, por oscuras vetas de piedra. Uno podía cabalgar todo el día desde Sfaroy Kampe sin llegar a las montañas, sin salir de la llanura caliza y polvorienta; pero al fin del segundo día uno llegaba a los manantiales, al amparo de los árboles. Stefan Fabbre se sentó a la vera del camino recto e irreal por donde había venido y hundió la cabeza entre los brazos. Solo, a más de un kilómetro del pueblo, a medio kilómetro de las vías, a noventa kilómetros de las montañas, sollozó por su hermano. La planicie de polvo y piedra se estremeció y se contorsionó en medio del calor, como el rostro de un moribundo.

Después del almuerzo, llegó una hora tarde a la oficina de la Compañía Chorin, donde trabajaba como contador. El jefe se acercó a su escritorio.

—Fabbre, no hace falta que te quedes esta tarde.

—¿Por qué no?

—Bueno, si quieres ir al hospital...
—¿Qué voy a hacer allí? Yo no lo puedo coser, ¿no es así?
—Como prefieras —dijo el jefe, dándole la espalda.
—No fui yo quien recibió una tonelada de rocas en la cara, ¿no?
—Nadie le respondió.

Kostant Fabbre tenía veintiséis años cuando fue víctima del alud en la cantera; su hermano tenía veintitrés; Rosana, hermana de ambos, tenía trece años. Estaba más alta y más huraña, pesaba más sobre la tierra. Ahora, en vez de correr, caminaba a desgano y un poco encorvada, como si a cada paso cruzara involuntariamente un umbral. Hablaba en voz alta y sus risas no pasaban inadvertidas. Cualquier cosa que la rozara bastaba para irritarla, una voz, un viento, una palabra que no entendía, la estrella del atardecer. No había aprendido la indiferencia, sólo conocía el desafío. Ella y Stefan solían reñir, hiriéndose donde cada uno de ellos tenía contornos sin pulir, inconclusos. Cuando esa noche Stefan regresó a su casa la madre aún no había vuelto del hospital, y Rosana permanecía silenciosa en la casa silenciosa. Había pasado la tarde reflexionando acerca del dolor, acerca del dolor y la muerte; su actitud desafiante no había servido de nada.

—No estés tan deprimida —le dijo Stefan mientras ella servía las habichuelas para la cena—. Se va a poner bien.

—¿Te parece...? Alguien decía que podía quedar, bueno...

—¿Lisiado? No, se pondrá bien.

—¿Por qué piensas que él, bueno, corrió para salvar a ese tipo del peligro?

—No hay ningún porqué. Lo hizo y basta.

Lo conmovía que ella le formulara estas preguntas, y lo asombraba la precisión de sus respuestas. No había sospechado que tuviera respuestas.

—Es raro —dijo ella.

—¿Qué?

—No sé. Kostant...

—Te quitó tu piedra basamental ¿no? ¡Uam! Cae una roca y todo se viene abajo. —Ella no lo comprendió; no reconocía el lugar al que había ido hoy, un lugar donde era igual al resto de la gente, con quienes compartía

la singular catástrofe de estar viva. Stefan no era el indicado para guiarla—. Aquí estamos todos —prosiguió—, cada cual tumbado bajo su propia pila de piedras. Al menos a Kostant lo sacaron de abajo de la suya y lo llenaron de morfina... ¿Recuerdas que una vez, cuando eras pequeña, dijiste: “Me voy a casar con Kostant cuando sea grande”?

—Claro —asintió Rosana—. Y él se puso furioso.

—Porque mamá se echó a reír.

—Fueron tú y papá los que se rieron.

Ninguno de ellos comía. El cuarto era apretado y oscuro alrededor de la lámpara de querosén.

—¿Cómo fue cuando murió papá?

—Tú estabas —dijo Stefan.

—Tenía nueve años. Pero no me acuerdo. Salvo que hacía mucho calor, como ahora, y que había un montón de polillas enormes golpeándose la cabeza contra el vidrio. ¿Fue esa la noche en que murió?

—Creo que sí.

—¿Cómo fue? —Rosana trataba de explorar un nuevo continente.

—No sé. Murió, eso es todo. No hay nada que se le parezca.

El padre había muerto de neumonía a los cuarenta y seis años, después de trabajar treinta en las canteras. Stefan no recordaba su muerte con mucha más nitidez que Rosana. Él no había sido la piedra basamental.

—¿Hay algo de fruta?

La muchacha no respondió. Tenía los ojos perdidos en algún punto del aire, por encima del lugar que el hermano mayor solía ocupar a la mesa. La frente y las cejas oscuras eran como las de su hermano, eran las de su hermano: entre gente de la misma sangre, la semejanza es identidad, de modo que el hermano y la hermana eran, salvadas ciertas diferencias mínimas como la curva de la ceja o la sien, la misma persona; así que por un momento Kostant estuvo sentado a la mesa contemplando calladamente su propia ausencia.

—¿Hay?

—Creo que en la despensa hay algunas manzanas —respondió Rosana, volviendo en sí, pero con tal serenidad que por un instante su hermano vio en ella a una mujer, una mujer serena que manifestaba sus pensamientos.

—Vamos —le dijo tiernamente a esa mujer—, vayamos al hospital. A esta hora ya deben haber terminado de atenderlo.

El sordo había vuelto al hospital acompañado por su hija. Stefan sabía que ella estaba empleada en la carnicería. El sordo, que no podía entrar a la sala, lo tuvo a Stefan media hora en la caldeada sala de espera, que tenía piso de pino y hedía a desinfectante y resina. Hablaba, dando vueltas, sentándose, incorporándose de un brinco, imprecando con esa voz alta y monótona que le imponía la sordera.

—No vuelvo más al pozo. No señor. ¿Y si lo hubiese dicho anoche, mañana no voy al pozo? ¿Qué pasaría ahora? Yo no estaría aquí, y usted tampoco, y él tampoco, su hermano. Estaríamos todos en casa. En casa, bien tranquilos y seguros ¿se da cuenta? No vuelvo más al pozo. No, por Dios. Me voy a la granja, ahí es adonde voy. Ahí me crié, al oeste de las colinas, ahí vive mi hermano. Voy a regresar a trabajar con él en la granja. No vuelvo más al pozo.

La hija estaba sentada en el banco de madera, rígida y erguida. Tenía una cara angosta, el pelo negro estirado hacia atrás y sujeto con un nudo.

—¿Tiene calor? —le preguntó Stefan.

—No, estoy bien —respondió ella con gravedad. Tenía una voz clara, estaba habituada a hablarle a un padre sordo.

Stefan no dijo nada más y ella bajó la mirada y se quedó sentada con las manos sobre la falda. El padre seguía hablando. Stefan se pasó las manos por el pelo sudado y trató de interrumpirlo.

—Me parece un buen plan, Sachik. ¿Por qué va a desperdiciar el resto de su vida en la mina?

El sordo siguió hablando.

—No lo oye.

—¿No puede llevarlo a casa?

—No lo pude sacar de aquí ni siquiera para la cena. No quiere parar de hablar.

Al decir esto bajó la voz, tal vez porque se sentía turbada, y Stefan no fue indiferente a ese cambio. Volvió a rascarse el pelo sudado y clavó los ojos en ella. Sin saber por qué, evocó el humo, las cascadas, las montañas.

—Váyase a casa. —Escuchó en su propia voz las cualidades que había notado en la voz de la muchacha, tersura y claridad—. Me lo llevaré al León Blanco por una hora.

—Pero así no podrá ver a su hermano.

—No se va a escapar. Váyase a casa.

En el León Blanco los dos bebieron hasta el hartazgo. Sachik habló de la granja al pie de las colinas, Stefan habló de las montañas y su año de estudiante en la ciudad. Ninguno escuchaba al otro. Stefan, borracho, acompañó a Sachik a su casa, ubicada en una de las filas de viviendas separadas por medianeras que la Compañía Chorin había levantado en el '95, al abrir la nueva cantera. Las casas se hallaban en el límite occidental del pueblo, y detrás de ellos el karst se extendía interminable a la luz de la luna, con pozos, hendiduras y superficies chatas, respondiendo a la luz de la luna con su propia palidez, un brillo solar que le llegaba de tercera mano. La luna, con su brillo de segunda, gastada en los contornos, colgaba del cielo como esos objetos que las amas de casa dejan a la vista para acordarse de que deben remendarlo.

—Dígale a su hija que todo está bien —dijo Stefan, trastabillando frente a la puerta.

—Todo está bien —repitió Sachik con entusiasmo—, todo bien.

Stefan volvió a casa borracho, y así el día del accidente se confundió en su memoria con el resto de los días del año, y los fragmentos que conservó, los ojos cerrados de su hermano, la muchacha de pelo negro mirándolo a él, la luna mirando a ninguna parte, no volvieron a su mente como partes de un todo sino separadas y divididas por largos intervalos.

En el karst no hay manantiales; el agua que beben en Sfaroy Kampe viene de napas profundas y es pura e insípida. Ekata Sachik saboreó el regusto del agua de manantial de la granja mientras refregaba una cacerola de hierro ante la piletta. Refregaba con un cepillo duro, usando más energía de la necesaria, absorta en el trabajo sin advertirlo. Habían usado la cacerola para cocinar, y el agua que ella vertía se escurría entre las cerdas del cepillo con un color pardo, relumbrando a la luz de la lámpara. En la granja nadie sabía cocinar. Tarde o temprano ella tendría que hacerse cargo

de la cocina y todos comerían apropiadamente. Le gustaba trabajar en la casa, le gustaba limpiar, inclinarse frente al horno mientras el calor le encendía la cara, llamar a la gente para la cena; era un trabajo animado y complejo, no como estar aburriéndose detrás del mostrador de la carnicería, entregando el vuelto y diciendo “Buen día” y “Buen día” todo el día. Se había ido del pueblo junto con su familia porque estaba harta de eso. Los de la granja los habían recibido sin comentarios, como a un desastre natural, más bocas que alimentar, pero también más gente para poner el hombro. Era una granja grande y pobre. La madre de Ekata, que estaba enferma, se pasaba el día detrás de la tía y la prima, muy ocupadas; los hombres, el tío, el padre y el hermano de Ekata, entraban y salían calzados con botas polvorientas; se entablaban prolongadas discusiones acerca de la conveniencia de comprar otro cerdo.

—Aquí estamos mejor que en el pueblo, en el pueblo no hay nada —decía la prima viuda de Ekata; Ekata no le respondía. No sabía qué responder.

—Creo que Martin va a volver —decía al fin—. Nunca pensó en ser granjero.

Y en agosto, efectivamente, su hermano de dieciséis años volvió para trabajar en la cantera.

Alquiló una pieza en una casa de pensión. La ventana daba al jardín de los Fabbre, un cuadrado de polvo y malezas con una cerca de alambre, en cuya esquina se alzaba un abeto de aspecto tristón. La propietaria, viuda de un picapedrero, era una mujer morena, calma, de espalda recta como la de Ekata, la hermana de Martin. Con ella el muchacho se sentía tranquilo y seguro de sí. Cuando la viuda salía, la hija y los otros inquilinos, cuatro jóvenes solteros de veinte años, se adueñaban del lugar; se reían y se daban palmadas en la espalda; el empleado del ferrocarril de Brailava solía traer la guitarra y cantar canciones de music-hall, con ojos saltones como uvas de aderezo. La hija, soltera y de treinta años, solía reírse e ir de un lado para otro; a veces se le salía la parte de atrás de la blusa y ella no se preocupaba por meterla adentro. ¿Por qué hacían tanto alboroto? ¿Por qué reían, se golpeaban los hombros, tocaban la guitarra y cantaban? A veces se burlaban de Martin, quien se encogía de hombros y replicaba con hosquedad. Una

vez replicó con el lenguaje empleado en las canteras. El guitarrista lo llevó aparte y le explicó seriamente cuál era la conducta adecuada frente a las damas. Martin lo escuchó con la cara roja de vergüenza. Era un muchachón robusto y de hombros anchos. Pensó que podía agarrar a este empleado de Brailava y romperle el cuello. Pero no lo hizo. No tenía derecho. El empleado y los otros eran hombres; había algo que ellos entendían y él no, y por esa razón hacían alboroto, revolvían los ojos, tocaban música y cantaban. Mientras él no entendiera, tenían derecho a explicarle cómo había que dirigirse a una dama. Martin fue a su cuarto y se asomó por la ventana para fumar un cigarrillo. El humo flotó en el aire de la tarde, que encerraba al abeto, a los techos y al mundo en una vasta bóveda de cristal resistente y azul oscuro. Rosana Fabbre salió al jardín con cerco de alambre, escurrió una sartén con un breve y enérgico sacudón del brazo, luego alzó los ojos para mirar el cielo, un perfil de cabeza obscura sobre una blusa blanca contra el fondo de cristal azul. Nada se movía en noventa kilómetros a la redonda, salvo las últimas gotas de agua de la sartén, que caían al suelo una a una, y el humo del cigarrillo de Martin, que se rizaba filtrándose entre sus dedos. Lentamente retrajo la mano para que ella no viera la pequeña voluta de humo. La muchacha suspiró, golpeó la sartén contra la jamba de la puerta para sacudir las últimas gotas, que ya se habían escurrido, se volvió y entró, cerrando la puerta. El aire azul volvió a ocupar el espacio donde ella había estado, sin una fisura. Martin le murmuró a ese aire compacto la palabra que le habían aconsejado no pronunciar delante de las damas, y al cabo de un instante, como para responderle, la estrella vespertina titiló alta y diáfana hacia el noroeste.

Kostant Fabbre estaba en casa, y ahora que podía cruzar una pieza apoyándose en las muletas, pasaba el día solo. Cómo transcurrían sus días hondos y silenciosos, nadie se detenía a considerarlo, y él quizá menos que los demás. Hombre activo, el trabajador más fuerte y habilidoso de las canteras, capataz desde los veintitrés, no estaba ejercitado en el ocio y la soledad. Siempre había consagrado el tiempo a trabajar. Ahora era el tiempo quien se consagraba a él, y Kostant Fabbre observaba la labor del tiempo con paciencia y perseverancia, con la minuciosa atención de un aprendiz que observa a su maestro. Dedicó todos sus esfuerzos al aprendizaje de este

nuevo oficio, el de la debilidad. El silencio en que transcurrían sus días se le pegó como antes solía pegársele el polvo de piedra que se le adhería a la piel.

La madre trabajaba hasta las seis en la lencería; Stefan salía del trabajo a las cinco. Al atardecer, los hermanos solían pasar una hora juntos. Antes Stefan pasaba esta hora divagando en el jardín, bajo el abeto, suspirando y observando cómo las golondrinas se zambullían en procura de los invisibles insectos que poblaban el aire cada vez más obscuro, o de lo contrario iba al León Blanco. Ahora se apresuraba a llegar a casa y llevarle a Kostant el *Mensajero de Brailava*. Los dos leían y se cambiaban las hojas. Stefan quería hablar, pero no decía nada. El polvo se adhería a sus labios. El silencio una y otra vez se conservaba intacto. El hermano mayor permanecía rígido, la cabeza calma y apuesta inclinada sobre el diario. Leía con lentitud: Stefan tenía que esperarlo para cambiar de hoja: podía ver cómo los ojos de Kostant avanzaban de una palabra a otra. Después entraba Rosana despidiéndose a los gritos de sus compañeras de escuela, entraba la madre, había portazos, voces que circulaban de una pieza a la otra, y la cocina se poblaba de humo, cháchara y ruido de platos. La hora había pasado.

Una noche Kostant dejó de lado el diario que recién empezaba a leer. Hubo una larga pausa inmóvil. Stefan siguió leyendo como si nada pasara.

—Stefan, ahí al lado tienes mi pipa.

—Sí, cómo no —murmuró Stefan, y le alcanzó la pipa. Kostant la llenó y la prendió, la chupó un par de veces y la dejó a un lado. Tenía la mano derecha apoyada sobre el brazo del sillón, firme y distendida, cerrada sobre un nudo de desolación demasiado pesado para levantarlo. Stefan se ocultó detrás del diario y el silencio se ahondó.

Voy a leerle esto acerca de la coalición sindical, pensó Stefan, pero no lo hizo. Sus ojos se afanaron por encontrar otro artículo para leérselo. ¿Por qué no puedo hablarle?

—Ros está creciendo —dijo Kostant.

—Ya es una muchachita —farfulló Stefan.

—Habrà que cuidarla un poco. Estuve pensando en eso. Éste no es pueblo para que crezca una muchacha. Mozos toscos, hombres duros.

—Los encontrarás en todas partes.

—Claro, sin duda —dijo Kostant, aceptando sin objeciones la afirmación de Stefan. Kostant nunca había salido del karst, nunca había estado fuera de Sfaroy Kampe. No conocía otra cosa que la piedra caliza, la calle Ardure, la calle Chorin y la calle Gulhelm, las montañas remotas y el cielo que lo encubría todo.

—Mira —dijo recogiendo la pipa—, creo que ella es un poco terca.

—Cualquier jovencito lo pensará dos veces antes de meterse con la hermana de Fabbre —dijo Stefan—. De todos modos, si tú le hablas, a ti va a escucharte. —Y a ti.

—¿A mí? ¿Por qué iba a escucharme a mí?

—Por la misma razón —dijo Kostant.

Pero ahora Stefan había encontrado su voz.

—¿Por qué va a deberme respeto? Tiene bastante sentido común. Tú y yo no escuchamos las palabras de papá, ¿no es cierto? Es el mismo caso.

—Tú no eres como él, si a eso te refieres. Has tenido una educación.

—Una educación. Claro, si soy todo un profesor. ¡Por Dios! ¡Un año en la Escuela Normal!

—¿Por qué te fue mal, Stefan?

No era una pregunta superficial; provenía del corazón del silencio de Kostant, de su austera e inquisitiva ignorancia. Stefan, crispado al verse incluido, al igual que Rosana, en los pensamientos más profundos de este hermano soberbio y reservado, dijo lo primero que se le ocurrió.

—Tenía miedo de que me fuera mal, por eso no trabajaba.

Y así descubrió, clara como el agua, la verdad que nunca se había confesado a sí mismo.

Kostant asintió, sopesando esta concepción del fracaso, que por cierto no le resultó familiar; después dijo, con su voz calma y vibrante.

—Aquí en Kampe estás perdiendo el tiempo.

—¿Yo? ¿Y tú?

—Yo no pierdo nada. Nunca gané una beca —sonrió Kostant y su modo de sonreír enfureció a Stefan.

—No, nunca lo intentaste. A los quince fuiste derecho al pozo. Escúchame, ¿alguna vez te preguntaste, perdiste un minuto de tiempo para

preguntarte qué hago aquí, por qué vine a las canteras, para qué trabajo ahí y voy a trabajar ahí seis días por semana, todas las semanas del año, todos los años de mi vida? Por la plata, claro, pero hay otros modos de ganarse el sustento. ¿Por qué, entonces? ¿Por qué todos se quedan aquí, en este pueblo desahuciado sobre esta roca desahuciada donde nada crece? ¿Por qué no se levantan y se van a otra parte? ¡Y hablas de perder el tiempo! ¿De qué vale todo esto...? ¿Es el único recurso?

—Eso lo he pensado.

—Yo hace años que no pienso en otra cosa.

—¿Entonces por qué no te vas?

—Porque tengo miedo. Sería como Brailava, como la escuela. Pero tú...

—Aquí tengo mi trabajo. Es mío y soy capaz de hacerlo. Tú puedes hacerte esas preguntas en cualquier otra parte.

—Lo sé. —Stefan se levantó. Hablaba y se movía con desasosiego, sus palabras y sus gestos quedaban truncos—. Lo sé. Te has resignado a ti mismo. Pero eso significa una cosa para mí y otra para ti, insisto. Aquí estás perdiendo el tiempo, Kostant. Como toda esta historia de jugar al héroe, de sacrificarte por ese Sachik, un idiota que es incapaz de ver una roca que se le viene encima...

—Incapaz de *oírla* —puntualizó Kostant, pero Stefan no estaba dispuesto a dejar de hablar.

—Eso no es lo que importa. Lo que importa es que dejes que esa clase de hombre se cuide solo. ¿Qué significa él para ti, qué significa su vida para ti? ¿Por qué te lanzaste detrás de él cuando viste el alud? Por la misma razón que te llevó a la cantera, y por la misma razón que te hace seguir trabajando en la cantera. No es una razón. Se dio de esa manera, eso es todo. Sucedió así. ¡Dejas que las cosas te sucedan, aceptas lo que la vida te ofrece, cuando podrías tomarlo todo en tus manos y hacer lo que a ti se te antoje!

No era su propósito decir eso, ni era eso lo que había querido decir. Había querido que Kostant hablara, Pero las palabras escapaban de su boca a borbotones. Kostant permanecía inmóvil, la mano cerrada con firmeza.

—Estás transformándome en lo que no soy —respondió al fin. No era humildad, porque no conocía la humildad. Su paciencia era la del orgullo.

Comprendía las ansias de Stefan pero no podía compartirlas, porque él no carecía de nada; estaba intacto. Estaba dispuesto a seguir adelante con esa misma y espléndida y vulnerable integridad de cuerpo y alma, dispuesto a enfrentar lo que se le cruzara en el camino, como un rey desterrado en una comarca de piedra, aferrando todo su reino —ciudades, árboles, gentes, montañas, campos y el vuelo de los pájaros en primavera— en el puño apretado, una semilla para la siembra; y dado que no había nadie que hablara su propio lenguaje, estaba dispuesto a enfrentarlo en silencio.

—Pero escúchame, dijiste que habías pensado lo mismo, para qué sirve todo esto, es todo esto lo único que puede ofrecernos la vida... ¡Si lo has pensado, debes haber buscado una respuesta!

—Casi la encontré —dijo Kostant después de una larga pausa—. En mayo pasado.

Stefan dejó de moverse y miró silenciosamente por la ventana del frente. Se sentía de pronto atemorizada.

—Ésa... esa no es una respuesta —musitó.

—Parece que debiera existir una más apropiada —acordó Kostant.

—Te pones mórbido, encerrado aquí... Lo que te hace falta es una mujer —dijo Stefan, con gestos crispados, pronunciando confusamente las palabras, mirando el atardecer otoñal que encubría las veredas de piedra no empañadas por la sombra de los árboles o el humo, lisas, tersas y desiertas. Su hermano se echó a reír—. Es la verdad —dijo amargamente Stefan, todavía de espaldas.

—Es posible. ¿Y tú?

—Hay gente sentada a la puerta de la viuda Katalny. Debe tener una guardia nocturna en el hospital. ¿Oyes la guitarra? Ése es el tipo de Brailava, el que trabaja en la oficina del ferrocarril, anda atrás de cualquier cosa con faldas. Hasta anda atrás de Nona Katalny. El chico de los Sachik vive ahora con ellos. Trabaja en el Pozo Nuevo, me dijo uno. A lo mejor está bajo tus órdenes.

—¿Quién?

—Sachik.

—Creí que había dejado el pueblo.

—El padre sí; se fue a una granja, en las colinas del Oeste. Éste es su hijo, se debe haber quedado a trabajar aquí.

—¿Dónde está la hija?

—Por lo que sé, se fue con su padre.

Esta vez la pausa se prolongó, envolviéndolos como un estanque donde las últimas palabras flotaban a la deriva, vagas y evanescentes. El crepúsculo inundaba el cuarto. Kostant se estiró y suspiró. Stefan se sintió penetrado por una sensación de paz, tan real e intangible como la llegada de la noche. Habían hablado y no habían llegado a nada; no era el último paso; el próximo vendría en el momento oportuno. Pero provisoriamente Stefan estaba en paz con su hermano, y consigo mismo.

—Las tardes se acortan —dijo Kostant en voz baja.

—La vi una o dos veces. Los sábados. Suele venir en el carretón de la granja.

—¿Dónde está la granja?

—Al Oeste, en las colinas. Eso dijo el viejo Sachik.

—Podría cabalgar hasta allí, si tuviera tiempo —dijo Kostant. Prendió un fósforo para la pipa. El resplandor del fósforo en la nítida penumbra del cuarto también infundía una sensación de paz; cuando Stefan volvió a mirar por la ventana la noche parecía más oscura. En la escalera de entrada a la casa vecina resonaban risas y había callado la guitarra.

—Sí la veo el sábado le diré que pase por aquí. Kostant no dijo nada. Stefan no necesitaba una respuesta. Era la primera vez en su vida que su hermano le había pedido ayuda.

Alta, cansada, vocinglera, llegó la madre. El piso crujió y gimió bajo sus pasos, la cocina se pobló de vapor y clamoreos metálicos, todo era ruidoso en su presencia a excepción de los hijos, Stefan que la eludía, Kostant que la dominaba.

Los sábados Stefan salía del trabajo a mediodía. Recorrió la calle Ardure en busca del carretón y el caballo ruano. No estaban en la ciudad, y Stefan se metió en el León con alivio y aburrimiento. Pasó otro sábado, y llegó un tercero. Estaban en octubre, las tardes eran más cortas. Martin Sachik caminaba por la calle Gulhelm, delante de él; Stefan lo alcanzó y lo saludó:

—Buenas, Sachik.

El joven lo miró con ojos grises e inexpresivos; tenía la cara, las manos y la ropa agrisadas por el polvo de la cantera y caminaba con tanta lentitud y pesadez como un hombre de cincuenta años.

—¿En qué sección estás?

—La cinco. —Hablaban con claridad, igual que su hermana.

—Es la de mi hermano.

—Ya sé. —Caminaban uno junto al otro—. Dijeron que el mes que viene podía estar de vuelta en la mina.

Stefan meneó la cabeza.

—¿Tu familia sigue en la granja? —preguntó.

Martin asintió, y se detuvieron frente a la casa de la Katalny. La llegada a casa y la perspectiva de cenar de inmediato lo reanimaron. Lo halagaba que Stefan Fabbre le dirigiera la palabra, pero no se comportaba con timidez. Stefan era listo, pero tenía fama de ser un tipo melancólico e inestable, un hombre a medias, cuando su hermano era un hombre y medio.

—Cerca de Verre —dijo Martin—. Un lugar infernal. No pude aguantarlo.

—¿Tu hermana lo aguanta?

—Piensa que tiene que quedarse con Ma. Debería volver. Es un lugar infernal.

—Esto no es el paraíso —dijo Stefan.

—Allá uno se desloma trabajando y nunca consigue un céntimo. En esas granjas son todos locos. El lugar justo para mi padre.

Hablar irrespetuosamente del padre le daba a Martin una sensación de virilidad. Stefan Fabbre lo miró sin respeto y le dijo:

—Puede ser. Buenas noches, Sachik. Martín entró a la casa derrotado. ¿Cuándo iba a ser un hombre, a salvo de la reprobación de los otros hombres? ¿Qué importaba si Stefan Fabbre lo miraba y le daba la espalda? Al otro día se encontró con Rosana Fabbre en la calle. Ella iba con una amiga, él con un compañero de trabajo; todos habían ido juntos a la escuela el año anterior.

—¿Cómo estás, Ros? —dijo Martín en alta voz, codeando a su amigo. Las muchachas siguieron caminando, altivas como grullas.

—Ésa sí que es una hembra —dijo Martin.

—¿Ésa? Si es una nenita —dijo su amigo.

—Te sorprendería —comentó Martin con una risa grosera, y en eso alzó la vista y vio a Stefan Fabbre cruzando la calle. Por un momento sintió que estaba rodeado y no había escapatoria.

Stefan iba camino al León Blanco, pero al pasar por el hotel y cochería del pueblo vio al caballo ruano en el establo. Entró y se sentó en el vestíbulo pardo del hotel, que olía a grasa de arnés y a rueda de carro. A las dos horas entró la muchacha, erguida, un pañuelo negro en el pelo, tan esperada y tan ella misma que Stefan la miró pasar absorto y sólo despertó cuando la vio subir las escaleras.

—Señorita Sachik —dijo.

Ella se detuvo en los escalones, asombrada.

—Quería pedirle un favor. —Después de la prolongada espera, la voz de Stefan sonaba viscosa—. ¿Usted va a pasar la noche aquí?

—Sí.

—Kostant quería verla. Quería preguntarle por su padre. Él sigue encerrado, no puede caminar mucho.

—Papá está bien.

—Bueno, yo pensé que...

—Puedo hacerles una visita. Iba a verlo a Martin. Es la casa de al lado, ¿no es cierto?

—Está bien. Eso es... La espero.

Ekata subió a su cuarto, se lavó la cara y las manos sucias de polvo, y se puso, para que su vestido gris luciera más elegante, un cuello de encaje que había traído para vestirlo el día siguiente en la iglesia. Luego volvió a quitárselo. De nuevo se ató el pañuelo negro encima del pelo negro, bajó, y acompañó a Stefan hasta su casa, seis cuadras bajo el pálido sol de octubre. Cuando vio a Kostant Fabbre la sorpresa la intimidó. Nunca lo había visto de cerca excepto en el hospital, donde el yeso, las vendas, el calor, el dolor y la cháchara de su padre se lo habían ocultado. Ahora lo veía.

Nada les costó entablar una charla. Ekata se hubiera sentido totalmente cómoda con él de no ser por la extraordinaria belleza de Kostant, que la distraía. Tanto su voz como sus palabras eran graves, llanas y

tranquilizadoras. Era lo opuesto al hermano menor, cuyo aspecto no resultaba inquietante pero cuya presencia terminaba por desorientar a cualquiera. Kostant era calmo e infundía calma; Stefan irrumpía en ráfagas, como el viento de otoño, amargo e intempestivo; con él una no sabía a qué atenerse.

—¿Cómo lo pasas allá? —preguntó Kostant.

—Bien. Un poco lúgubre —respondió ella.

—Dicen que el trabajo de granja es el más duro.

—Eso no me importa. Lo peor es la mugre.

—¿Hay alguna aldea cerca?

—Bueno, está a medio camino de Verre y Lotima. Pero hay vecinos. Todos se conocen en treinta kilómetros a la redonda.

—Con ese criterio, somos vecinos —terció Stefan. Su voz resbaló en medio de la frase. Frente a estos dos, se sentía irrelevante. Kostant estaba tendido, estirando la pierna herida, las manos cerradas sobre la otra rodilla; Ekata estaba sentada frente a él, erguida, las manos recostadas sobre la falda. No se parecían en nada, pero tranquilamente hubieran pasado por hermanos. Stefan se incorporó, farfulló un pretexto cualquiera y salió. Soplaban viento del Norte. Los gorriones brincaban sobre la suciedad acumulada bajo el abeto y entre las malezas del jardín. Camisas, ropa interior y un par de sábanas ondeaban y se sacudían, azotando la cuerda tendida entre dos postes de hierro. El aire olía a ozono. Stefan saltó la cerca, salió a la calle cruzando el patio de la casa de la viuda, y caminó hacia el Oeste. A las dos cuadras morían las calles. Una huella conducía a una cantera abandonada hacía veinte años; habían dado con una napa de agua, y ahora había un charco de seis metros de profundidad donde los muchachos iban a nadar en verano. Stefan había nadado allí presa del pánico, pues nunca había aprendido a nadar bien y allí no se podía hacer pie, sólo había una incierta y helada profundidad. Hacía tres años se había ahogado un chico, y el año anterior se había suicidado un hombre, un picapedrero cegado por las astillas de piedra. Aún lo llamaban el Pozo Oeste. El padre de Stefan había trabajado allí cuando joven. Stefan se sentó en el borde y miró el viento que, apresado entre cuatro paredes, se arremolinaba con turbulencia sobre el agua sin reflejos.

—Tengo que ir a verlo a Martin —dijo Ekata.

Cuando ella se levantó, Kostant echó mano a sus muletas, luego desistió.

—Me lleva tiempo pararme —comentó.

—¿Cuánto tiempo tendrás que usarlas? ¿Puedes ir lejos con ellas?

—De aquí hasta allí —dijo señalando la cocina—. La pierna está bien. Lo que molesta es la espalda.

—¿Podrás dejarlas...?

—Para Pascua, dice el médico. Voy a salir corriendo y las voy a tirar en el Pozo Oeste... —Los dos sonrieron. Ekata estaba enternecida, y en cierto modo orgullosa de conocerlo—. ¿Podrás venir a Kampe, digo yo, cuando llegue el mal tiempo?

—No sé cómo estarán los caminos.

—Si vienes, pasa a visitarme. Si quieres.

—Claro que sí.

Entonces advirtieron que Stefan se había marchado.

—No sé adonde habrá ido —dijo Kostant—. Stefan es así, viene y va. Me han comentado que tu hermano Martin está en nuestra sección y trabaja muy bien.

—Es joven —dijo Ekata.

—Al principio es duro. Yo empecé a los quince. Pero después, cuando uno se hace fuerte y conoce el trabajo, es fácil. Saludos a tu familia, entonces.

Ella le estrechó la mano cálida, robusta y vigorosa y salió. En el umbral se encontró cara a cara con Stefan, quien se sonrojó. La desconcertó ver que un hombre se ruborizaba, Habló él, y como de costumbre fue derecho al grano.

—El año pasado estabas detrás de mí en la escuela, ¿no?

—Sí.

—Fuiste con Rosa Bayenin. Ella ganó la misma beca que yo, el año siguiente.

—Ahora es maestra de escuela en el Valone.

—Le dio más utilidad de la que yo le habría dado... Estaba pensando que es raro cómo crece uno en un lugar como éste. Conoces a todo el

mundo, después te encuentras con alguien y te das cuenta de que no conoces a nadie.

Ella no sabía qué responder. Stefan se despidió y entró a la casa; ella siguió su camino, ciñéndose el pañuelo para protegerse del viento.

Rosana y la madre llegaron a la casa un minuto después de Stefan.

—¿Con quién estabas hablando, ahí en la puerta? —dijo ásperamente la madre—. Ésa no era Nona Katalny, estoy segura.

—Estás en lo cierto —dijo Stefan.

—De acuerdo, pero de ésa mejor que te cuides, porque eres justo el tipo a quien le gustaría tener entre sus garras. Quedaría muy bonito que salieras a pasearle el cachorro mientras ella entretiene a esos caballeros, los pensionistas de su madre. —La madre y Rosana se echaron a reír en forma estentórea y grotesca—. ¿Con quién estabas hablando, entonces?

—¿A ti qué te importa? —gritó Stefan. Esa risa lo enardecía; era como una andanada de piedras duras y rechinantes, demasiado profusa como para esquivarla.

—¿Qué me importa a mí quién se para ante mi propia casa, quieres saber? Yo te voy a decir si me importa... —Las palabras brincaban para rubricar su furia, como siempre lo hacían con todas sus pasiones—. Qué te has creído, con esos aires de poder y arrogancia. Te fuiste a la escuela, pero en seguidita volviste a esta casa con el rabo entre las piernas, ¿no es así?, y más vale que tengas en cuenta que quiero saber quién entra a esta casa...

—¡Yo sé quién era —gritaba Rosana—, era la hermana de Martin Sachik!

Kostant apareció de repente atrás de los tres, alto y encorvado sobre sus muletas.

—Termínenla de una vez —dijo, y todos se callaron.

No se volvió a comentar una palabra, entonces o más tarde, ni a la madre ni entre los dos hermanos, acerca de la visita de Ekata Sachik.

Martin llevó a su hermana a cenar al café donde solían comer los empleados de la compañía y las visitas que llegaban al pueblo, La Campana. Estaba orgulloso de si por haberla invitado, orgulloso de los manteles blancos y los tenedores y las cucharas para sopa, y asustado del

mozo. Él con su corto saco dominguero, su hermana con el vestido gris, qué admirablemente se conducían, parecían gente adulta. Ekata observó el menú con toda calma, y no cambió de expresión en lo más mínimo al murmurarle:

—Pero hay dos clases de sopa.

—Sí —dijo él, sofisticadamente.

—¿Se elige una de las dos?

—Supongo que sí.

—Debe ser así, si no reventarías antes de llegar a las carnes...

Trataron de contener la risa; los hombros de Ekata se sacudían mientras ella ocultaba la cara detrás de la servilleta, una servilleta enorme.

—Mira, Martin, me han dado una sábana...

Los dos se tapaban la boca, estremeciéndose con agónicas convulsiones, mientras el mozo se acercaba inexorablemente con otra sábana sobre el hombro. La cena fue ordenada con discreción e ingerida con etiqueta, los codos pegados al cuerpo. El postre consistió en un budín de harina de castañas, y Ekata, aflojando alegremente los codos, comentó:

—Rosa Bayenin escribió en su carta que el pueblo donde vive está cerca de un gran bosque de castaños y en otoño todos van y recogen los frutos. Los árboles son tupidos como la noche, dijo, allá junto a la orilla del río. — La visita al pueblo después de seis meses de estar en la granja, la charla con Kostant y Stefan, la cena en el restaurante, la habían excitado—. Esto está muy bueno —comentó, pero no podía expresar lo que veía, los dorados destellos del sol traspasando la frondosa espesura para rebotar en el río, el viento peinando las aguas mientras mecía las sombras y propagaba el perfume de las hojas, del agua y del budín de harina de castañas, un mundo de bosques, de ríos, de gente extraña, la luz del sol esparciéndose en el mundo.

—Te vi hablando con Stefan Fabbre —dijo Martín.

—Estuve en su casa.

—¿Para qué?

—Me lo pidieron.

—¿Para qué?

—Querían saber cómo estábamos.

—Nunca me lo preguntaron.

—Tú no estás en la granja, idiota. Estás en la sección de Fabbre, ¿no es así? Podrías visitarlo de vez en cuando, sabes. Es un gran hombre, te va a gustar.

Martin lanzó un gruñido. Sin saber por qué, le disgustaba que su hermana hubiese visitado a los Fabbre. De algún modo parecía complicar las cosas. Quizá Rosana había estado allí, y no quería que su hermana supiera nada de Rosana. ¿Pero qué podía saber acerca de Rosana? Carraspeó, desistiendo de sus reflexiones.

—El hermano menor, Stefan, trabaja en la oficina de la compañía, ¿no?

—Es tenedor de libros o algo así. Se suponía que era un genio y que iba a cursar estudios, pero lo echaron a patadas.

—Lo sé. —Ekata terminó el postre con evidente fruición—. Eso lo saben todos —añadió.

—Él no me gusta —dijo Martin.

—¿Por qué?

—No sé por qué, no me gusta. —Se sentía aliviado al haber descargado su mal humor en Stefan—. ¿Quieres café?

—Oh, no.

—Dale, yo quiero.

Con un gesto imperioso, pidió café para dos. Ekata quedó admirada de su hermano, y complacida con el café.

—Qué suerte tener un hermano —dijo.

A la mañana siguiente, domingo, Martin la pasó a buscar por el hotel y fueron juntos a la iglesia; al cantar los himnos luteranos los dos distinguían la voz nítida y estentórea del otro; se sentían alegres y con ganas de reír. Stefan había asistido al oficio.

—¿Viene siempre? —le preguntó Ekata a Martin cuando salieron de la iglesia.

—No —dijo Martin pese a que lo ignoraba, pues no asistía a la iglesia desde mayo. El largo sermón lo había exasperado y puesto de mal humor—. Te anda siguiendo.

Ella no dijo nada.

—Te esperó en el hotel, según dijiste. Te lleva a visitar a su hermano, según dijo él. Te habla en la calle. Aparece en la iglesia.

Una actitud autodefensiva le permitió evocar estas escenas una tras otra, y al mencionarlas se convencía a sí mismo.

—Martin —dijo Ekata—, si hay algo que detesto en un hombre entrometido.

—Si no fueras mi hermana...

—Si no fuera tu hermana no tendría que aguantar tu idiotez. ¿Puedes ir a pedirle al peón que enganche el caballo?

Y así se despidieron, con un vago resentimiento que la distancia y el tiempo no tardaron en disipar.

A fines de noviembre, cuando Ekata volvió a Sfaroy Kampe, fue a la casa de los Fabbre. Quería ir, y así se lo había prometido a Kostant, pero tuvo que imponerse la obligación; y cuando supo que Kostant y Rosana estaban en casa pero que Stefan se hallaba ausente, se sintió mucho más tranquila. Martin la había preocupado con su estúpida intromisión. De todas maneras, a quien quería ver era a Kostant.

Pero Kostant quería hablarle de Stefan.

—Siempre anda vagando, o metido en el León Blanco. Pierde el tiempo. Me dijo, una vez que hablamos, que tiene miedo de irse de Kampe. He tratado de pensar qué quiso decirme. ¿De qué tiene miedo?

—Bueno, aquí es el único lugar donde tiene amigos.

—Muy pocos. Entre los picapedreros juega al empleado, y entre los empleados al picapedrero. Lo he visto aquí, cuando mis compañeros vienen a visitarme. ¿Por qué no es lo que es?

—Tal vez no está seguro de lo que es.

—No va a averiguarlo dando vueltas por ahí y emborrachándose en la taberna —dijo Kostant, con la seguridad y la dureza otorgadas por su propia integridad—. Ni buscando riñas. Este mes tuvo tres peleas. Y las perdió todas, el pobre diablo.

Se echó a reír. Ekata nunca había imaginado ver la inocencia de la risa reflejada en esa cara severa. Y Kostant era bondadoso; su preocupación por Stefan era profunda, su risa no era socarrona, era una risa franca. Ella, al igual que Stefan, se maravillaba ante esa belleza y ese vigor, pero no pensaba que estuviera desperdiciándolos. El Señor cuida de la casa y conoce a sus servidores. Si había recluido a este varón inocente y

espléndido en la vida anónima de la llanura de piedra, eso era parte de la manutención de la casa, de la extraña economía de la piedra y la rosa, de los ríos que corren sin secarse, del tigre, del océano, del gusano y de la falsa eternidad de las estrellas.

Rosana los escuchaba hablar sentada junto al fuego. Permanecía en silencio, pesada y con los hombros encorvados, aunque últimamente estaba aprendiendo a mantenerse erguida como cuando era niña, un año antes. Dicen que uno se acostumbra a ser millonario; del mismo modo, al cabo de un año o dos, un ser humano se acostumbra a ser mujer. Rosana estaba aprendiendo a vestir el rico y pesado atuendo de su heredad. En este momento, por ejemplo, escuchaba, algo que antes hacía rara vez. Nunca había prestado atención a la charla de los adultos como a la de estos dos. Nunca había escuchado una conversación. A los veinte minutos se escabulló sigilosamente. Había aprendido bastante, demasiado, y ahora necesitaba tiempo para digerir las cosas y ponerlas en práctica. Caminó por la calle muy erguida, no muy rápido ni muy despacio, con una expresión compuesta, igual que Ekata Sachik.

—¿Soñando despierta, Ros? —se mofó Martin desde el fondo de la casa de la viuda.

—Hola, Martin —saludó ella con una sonrisa.

Él se quedó mirándola.

—¿Adónde vas? —preguntó con cautela.

—A ningún lado; estoy caminando, nomás. Tu hermana está en casa.

—¿De veras?

Martin parecía inusitadamente tonto y belicoso, pero ella se apegó a su práctica.

—Sí —dijo cortésmente—. Vino a ver a mi hermano.

—¿Cuál de ellos?

—A Kostant. ¿Para qué iba a visitarlo a Stefan? —dijo, olvidando por un momento su nueva identidad y esbozando una ancha sonrisa.

—¿Y por qué andas flotando sola por ahí?

—¿Por qué no? —dijo ella. Lo de “andar flotando” la irritó y la incitó a recobrar cierta adustez.

—Voy contigo.

—¿Por qué no?

Caminaron por la calle Gulhelm, hasta que la calle se transformó en una huella entre las malezas.

—¿Quieres ir al Pozo Oeste?

—¿Por qué no? —A Rosana le gustaba esa frase, que tenía el sonido de la experiencia.

Caminaron por la delgada costra de polvo que durante kilómetros cubría el suelo poblado de pastizales muertos, demasiado ralos para inclinarse al viento del noroeste. Enormes nubarrones retrocedían en lo alto, dándoles la sensación de que caminaban muy rápido y que la llanura gris se deslizaba con ellos.

—Las nubes te marean —dijo Martín—. Es como mirar un mástil.

Caminaron con las caras hacia arriba, fijándose sólo en las ondulaciones del viento. Rosana advirtió que aunque tenían los pies en tierra estaban pegados al cielo, que lo surcaban a pie así como los pájaros lo surcaban volando. Miró por encima del hombro a Martín, que caminaba por el cielo junto a ella.

Llegaron a la cantera abandonada y se quedaron mirando el agua agitada por los remolinos del viento enclaustrado entre paredes de piedra.

—¿Quieres ir a nadar?

—¿Por qué no?

—Ése es el sendero de las mulas. Causa gracia verlo ahora, metiéndose derechito en el agua, ¿no? —Hace frío aquí.

—Bajemos por el sendero. Entre las paredes de piedra apenas sopla el viento. Desde allá saltó Penik, lo recogieron desde aquí abajo.

Rosana, azotada por el viento gris, se asomó al borde del pozo.

—¿Crees que lo hizo a propósito? Es decir, como era ciego, a lo mejor se cayó...

—Algo veía. Iban a mandarlo a Brailava para hacerle una operación. Vamos.

Ella lo siguió hasta donde empezaba el sendero. Desde arriba parecía muy empinado, y desde el año pasado se había vuelto timorata. Lo siguió con lentitud, bajando por el camino ripioso que conducía a la cantera.

—Aquí espera un poco —dijo él, deteniéndose frente a una saliente abrupta; le tomó la mano y la ayudó a bajar.

Se soltaron de inmediato y él la llevó hasta donde el agua cubría el sendero, que seguía internándose hasta el fondo anegado de la cantera. El agua era plomiza y turbulenta. El viento débil y encerrado que sin cesar la empujaba contra las paredes de piedra trazaba millares de pliegues, círculos y semicírculos sobre la superficie.

—¿Sigo adelante? —susurró Martín, y su voz se recortó contra el silencio.

—¿Por qué no?

Él siguió caminando.

—¡Detente! —gritó ella, Martín se había metido en el agua hasta las rodillas; se volvió, perdió el equilibrio y cayó hacia el sendero dándose un chapuzón que empapó a Rosana y pobló de ecos las paredes de roca—. ¿Estás loco, por qué hiciste eso? —Martín se sentó, se quitó los zapatones para sacarles el agua y se echó a reír con una risa trémula y muda—. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque me dio la gana —dijo él.

La tomó del brazo, la obligó a arrodillarse junto a él y la besó. Fue un beso prolongado. Ella empezó a forcejear y se libró de él, que casi no se dio cuenta. Yacía sobre las rocas, en el borde del agua, muerto de risa, fuerte como la tierra pero incapaz de alzar la mano... Se incorporó, boquiabierto y con los ojos desorbitados. Al cabo de un rato se puso los zapatos pesados y húmedos y subió por el sendero. Ella estaba en la cima, un fragmento de obscuridad azotada por el viento contra el cielo vasto y móvil.

—¡Ven! —le gritó, y el viento le aguzó la voz como el filo de un cuchillo—. ¡Ven, a que no me agarras!

En cuanto él se acercó a la cima del sendero, Rosana echó a correr. Él la siguió, arrastrando el peso de sus zapatos y pantalones mojados. A cien metros de la cantera logró alcanzarla y trató de aferrarle los brazos. Por un momento pudo acercarse a su cara desencajada, pero ella se apartó con una contorsión y echó nuevamente a correr. Él la siguió hasta el pueblo al trote, porque ya no podía correr más. Ella se detuvo donde empezaba la calle Gulhelm y lo esperó. Caminaron lado a lado por la acera.

—Pareces un gato mojado —se burló ella jadeando entrecortadamente.

—Mira quién habla —respondió él, respirando con dificultad—. Fíjate en el barro que tienes en la falda.

Cuando llegaron a la pensión se detuvieron y se miraron.

—¡Buenas noches, Ros! —rió él.

Ella quería morderlo.

—¡Buenas noches! —dijo, y caminó los pocos metros que la separaban de su casa, ni muy rápido ni muy despacio, sintiendo que la mirada de Martin le acariciaba las carnes como si fuera una mano.

Ekata, al no encontrar a su hermano en la pensión, había ido a esperarlo al hotel; iban a cenar en La Campana otra vez. Le pidió al conserje que hiciera subir a su hermano en cuanto llegase. Pocos minutos después llamaron a la puerta; abrió. Era Stefan Fabbre. Tenía el color de la avena y lucía desaliñado como una cama sin hacer.

—Quería pedirle... —su voz se volvió gangosa—. Cene algo conmigo —murmuró fijando los ojos en otra parte.

—Mi hermano está por llegar. Ahí viene.

Pero era el gerente del hotel quien subía las escaleras.

—Lo lamento, señorita —dijo en alta voz—. Abajo hay un vestíbulo. —Ekata lo miró con los ojos en blanco—. En fin, vea, señorita, usted le dijo al empleado que hiciera subir a su hermano. Él no conoce a su hermano de vista, pero yo sí. Es mi oficio. Abajo hay un acogedor vestíbulo para recibir a las visitas. ¿De acuerdo? Usted quiere venir a un hotel respetable, y yo quiero conservar esa respetabilidad por usted, ¿me comprende?

Stefan salió del cuarto y bajó la escalera a los tumbos.

—Está ebrio, señorita —dijo el gerente.

—Váyase —dijo Ekata, y le cerró la puerta en las narices.

Se sentó en la cama, los dedos entrecruzados, pero no podía estarse quieta. Se levantó de un salto, tomó el abrigo y el pañuelo y corrió escaleras abajo sin ponérselos. Al salir tiró la llave al escritorio, mientras el gerente la miraba pasmado. La calle Ardure era un pozo de sombra con retazos de luz, barrido por el viento de invierno. Ekata caminó dos cuadras al Oeste, volvió por la acera de enfrente y recorrió la calle hasta el final, ocho cuadras; pasó frente al León Blanco, pero la puerta estaba cerrada y no pudo ver adentro.

Hacía frío, y la ventisca inundaba las calles como un río turbulento. Fue hasta la calle Gulhelm y se encontró con Martin, que salía de la pensión. Fueron a cenar a La Campana. Los dos estaban pensativos e inquietos. Fueron parcos y corteses, sentían gratitud por la mutua compañía.

A la mañana siguiente, a solas en la iglesia, tras cerciorarse de que Stefan no se encontraba allí, ella bajó los ojos con alivio. Los muros de piedra de la iglesia y las severas palabras pronunciadas durante el oficio le sirvieron de refugio. Se sentía como una nave en puerto. Y cuando el pastor leyó su texto —“Levantaré los ojos hasta las colinas, de donde viene mi socorro”— ella se puso a temblar, y una vez más paseó la mirada en torno, moviendo los ojos y la cabeza con lentitud, subrepticamente, buscándolo. Ni oyó el sermón. Pero cuando terminó el oficio no quería irse. Fue una de las últimas en salir.

El pastor la detuvo y le preguntó por su madre. Ekata vio que Stefan la esperaba al pie de la escalinata.

Fue hacia él.

—Quería disculparme por lo de anoche —dijo él abruptamente.

—Está bien.

No llevaba sombrero y el viento le ensortijaba sobre los ojos el pelo claro y ceniciento; Stefan trataba de alisárselo, frunciendo el ceño.

—Estaba borracho —dijo.

—Lo sé.

Salieron juntos.

—Estaba preocupada por ti —dijo Ekata.

—¿Por qué? No estaba tan borracho.

—No sé.

Cruzaron la calle en silencio.

—A Kostant le gusta hablar contigo. Me lo dijo. —Su tono era desagradable.

—A mí me gusta hablar con él —respondió Ekata con sequedad.

—A todos les gusta. Es un gran favor que él le hace a todo el mundo.

Ella no respondió.

—Lo digo en serio.

Ella sabía qué quería decir, pero se calló la boca. Estaban cerca del hotel. Stefan se detuvo.

—No terminaré de arruinar tu reputación.

—No tienes por qué burlarte.

—No me burlo. Digo que no voy a acompañarte hasta el hotel para no ponerte en una situación incómoda.

—No tengo ninguna razón para sentirme incómoda.

—Yo sí, y estoy incómodo. Lo lamento, Ekata.

—No lo dije para que te disculparas otra vez. —Su voz enronqueció, y él pensó nuevamente en la niebla, el crepúsculo, los bosques.

—No volveré a hacerlo. —Se echó a reír—. ¿Sales enseguida?

—Tengo que hacerlo. Ahora oscurece tan temprano...

Los dos titubearon.

—Podrías hacerme un favor —dijo ella.

—Con gusto.

—Podrías encargarte de que me enganchen el caballo. La última vez tuve que pararme en el camino y ajustar las cinchas. Si tú te encargas yo podría ir preparándome.

Cuando ella salió del hotel el carretón estaba frente al edificio y Stefan empuñaba las riendas.

—Te acompaño un kilómetro o dos, ¿quieres?

Ella asintió y él la ayudó a subir; bajaron por la calle Ardure hacia el Oeste, hacia la llanura.

—Ese maldito gerente —dijo Ekata—. Esta mañana se reía y se rascaba la cabeza...

Stefan rió pero no dijo nada. Conducía con cautela, absorto; soplaba un viento frío y el viejo ruano marchaba al trote; al rato se explicó:

—Es la primera vez que manejo.

—Yo nunca manejé con otro caballo que éste. Nunca trae problemas.

El viento sibilaba entre los pastizales secos, tironeaba del pañuelo negro, fustigaba la cara de Stefan arremolinándole el pelo claro.

—Mira esto —dijo él en voz baja—. Un par de pulgadas de polvo, y abajo roca. Puedes marchar todo el día en cualquier dirección, y siempre encontrarás roca con un par de pulgadas de polvo. ¿Sabes cuántos árboles

hay en Kampe? Cincuenta y cuatro. Los conté. Y no hay más, ni siquiera uno, en todo el camino hasta las montañas. —Hablaba como para sí mismo, con una voz seca y musical—. Cuando fui a Brailava miraba por la ventanilla del tren para ver el primer árbol nuevo. El árbol quincuagésimo quinto. Era un gran roble, junto a una granja en las colinas. Y de pronto hubo árboles por todas partes, en todos los valles de las colinas. Uno no podría contarlos nunca. Pero me gustaría intentarlo.

—Estás harto de este lugar.

—No lo sé. Estoy harto de algo. Me siento como una hormiga, o una criatura más pequeña, tan pequeña que apenas se la puede ver, y que se arrastra por este suelo sin límites. Que no llega a ninguna parte porque no tiene adonde llegar. Míranos a nosotros, arrastrándonos por el suelo, allá está el cielo raso... Parece que estuviera por nevar, allá al Norte.

—No antes de que anochezca, espero.

—¿Cómo se vive en la granja?

Ella midió sus palabras antes de responder, luego dijo sin énfasis:

—Encerrada.

—¿Tu padre es feliz ahí?

—Él nunca se sintió bien en Kampe, creo.

—Hay gente hecha de polvo, de tierra —dijo Stefan con esa voz que fácilmente se aletargaba en un monólogo inaudible—, y hay gente que está hecha de piedra. Los tipos que viven en Kampe están hechos de piedra. —No dijo “Como mi hermano”, pero ella lo oyó.

—¿Por qué no te vas?

—Eso es lo que dijo Kostant. Suena tan fácil. Pero mira, si él se fuera, se llevaría a sí mismo consigo. Yo me llevaría a mí mismo... ¿Qué importa adonde uno vaya? Sólo tenemos lo que somos. O lo que encontramos. —Sofrenó el caballo—. Mejor me bajo, ya debemos haber hecho un par de kilómetros. Mira, ahí tienes el hormiguero.

Al mirar hacia atrás desde el alto asiento del carretón vieron una mancha oscura sobre la pálida planicie, un aguzado chapitel, el relumbrón del sol invernal sobre las ventanas y las tejas; y muy atrás del pueblo, bien recortadas bajo los altos, pesados, grisáceos nubarrones, las montañas. Stefan le pasó las riendas.

—Gracias por el paseo —dijo, y se bajó del asiento.

—Gracias por la compañía, Stefan. Él alzó la mano y ella siguió viaje. Parecía un acto cruel, dejarlo de a pie en la llanura. Cuando miró hacia atrás, Ekata lo vio perdido en la distancia, caminando entre los surcos trazados por las ruedas, que se unían a lo lejos bajo el cielo inconmensurable.

Esa noche, antes de llegar a la granja, la sorprendió una nevisca seca, la primera de un prematuro invierno. Todo ese mes, desde la ventana de la cocina, miró las colinas empañadas por la lluvia. En diciembre, cuando salía el sol después de la nieve, miraba hacia el Este desde el dormitorio y más allá de la planicie veía una masa pálida y rutilante: las montañas. No hubo más viajes a Sfaroy Kampe. Cuando necesitaban provisiones su tío iba a Verre o Lotima, sórdidos villorrios que se deshacían como cartón bajo la lluvia. Era demasiado fácil perder de vista la huella cuando uno cruzaba el karst bajo la nieve o la lluvia, decía él, “¿y entonces dónde está uno?”.

—¿Dónde está uno, en primer lugar? —respondía Ekata, con la voz seca y apagada de Stefan. El tío no le prestaba atención.

Martin fue a visitarlos en Navidad, a lomos de un caballo alquilado. A las pocas horas se puso huraño y se apegó a su hermana.

—¿Qué es eso que Tía lleva colgando del cuello?

—Una cebolla atravesada por un clavo. Para evitar el reumatismo.

—¡Santo Dios!

Ekata rió.

—Todo el lugar hiede a cebolla y bayeta, ¿no lo hueles?

—No. Los días de frío suelen cerrar todos los cañones de la chimenea. Prefieren el humo al frío.

—Tendrías que volver al pueblo conmigo, Ekata.

—Ma no anda bien.

—No puedes hacer nada.

—No. Pero me sentiría muy mal dejándola sin una razón importante. Las cosas en su lugar. —Ekata había adelgazado; sus pómulos resaltaban y sus ojos parecían más oscuros—. ¿Y a ti cómo te va? —preguntó al rato.

—Bien. Nos ha distanciado un poco la nieve.

—Has crecido —dijo Ekata.

—Lo sé.

Martin, sentado en el rígido sofá del vestíbulo, tenía el aplomo de un hombre, la calma de un hombre.

—¿Sales con alguna chica?

—No. —Los dos rieron—. Escúchame, lo vi a Fabbre, y mandó saludos para las fiestas. Está mejor. Ahora sale, ayudándose con un bastón.

La prima de ambos entró a la pieza. Calzaba unas viejas botas de hombre rellenas de paja, para poder meterse en el hielo y el lodo del establo sin enfriarse los pies. Martin la siguió con una mirada de asco.

—Tuve una charla con él, hace un par de semanas. Espero que para Pascua vuelva a las canteras, como dicen. Es mi capataz, sabes.

Mirándolo, Ekata advirtió a quién amaba su hermano.

—Estoy contenta de que te guste.

—No hay hombre en Kampe que no se apoye en él. A ti te gustaba ¿no es cierto?

—Claro que es cierto.

—Mira, cuando él preguntó por ti, yo pensé...

—Pensaste mal —dijo Ekata—. ¿Dejarás de entrometerte, Martin?

—No dije nada —se defendió Martin débilmente.

Su hermana aún podía intimidarlo. Recordó que Rosana Fabbre también se había reído cuando él había comentado algo acerca de Kostant y Ekata. Ella colgaba sábanas en el jardín de la casa, una ventosa y brillante mañana de invierno, hacía unos días. Él se había asomado por la cerca para hablarle. “Por Dios, ¿estás loco?”, se había burlado Rosana, mientras las sábanas húmedas le fustigaban la cara y el viento le enredaba el pelo. “¿Esos dos? ¡Nunca en tu vida!”. Había intentado discutir, pero ella no lo escuchaba. “Kostant no va a casarse con ninguna de aquí. Vendrá una mujer desde lejos, de Krasnoy tal vez, la mujer de un gerente, una reina, una belleza, con criados y todo. Y un día bajará por la calle Ardure con la nariz erguida y lo verá a Kostant venir del otro lado con la nariz erguida, y ¡crac! eso es todo”.

—¿Eso es qué? —dijo él, fascinado por esa convicción de clarividente.

—¡Qué sé yo! —dijo ella, colgando otra sábana—. Puede que se escapen juntos. Puede que otra cosa. Todo lo que sé es que Kostant sabe lo que viene hacia él, y está dispuesto a esperarlo.

—De acuerdo. Si sabes tanto, ¿qué es lo que viene hacia ti?

Ella exhibió una ancha sonrisa, mientras sus ojos oscuros relampagueaban bajo las oscuras y largas cejas.

—Hombres —dijo, ronroneando como un gato, y las sábanas y las camisas la envolvieron palmeándola y azotándola, blancas bajo un sol deslumbrante.

Pasó enero, cubriendo de nieve la árida planicie. En febrero, un cielo grisáceo todos los días cruzaba la llanura de Norte a Sur. Fue un invierno arduo y prolongado. A veces Kostant Fabbre se hacía llevar en carro hasta las canteras al norte del pueblo y se quedaba observando el trabajo, los equipos de hombres y las filas de carretones, los vagones reclinables, el blanco de la nieve y el blanco opaco y calizo de la piedra recién cortada. Los hombres se acercaban a ese hombre alto apoyado en el bastón para preguntarle cómo andaba, cuándo volvía a trabajar. “Faltan unas pocas semanas”, solía responder. La compañía le hacía guardar reposo hasta abril, como habían pedido los del seguro. Kostant se sentía bien, capaz de caminar de vuelta hasta el pueblo sin usar el bastón, y permanecer ocioso le provocaba una amarga irritación. Solía regresar o instalarse en el León Blanco para esperar, en la penumbra cálida y enturbiada por el humo, la llegada de los obreros, que salían a las cuatro a causa de la nieve y la oscuridad; eran hombres grandes y pesados, y el calor de sus corpachones llenaba de vapor el lugar, que se animaba con el murmullo de sus voces. A las cinco llegaba Stefan, espigado, con camisa blanca y zapatos claros, una figura inusitada entre los picapedreros. Solía acercarse a la mesa de Kostant, pero no andaban en buenos términos. Los dos estaban ansiosos.

—Buenas —decía Martin Sachik al pasar junto a la mesa, un joven fornido, exhausto y sonriente—. Buenas, Stefan.

—Para usted soy el señor Fabbre, jovencito —puntualizó una vez Stefan con su voz apagada, que no obstante se destacó por encima del acogedor murmullo. Martin siguió de largo y optó por no hacerle caso.

—¿Por qué te la tomas con ése?

—Porque no me gusta que cualquier mocoso que viene a la cantera me llame por el nombre. Ni cualquier tipo, tampoco. ¿Me tomas por el idiota del pueblo?

—A veces causas esa impresión —dijo Kostant, vaciando su jarra de cerveza.

—Ya estoy harto de tus consejos.

—Ya estoy harto de tus alardes. Si la gente de aquí no te gusta, puedes irte a La Campana.

Stefan se levantó, estampó el dinero en la mesa y se fue.

Era el primero de marzo; la mitad norte del cielo pesaba sin luz sobre las calles; hacia el Sur, a partir de unos ribetes azul plata, la atmósfera estaba azul y despejada, salvo por una luna que resplandecía como una uña sobre las colinas del Oeste, escoltada por la estrella vespertina. Stefan, empujado por el silencioso viento, caminó en silencio por las calles. Recluyó su ira entre las paredes de esa casa cuadrangular, oscura y mohosa poblada por los ángulos de las mesas y las sillas, que resplandeció con un fulgor amarillento cuando él prendió la lámpara de querosén. El tubo de la lámpara se le escurrió como una criatura viva y se hizo añicos contra la esquina de la mesa. Cuando llegó su hermano, Stefan estaba en cuclillas recogiendo pedazos de vidrio.

—¿Para qué me seguiste?

—Vine a mi propia casa.

—¿Entonces tengo que volver al León Blanco?

—Puedes volver adonde se te antoje.

Kostant se sentó y tomó el periódico del día anterior. Stefan habló de rodillas, con pedazos de vidrio en la palma de la mano:

—Escúchame. Sé por qué quieres que le dé palmaditas en la cabeza al joven Sachik. Por una parte él piensa que eres Dios Todopoderoso, y eso te complace. Por otra parte tiene una hermana. Y tú quieres que vengan a comer de tu mano, ¿no es así? Como lo hacen todos. Por Dios que aquí tienes uno que no va a prestarse, y que además puede arruinarte el juego.

Se levantó y fue a la cocina en busca del cesto de residuos que había junto a la pila de ropa sucia de la semana. Tiró el vidrio de la lámpara rota adentro del cesto. Se quedó mirándose la mano: una astilla brillante destellaba en la juntura del índice. Había apretado el puño sobre el vidrio mientras hablaba con Kostant. Extrajo la astilla y se llevó el dedo ensangrentado a la boca. Kostant entró.

—¿Qué juego, Stefan? —dijo.

—Sabes a qué me refiero.

—Dime a qué te refieres.

—Me refiero a ella, a Ekata. ¿Para qué la quieres, al fin y al cabo? No la necesitas. No necesitas nada. Eres el gran dios de lata.

—Cállate la boca.

—¡No me des órdenes! Yo también sé dar órdenes. Apártate de ella. Va a ser mía, no tuya. Va a ser mía delante de tus narices, delante de tus ojos...

Las manazas de Kostant le apresaron los hombros y lo sacudieron, haciéndole bailar la cabeza sobre el cuello. Stefan se libró de él y dirigió el puño directamente a la cara de su hermano, pero al hacerlo sintió un empujón que lo estremecía como un vagón cuando lo enganchan al resto del convoy. Fue a dar sobre la pila de ropa sucia. Su cabeza chocó contra el suelo con un ruido seco, como un melón al caer.

Kostant se recostó contra la cocina. Miró los nudillos de su mano derecha y después la cara de Stefan, blanca como la muerte y extrañamente calma. Kostant tomó una funda de almohada de la pila de ropa, la mojó en la pileta y se arrodilló junto a Stefan. Le costaba arrodillarse, porque tenía la pierna derecha todavía tiesa. Enjugó el oscuro hilillo de sangre que brotaba de la boca de Stefan. Stefan contrajo los músculos de la cara, suspiró y parpadeó. Luego lo miró a Kostant con una mirada de vaga y brumosa gratitud, como si fuera un bebé.

—Así está mejor —dijo Kostant. También tenía la cara blanca.

Stefan se acodó sobre un brazo.

—Me caí —dijo con voz lánguida y asombrada. Luego volvió a mirarlo a Kostant y su cara empezó a cambiar y endurecerse.

—Stefan...

Stefan se puso en cuclillas, luego se levantó; Kostant trató de aferrarle el brazo, pero Stefan tambaleó hasta la puerta, forcejeó y siguió de largo. Desde la puerta, Kostant vio cómo saltaba la cerca, atravesaba el patio de la casa de la viuda y corría por la calle Gulhelm con pasos largos e impetuosos. El hermano mayor permaneció unos minutos en el pórtico, la cara rígida y apesadumbrada. Luego se volvió, se dirigió a la puerta del frente, salió, y se largó a correr por la calle Gulhelm tan rápido como pudo.

Los negros nubarrones habían cubierto todo el cielo, salvo una delgada franja verde azulada hacia el Sur; la luna y la estrella vespertina habían desaparecido. Kostant siguió la senda que conducía al Pozo Oeste. Nadie lo precedía. Llegó al borde de la cantera y vio las aguas calladas y penumbrosas, que reflejaban la nieve aún a punto de caer.

—¡Stefan! —gritó. Sentía los pulmones ásperos y la garganta reseca por el esfuerzo. No hubo respuesta. No era el nombre de su hermano el que hacía falta invocar allí, en el linde de la cantera abandonada. No era el nombre apropiado, ni el momento apropiado. Kostant se volvió y regresó a la calle Gulhelm, caminando con lentitud y cojeando un poco.

—Tengo que cabalgar hasta Kolle —dijo Stefan.

El peón del establo de alquiler clavó los ojos en la barbilla embadurnada de sangre.

—Está oscuro. Hay hielo en los caminos.

—Debe tener un caballo con herraduras filosas. Pagaré el doble.

—Bien...

Stefan salió del establo y tomó por la calle Ardure rumbo a Verre y no rumbo a Kolle. El cuidador lo siguió a los gritos. Stefan espoleó al caballo, que se lanzó al trote y luego, cuando se interrumpió el pavimento, a un obstinado galope. La franja de luz verde azulada del sudoeste giró y se desvaneció. Stefan pensó que estaba a punto de caer y se aferró al arzón, pero sin tirar de las riendas. Cuando el caballo se cansó y empezó a andar al paso era noche cerrada, y las tinieblas obscurecían la tierra y el cielo. El caballo resoplaba, la silla crujía, el viento sibilaba en el pasto helado. Stefan se apeó y registró el suelo lo mejor que pudo. El caballo había seguido la huella de los carretones y estaba apenas a un metro de los surcos. Siguieron adelante, el jinete y su montura; a lomos del caballo, el hombre no podía ver los surcos; dejó que su montura siguiera la huella a través de la planicie, pues él no tenía camino a seguir.

Al cabo de un tiempo, en la ajetreada obscuridad, algo le rozó levemente la cara.

Se tocó la mejilla. El lado derecho de la mandíbula estaba hinchado y rígido, y la mano derecha, donde llevaba las riendas, estaba tan endurecida por el frío que cuando trató de aferrarías de otro modo no supo si podía

mover los dedos o no. No tenía guantes, pero llevaba puesto el abrigo que nunca se había quitado al entrar a la casa, al romperse la lámpara, hacía muchísimo tiempo. Pasó las riendas a la mano izquierda e introdujo la derecha en el abrigo para calentarla. Agachando la cabeza, el animal perseveraba en su marcha. Algo volvió a rozar muy levemente la cara de Stefan, acariciándole la mejilla y el labio magullado. No podía ver los copos, que eran blandos y no parecían fríos. Esperó la dulce y azarosa caricia de la nieve. Volvió a cambiar las riendas de mano y metió la izquierda bajo la crin tosca y húmeda del caballo, que le brindó un cálido refugio. El roce confortó al hombre y al bruto. Stefan trataba de mirar hacia adelante y sabía o creía saber dónde se encontraban el cielo y el horizonte, pero la planicie había desaparecido. Ya no estaba cubierto por el techo del cielo. El caballo marchaba a oscuras.

Una vez la palabra “perdido” relumbró como un fósforo en las tinieblas y Stefan trató de detener al caballo para apearse y mirar los surcos, pero el caballo se obstinó en seguir adelante. Stefan dejó que la mano endurecida que empuñaba las riendas reposara sobre el arzón, y se dejó llevar.

El caballo irguió la cabeza y de pronto cambió el paso. Stefan aferró las húmedas crines y alzó también la cabeza, aturdido, parpadeando ante una telaraña de luz que se le enredaba en los ojos. A través de las borrosas astillas de hielo que colgaban de sus pestañas creció una luz rectangular y amarillenta: una ventana. ¿Qué podía alzarse en esas soledades, en la llanura sin límites? Bloques brumosos y pálidos se levantaban a ambos lados: escaparates, una calle. Había llegado a Verre. El caballo se detuvo y lanzó un resuello que hizo crujir las cinchas. Stefan no recordaba haber salido de Sfaroy Kampe. Estaba perdido en una calle oscura e incierta, a lomos de un caballo sudado. Había una ventana iluminada en un segundo piso. La nieve caía en terrones dispersos, como si la arrojaran en puñados. En el suelo no había mucha, porque en cuanto la tocaba se derretía; era nieve de primavera. Cabalgó hasta la casa con la ventana iluminada y lanzó un grito:

—¿Dónde está la ruta a Lotima?

La puerta se abrió, y los copos de nieve se arremolinaron frente al intersticio de luz.

—¿Es usted el doctor?

—No. ¿Cómo voy a Lotima?

—El próximo recodo a la derecha. ¡Si encuentra al doctor, dígame que se apresure!

El caballo dejó la aldea de mala gana, cojeando de una pata y después de otra. Stefan mantuvo la cabeza erguida a la espera del alba, que no debía tardar en venir. Ahora cabalgaba hacia el Norte y la nieve le soplaba en la cara, impidiéndole ver siquiera la oscuridad. La ruta subía, bajaba, volvía a subir. El caballo se detuvo, y como Stefan no hizo nada, se volvió a la izquierda, dio un par de coces, volvió a detenerse, temblando y resoplando. Stefan se apeó y cayó sobre las manos y las rodillas, porque al principio sus piernas estaban muy rígidas para sostenerlo. Una empalizada de postes cortaba un camino lateral. Dejó el caballo y avanzó a tientas por este camino, hasta que de pronto se topó con una casa de pared oscura y techo nevado. Buscó la puerta, golpeó, esperó, golpeó; rechinó una ventana y una mujer muerta de miedo gritó encima de él:

—¿Quién es?

—¿Ésta es la granja Sachik?

—¡No! ¿Quién es?

—¿Ya pasé la casa de los Sachik?

—¿Es usted el doctor?

—Sí.

—Es la segunda casa a la izquierda. ¿Quiere una linterna, doctor?

La mujer bajó y le dio una linterna y fósforos; llevaba en la mano una vela que lo encandiló a tal punto que nunca pudo ver la cara de la mujer.

Ahora caminaba delante de su montura, la linterna en la mano izquierda y las riendas en la derecha, bien cerca de la brida. El andar dócil, paciente y vacilante del caballo, la licuefacta oscuridad de los ojos del animal a la luz de la linterna, apenaron profundamente a Stefan. Avanzaban con suma lentitud y él esperaba el alba.

Un caserón relumbró a la izquierda cuando estaba a punto de pasar de largo; la nieve, acurrucada por el viento contra la pared del Norte, reflejó la luz de la linterna. Stefan hizo retroceder al caballo. Los goznes del portón gimieron. A su alrededor se apiñaban unas casuchas oscuras. Golpeó,

esperó, golpeó. Una luz se movió dentro de la casa, la puerta se abrió, otra vela puesta a la altura de los ojos volvió a encandilarlo.

—¿Quién es?

—¿Eres tú, Ekata? —dijo él.

—¿Quién es? ¿Stefan?

—Debo haber pasado de largo la otra granja, la que estaba antes de ésta.

—Ven adentro...

—El caballo. ¿Aquel es el establo?

—Aquél, a la izquierda...

Todo anduvo bien mientras buscó un pesebre para el caballo, le quitó un poco de agua y avena al ruano de los Sachik, encontró una bolsa y enjugó un poco la piel del animal; todo eso creyó hacerlo muy bien, pero cuando volvió a la casa se le aflojaron las piernas y apenas pudo verla a Ekata, quien le tomó la mano para meterlo adentro. Ella tenía puesto un abrigo encima de algo blanco, una bata.

—Oh, muchacho —exclamó—, ¿has cabalgado toda la noche desde Kampe?

—Pobre caballo —dijo, y sonrió. Cuando su voz pronunció esas palabras, él ya creía haberlas dicho un rato antes. Se tumbó en el sofá.

—Espera aquí —dijo ella.

Le pareció que ella se iba de la pieza un instante y que luego le ponía una taza en las manos. Él bebió; estaba caliente; el aguardiente lo aguijó y lo mantuvo despierto lo suficiente como para poderla observar mientras removía las brasas moribundas y echaba leña al fuego.

—Quería hablar contigo, verte —dijo, y se durmió. Ella le quitó los zapatos, le puso las piernas sobre el sofá, trajo una manta para cubrirlo y atizó el fuego perezoso. Él ni se movió. Ekata apagó la lámpara y subió las escaleras a oscuras y sin hacer ruido. Tenía la cama junto a la ventana de su pieza, y desde allí vio o sintió que ahora la nieve caía blanda y espesa en los tenebrosos contornos.

La sobresaltó un golpe y se despertó viendo la tersa luz de la nieve reflejada en los muros y el cielo raso. Se asomó su tío, vestido con ropa interior de lana amarillenta, el pelo ensortijado como alambre alrededor de la calva. El blanco de sus ojos tenía el mismo color de la ropa que vestía.

—¿Quién es ese que está abajo?

Más tarde en la mañana, Ekata le explicó a Stefan que él iba camino a Lotima por encargo de la Compañía Chorin, que había partido de Kampe al mediodía y que una piedra en la herradura del caballo, y más tarde la nieve, lo habían demorado.

—¿Por qué? —dijo él, obviamente confundido, con la cara aniñada por la fatiga y el sueño.

—Tenía que darles alguna explicación.

Él se rascó la cabeza.

—¿A qué hora llegué?

—A eso de las dos de la mañana.

Stefan recordó que horas atrás había esperado el alba.

—¿Para qué viniste? —dijo Ekata. Estaba limpiando la mesa; tenía una expresión severa, pero hablaba con dulzura.

—Tuve una pelea —dijo Stefan—. Con Kostant.

Ella se paró en seco y le clavó los ojos.

—No pensarás que lo lastimé —rió Stefan. Se lo veía animado, extenuado, sereno—. Me dio un buen golpe. ¿No creerás que yo pude haberle ganado?

—No sé —dijo Ekata con desolación.

—Cuando peleo pierdo siempre —dijo Stefan—. Y salgo corriendo.

El sordo entró en la cocina, dispuesto a salir, calzado con pesadas botas y vestido con un abrigo viejo hecho de retazos; estaba nevando.

—Hoy no podrá viajar a Lotima, señor Stefan —dijo con su voz alta y monótona, obviamente satisfecho—. Tomas dice que el jamelgo cojea de las cuatro patas. —Esto lo habían comentado durante el desayuno, pero el hombre no había oído nada. No había preguntado cómo estaba Kostant, y cuando más tarde lo hizo lucía la misma expresión de satisfacción malicia:

—Y su hermano sin duda habrá vuelto a las canteras ¿no? —No hizo ningún esfuerzo por escuchar la respuesta.

Stefan pasó casi todo el día durmiendo junto al fuego. La prima de Ekata fue la única que sintió cierta curiosidad. Mientras preparaban la cena, le dijo a Ekata:

—Dicen que el hermano es un tipo apuesto.

—¿Kostant? El tipo más apuesto que vi jamás. —Ekata sonrió, mondando cebollas.

—Éste de apuesto no tiene mucho que digamos —aventuró la prima.

Las cebollas estaban haciendo lagrimear a Ekata; rió, se sopló la nariz y meneó la cabeza.

—Oh, no —dijo.

Después de la cena Stefan encontró a Ekata cuando ella entraba a la cocina luego de llevarle cáscaras y sobras aguachentas a los cerdos. Vestía el abrigo de su padre, calzaba galochas, tenía puesto el pañuelo negro. La cellisca la acompañó hasta que logró cerrar la puerta.

—Está despejándose —dijo—. El viento viene del Sur.

—Ekata, ¿sabes a qué he venido...?

—¿Lo sabes tú? —dijo ella, encarándolo a la vez que depositaba el balde en el piso.

—Sí, lo sé.

—Entonces yo también, supongo.

—No hay dónde —dijo él con irritación, pues las pesadas botas del tío se acercaban a la cocina.

—Está mi pieza —dijo Ekata, impaciente. Pero las paredes eran delgadas y su prima dormía en el cuarto contiguo y sus padres al otro lado de las escaleras; frunció el ceño con exasperación, y dijo—: No, espera la mañana.

A la mañana temprano la prima partió a solas por el camino. Estuvo de vuelta en media hora, y sus botas rellenas de paja chapalearon en la nieve embarrada y pegajosa. La vecina de la segunda casa había dicho: “Dijo que era el doctor, y le pregunté quién de ustedes estaba enfermo. Le di la linterna, estaba tan oscuro que ni le vi la cara, pensé que era el doctor. Eso me dijo”. La prima rumiaba estas palabras, tratando de decidir si iría a verlo a Stefan con los vecinos, o a Ekata, o a los dos en compañía de testigos, cuando vio que dos caballos doblaban un recodo y bajaban al trote largo por la pendiente tachonada de nieve e iluminada por el sol: el caballo de alquiler y el viejo ruano de la granja. Los montaban Stefan y Ekata, y los dos iban riendo.

—¿Adónde van? —gritó la prima, temblando.

—Nos fuqamos —contestó el hombre.

Siguieron de largo, arrancando a los charcos astillas diamantinas que fulguraron bajo el resplandor del sol de marzo, y se perdieron en la distancia.

1910

OceanofPDF.com

UNA SEMANA EN EL CAMPO

Durante una soleada mañana de 1962 en Cleveland, Ohio, llovía en Krasnoy y las calles encerradas entre muros grises estaban atestadas de hombres.

—Aquí me está cayendo agua por la espalda —se quejó Kasimir, pero su amigo, instalado en el recinto contiguo del retrete callejero, no lo escuchó porque también estaba hablando.

—La necesidad histórica es un solecismo. ¿Qué es la historia sino lo que tenía que ocurrir? Pero de eso no pasamos. ¿Qué ocurrirá después? ¡Dios sabrá!

Kasimir salió con él, todavía abotonándose los pantalones, y miró al chico que miraba el negro ataúd de un metro noventa apoyado contra el retrete.

—¿Qué hay adentro? —preguntó el chico.

—El cadáver de mi tía-abuela —explicó Kasimir.

Tomó el ataúd y lo siguió apresuradamente a Stefan Fabbre a través de la lluvia.

—Una farsa, el determinismo es una farsa. Todo para eludir el temor a lo desconocido. Muéstrame una semilla —dijo Stefan Fabbre deteniéndose y apuntando a Kasimir con el dedo—, sí, puedo decirte de qué es, es una semilla de manzano. ¿Pero puedo decirte cómo será el manzano que surja de ella? ¡No! Como no hay libertad, pensamos que hay una ley, Pero no hay ley. Hay crecimiento y muerte, deleite y terror, un abismo, el resto lo inventamos. Vamos a perder el tren.

Se abrieron paso a empujones por la calle Tíypontiy, mientras arreciaba la lluvia. Stefan caminaba meciendo su maleta, la boca firmemente apretada y la cara blanca húmeda y brillante.

—¿Por qué no trajiste el flautín? Dame eso un poco —dijo mientras Kasimir se enredaba con un obrero que corría hacia un autobús.

—La Ciencia cargando el agobiante fardo del Arte —dijo Kasimir—. ¿Pesa, no es así? —preguntó, mientras su amigo alzaba la caja y la llevaba frunciendo el ceño; cuando llegaron a la Estación Oeste estaban jadeando. En el andén barrido por la lluvia y el vapor corrieron como corrían otros, escucharon el chillido de los silbatos y los apremiantes e ininteligibles toques de atención de los altoparlantes, y se tumbaron exhaustos en el primer vagón. Todos los compartimientos estaban vacíos. El que salía en ese momento era otro tren, un tren suburbano que iba repleto. Al de ellos aún le faltaban diez minutos.

—¿Somos los únicos en este tren? —preguntó desganadamente Stefan Fabbre de mal humor, de pie ante la ventana. Entonces, con un silbido estridente, las paredes empezaron a deslizarse. Las gotas de lluvia se estremecieron disolviéndose sobre la ventanilla, los rieles se entrelazaron sobre un viaducto, los dos jóvenes vieron pasar ventanas iluminadas y paredes de ladrillo pintarrajeadas con letras enormes. Abruptamente nada quedó en la noche oscurecida por la lluvia, salvo una hilera de colinas que retrocedían rumbo al Este, negras contra un cielo incoloro y despejado.

—El campo —dijo Stefan Fabbre. Extrajo una revista de bioquímica de entre los zoquetes y la ropa interior de su maleta, se puso unos anteojos de armazón oscura, leyó. Kasimir se echó hacia atrás el pelo mojado que le había caído sobre la frente, leyó el cartelito del marco de la ventanilla, que rezaba NO SE ASOME, miró las paredes temblorosas y la lluvia que tiritaba contra los vidrios, dormitó. Soñó que le caían paredes encima. Despertó asustado cuando salían de Okats. Su amigo, cara blanca y pelo negro, miraba por la ventanilla, confirmando el aislamiento y el desastre del sueño de Kasimir.

—No se ve nada —dijo—. La noche. El campo es el único lugar donde todavía hay noche. —Miró a través del reflejo de su propia cara la noche que colmaba sus ojos de bienaventuradas tinieblas.

—De modo que henos aquí, en un tren rumbo a Aisnar —dijo Kasimir—, pero no sabemos si va a Aisnar. Podría ir a Pekín.

—Podría descarrilar y nos mataríamos todos. ¿Y si en efecto llegamos a Aisnar? ¿Qué es Aisnar? Apenas una palabra oída al azar.

—Eso es mórbido —dijo Kasimir, volviendo a mirar las paredes tambaleantes.

—No, es estimulante —respondió su amigo—. Cuesta mucho trabajo mantener unido al mundo si uno lo mira de esa manera, Pero vale la pena. Construir ciudades, sostener los techos por un acto de fidelidad. No de fe. Fidelidad.

Miró por la ventana a través del reflejo de sus ojos. Kasimir compartió con él una barra de chocolate que parecía barro. Llegaron a Aisnar.

La lluvia repiqueteaba en las calles mal iluminadas, pavimentadas de oro, mientras el autobús a Vermare y Prevne esperaba a sus pasajeros en la Plaza Sur, bajo las gotas que caían de los sicómoros. La caja rodó en el asiento de atrás. Un pollo con una cuerda alrededor del cuello escarbaba el pasillo en busca de maíz, una mujer de pelo hirsuto aferraba el otro extremo de la cuerda, un peón de granja borracho le hablaba sin recato al conductor mientras el autobús se despedía gruñendo de Aisnar para dirigirse al Sur internándose en la noche del campo, la misma noche, las bienaventuradas tinieblas.

—Eso le digo yo, uno no sabe lo que puede pasar mañana, le digo...

—Escucha —dijo Kasimir—, si el universo es infinito, ¿significa eso que todo lo que tiene posibilidades de suceder está sucediendo en otra parte, en otro tiempo?

—El sábado, me dice él, el sábado.

—No sé. Es posible, Pero no sabemos qué es lo posible. Gracias a Dios. Si lo supiéramos, me pegaría un tiro, ¿qué te parece?

—Vuelve el sábado, me dijo, y yo le dije, al carajo con el sábado, le dije.

En Vermare la lluvia azotaba las ruinas del Castillo, y el borracho se bajó dejando una estela de silencio. Stefan Fabbre parecía alicaído. Dijo que le dolía la garganta y se durmió, rápida y profundamente. Su cabeza se sacudía al compás de los baches y surcos de la carretera al pie de la colina,

mientras el autobús corría hacia el Oeste y sus faros abrían un túnel en la sólida negrura. Un árbol, un gran roble, se inclinó súbitamente para cobijarlo. Se abrieron las puertas, dejando entrar aire fresco, linternas, botas y gorras.

—Siempre pasa esto —dijo en voz baja Kasimir, echándose hacia atrás el pelo rubio—. Aquí estamos a sólo nueve kilómetros de la frontera.

Hurgaron en los bolsillos y extendieron las manos.

—Fabbre, Stefan, domicilio calle Tome 136, Krasnoy, estudiante, MR 64100282A. Augeskar, Kasimir, domicilio calle Sorden 4, Krasnoy, estudiante, MR 80104944A. ¿Adónde van?

—A Prevne.

—¿Los dos? ¿Por razones de trabajo?

—De vacaciones. Una semana en el campo.

—¿Qué es eso?

—La caja de un contrabajo.

—¿Qué hay adentro?

—Un contrabajo.

La alzaron, la abrieron, la volvieron a *cerrar*, la sacaron, la pusieron en el piso, la volvieron a abrir y *el* enorme contrabajo se irguió frágil y magnífico a la luz de las linternas que barrían el lodo, las botas, las hebillas, las gorras.

—¡Levántenlo del suelo! —rugió Kasimir, y Stefan se apresuró a ponerse delante. Lo tocaron y lo sacudieron.

—A ver, Kasi, ¿esto se desatornilla? No, no hay modo de separarlo.

El gordo palmeó la brillante curva de madera, haciendo algún comentario acerca de su mujer que Stefan festejó con una risotada, pero el contrabajo se recostó en otras manos, perdió una clavija, y un chasquido brutal cimbró sobre el tamborileo de la lluvia y el ronroneo indolente del autobús y se quebró de inmediato, igual que la cuerda. Stefan contuvo el brazo de Kasimir. Cuando arrancó el autobús estaban nuevamente sentados en la obscuridad cálida y hedionda.

—Lo siento, Stefan —dijo Kasimir—. Gracias.

—¿Puedes arreglarla?

—Sí, es sólo una clavija rota. Puedo arreglarla.

—Maldito dolor de garganta. —Stefan se frotó la cabeza y se apoyó las manos sobre los ojos—. Tomé frío. Maldita lluvia.

—Ya estamos cerca de Prevne.

En Prevne una lluvia muy fina limpiaba una calle alumbrada por dos faroles. Algo —¿árboles, colinas?— se cernía sobre los techos. Nadie fue a recibirlos porque Kasimir se había olvidado de escribir anunciando qué noche llegaban. Al volver del único teléfono público, se reunió con Stefan y la caja del contrabajo ante una mesa del Bar de Correos y Telecomunicaciones.

—Papá salió con el auto para hacer una visita. Podemos ir caminando o esperar aquí. Lo siento. —Su cara larga y pálida reflejaba tristeza y desaliento—. Son tres kilómetros.

Se pusieron en marcha. Anduvieron en silencio por un camino sucio entre los campos, en medio de la lluvia y la obscuridad. Había olor a tierra mojada. Kasimir empezó a silbar pero desistió cuando la lluvia le mojó los labios. Estaba tan oscuro que caminaban despacio, pues no podían ver dónde ponían los pies, si el camino tenía pozos o no. Había tanta quietud que escuchaban el multitudinario susurro de la lluvia al caer sobre los campos circundantes. Estaban subiendo. La colina surgió ante ellos, una obscuridad más sólida. Stefan se detuvo para subir el cuello del abrigo mojado y para despejarse un poco. Cuando siguió avanzando entre los helados susurros del silencio del campo, oyó un sonido nítido y tenue, la risa de una muchacha detrás de la colina. En la cima aparecieron luces que se hamacaban y titilaban.

—¿Qué es eso? —dijo, intimidado por la rota obscuridad.

—¡Ahí están! —gritó un niño.

Las luces bailaron y descendieron, y pronto se vieron rodeados por faroles, linternas, voces, caras y brazos que de pronto resplandecían y volvían a perderse en la noche; una vez más, a su lado, vibró la dulce risa.

—Papá no llegó y ustedes no llegaban, así que salimos todos a buscarlos.

—¿Trajiste a tu amigo? ¿Dónde está?

—¡Hola, Kasi!

La rubia cabeza de Kasimir se reclinó sobre otra bajo el fulgor de una linterna.

—¿Dónde está el contrabajo, lo trajiste?

—Llovió toda la semana.

—Lo dejé en manos del señor Praspayets, en la oficina de Correos.

—Vamos a buscarlo. Es hermoso caminar.

—Yo soy Bendika, ¿tú eres Stefan?

Ella rió mientras cada cual buscaba la mano del otro para estrecharla en la obscuridad; hizo girar el farol y era morena, tan alta como su hermano, y fue la única a quien pudo ver con claridad antes de que todos bajaran por el camino, hablando, riendo, apuntando las linternas al camino, a las malezas o al aire espesado por la lluvia. En el bar pudo verlos a todos por un momento, mientras Kasimir iba a buscar su contrabajo: dos muchachos, un hombre, la alta Bendika, la joven rubia que había besado a Kasimir, otra aún más joven, los vio a todos a la vez y como no tardaron en ponerse nuevamente en marcha, no pudo averiguar cuál de las tres chicas, ¿o eran cuatro?, se había reído antes del encuentro. La lluvia helada castigaba su cara caliente. El hombre que iba junto a él, empuñando una linterna para alumbrar el camino, dijo:

—Yo soy Joachim Bret.

—Enzimas —respondió roncamente Stefan.

—Sí. ¿Cuál es su especialidad?

—Genética molecular.

—¡No! ¡Pero qué bien! Entonces usted trabaja con Metor. Vamos, no se quede atrás. ¿Lee las publicaciones norteamericanas?

Durante un kilómetro hablaron de formaciones en espiral, Bret con comentarios volubles y Stefan con respuestas lacónicas, pues seguía aturdido y aún estaba atento a la risa; pero como todos reían no podía detectarla. Por un momento todos guardaron silencio y sólo gritaron los dos chicos, que los precedían corriendo.

—Allá está la casa —le dijo Bendika, señalando un fulgor amarillo.

—¿Estás todavía con nosotros, Stefan? —preguntó Kasimir desde algún punto de la obscuridad.

Stefan gruñó un sí, irritado por esa fácil y tonta alegría, las corridas y los gritos y las risas, el convulsivo entusiasmo de Bret, las ventanas amarillas que para todos representaban el hogar menos para él. Dentro de la casa desparramaron los abrigos mojados, se dispersaron y multiplicaron, volvieron a juntarse alrededor de una mesa en una pieza alta y oscura traspasada por los ruidos y la luz de las lámparas, para tomar un café y comer una torta que trajo la madre de Kasimir. Caminaba apresurada y tranquila y ceñía un cintillo con galones grises y pardos. Esta madre de siete hijos, cuyas formas evocaban un contrabajo, mezcló a Stefan con el resto de los jóvenes, a los que distinguía sólo por el nombre. Se llamaban Valeria, Bendika, Antony, Bruna, Kasimir, Joachim, Paul. Hacían bromas y charlaban, la muchachita morena chillaba de risa, el pelo rubio de Kasimir le tapaba los ojos, los dos chicos de once reñían, el hombre flaco y sonriente tomó una guitarra y se puso a tocar, alargando la cara sobre el instrumento como si fuera un cuervo. La mano derecha, que pulsaba las cuerdas, era ligeramente tullida o deforme. Cantaron, pero Stefan, que no conocía las canciones y tenía dolor de garganta, no podía cantar y guardaba un rencoroso silencio en medio del grupo. Entró el doctor Augeskar. Estrechó la mano de Kasimir dándole una efusiva bienvenida, un alto monarca con un heredero esmirriado e inverosímil.

—¿Dónde está tu amigo? Lamento no haber podido ir a buscarlos, tuve una emergencia. Una apendectomía durante la cena. Como trincar el ganso de Navidad. Antony, a la cama. Bendika, alcánzame un vaso. ¿Joachim? ¿Usted, Fabbre?

Les sirvió vino y se sentó junto a ellos a la gran mesa redonda. Volvimos a cantar. Augeskar sugería las canciones y su voz dirigía a las demás, inundando la sala. La hija rubia flirteaba con él, la morochita se retorció de risa, Bendika estorbaba a Kasimir, Bret cantó una canción de amor en sueco; eran recién las once. El doctor Augeskar tenía ojos grises y claros enmarcados por cejas rubias. Esos ojos se cruzaron de pronto con los de Stefan.

—¿Está usted resfriado?

—Sí.

—Acuéstese entonces. ¡Diana! ¿Dónde duerme Fabbre?

Kasimir, contristado, se levantó de un salto y condujo a Stefan al piso de arriba. Cruzaron corredores y cuartos que olían a heno y a lluvia.

—¿Cuándo es el desayuno?

—Oh, a cualquier hora. —Kasimir nunca sabía la hora de nada—. Buenas noches, Stefan.

Pero fue una noche mala, espantosa, y la mano tullida de Bret se lo pasó aflojando una tras otra las cuerdas, que se retorcían con un violento chasquido mientras él explicaba con una risa socarrona:

—Al final uno siempre termina así.

Por la mañana Stefan no podía levantarse. Las paredes iluminadas por el sol se inclinaban sobre la cama y el cielo, un gigantesco globo azul, se estrechaba por las ventanas. Stefan se quedó acostado. Gimiendo, apretó entre sus manos el pelo negro y duro, la cabeza dolorida. El hombre alto, gris y dorado entró y le dijo con perfecta certidumbre:

—Muchacho, estás enfermo. —Era un bálsamo. Estaba enfermo, él estaba enfermo, las paredes y el cielo estaban bien—. Tienes una fiebre bastante respetable —dijo el médico, y Stefan sonrió hasta las lágrimas sintiéndose respetable, acunado en la vasta e indiferente ternura de ese hombre majestuoso y seguro, distante como el sol que iluminaba el cielo. Pero en los bosques y cavernas y cuartos pequeños y atestados de su fiebre no penetraba la luz del sol, y al cabo de un rato tampoco llegó el agua.

La quietud reinó en la casa durante ese día de setiembre.

Esa noche la señora Augeskar, con hilo, aguja y un zoquete en las manos, alzó la cabeza coronada por el cintillo y escuchó, tal como años atrás había escuchado, los gemidos que su primer hijo, Kasimir, profería durante el sueño.

—Pobre chico —susurró.

Y Bruna irguió la cabeza rubia para escuchar también, por primera vez, el grito solitario que venía de los bosques donde nunca había estado. En la casa imperaba el silencio. El segundo día los chicos jugaron afuera hasta que cayó la lluvia y cayó la noche. Kasimir se quedó en la cocina practicando con el contrabajo, abrazándose calladamente al cuello brillante del instrumento, obstinándose en seguir aun cuando los otros entraban, ocupaban los bancos, se reclinaban contra la piletta para charlar, porque

después de todo eran siete jovencitos en vacaciones y no podían permanecer en silencio. Pero bajo el rumor de las voces la voz profunda, lánguida y melodiosa del contrabajo de Kasimir se empecinaba en cantar sin palabras, como un grito arrancado a las honduras del bosque; hasta que súbitamente Bruna perdió la paciencia y se sintió independiente y solitaria, dejó de ser el cuarto vástago, la tercera hija mujer, una integrante del grupo de jovencitos, se escabulló y subió para ver cómo era esa grave enfermedad, esa agonía. No era nada extraordinario. El muchacho dormía, la cara blanca y el pelo negro sobre las sábanas blancas: tenía la claridad de las palabras impresas, aunque escritas en una lengua extranjera.

Bajó y le contó a su madre que había echado una mirada y que el joven dormía serenamente; era una verdad parcial, pero no era la verdad. Lo que había confirmado arriba era que ahora estaba lista para abrirse paso a través del bosque; era mayor de edad, y ahora era capaz de morir.

Ese joven que había surgido de la lluvia con un cuadro de afección pulmonar, había sido su guía. A la tarde del quinto día la muchacha volvió a subir. Stefan, débil y feliz, estaba mejorando y evocaba una mañana de diez años antes, cuando había caminado por las canteras con su padre y su abuelo, una mañana de abril en una llanura seca inundada por el sol y las flores azules. Cuando se alejaron de las canteras de la Compañía Chorin de pronto empezaron a hablar de política, y él comprendió que habían dejado el pueblo, internándose en la planicie desierta, para poder hablar en voz alta y dejarle oír las cosas que decía su padre: “Siempre habrá hormigas suficientes para llenar todos los hormigueros: hormigas obreras, hormigas soldado”. Y el abuelo, ese hombre seco, amargo e irritable, con setenta años auestas, más colérico y tierno que su hijo, vulnerable como su nieto de trece años, le decía: “Márchate, Kosta, ¿por qué no te marchas?”. Era sólo una provocación. Ninguno de ellos iba a fugarse o marcharse. Ya hombre, recorría entre hombres la planicie yerma que las flores pintaban de azul en el fugaz abril; ellos compartían con él su furor, su yerma e inútil obstinación y la fugaz llama azul de furor. Hablando en voz alta bajo la extensión del cielo, le entregaban la llave de la casa de la virilidad, la prisión donde vivían y donde él estaba destinado a vivir. Pero ellos habían conocido otras casas, él no. Una vez su abuelo, Stefan Fabbre, apoyó la mano en el hombro

del joven Stefan, mientras decía: “¿Qué haríamos con la libertad si dispusiéramos de ella, Kosta? ¿Qué ha hecho Occidente con ella? Se la engulló. La embuchó en el vientre. Un vientre enorme y maravilloso, eso es Occidente. Coronado por una sabia cabeza de hombre, con mente de hombre y ojos de hombre... pero el resto es todo vientre. Ya no puede caminar más. Se sienta a la mesa a comer y a comer, proyectando máquinas que le traigan más y más comida. Le tira comida a las ratas negras y amarillas que hay debajo de la mesa para que no vayan a roerle las paredes. Ahí está sentado, y aquí estamos nosotros, con nada en el vientre, salvo aire, aire y cáncer, aire y furia. Todavía podemos caminar, así que nos atan al yugo. Al yugo del arado extranjero. Cuando olemos comida gruñimos y pateamos. ¿Pero somos hombres, Kosta? Lo pongo en duda”. Y durante todo el tiempo su mano yacía sobre el hombro del chico, tierna y casi deferente, porque el chico nunca había visto su heredad sino que había nacido en la cárcel, donde nada sirve de nada, ni el furor, ni la comprensión ni el orgullo, nada salvo la obstinación, salvo la fidelidad. Esas cosas permanecen, decía la mano del viejo pesando sobre su hombro. De modo que cuando una muchacha rubia entró al cuarto donde él yacía débil y feliz, la miró desde esa planicie de abril, yerma e inundada de sol, ofreciéndole una confiada bienvenida, pues en ese momento era irrelevante que su abuelo hubiese muerto en el tren donde lo deportaban y a su padre lo hubiesen fusilado con otros cuarenta y dos compañeros en la llanura, lejos de la ciudad, durante las represalias de 1956.

—¿Cómo te sientes? —preguntó la muchacha.

—Bien.

—¿Necesitas algo?

Él meneó la cabeza, la misma cabeza blanquinegra que ella había visto clara e ininteligible como palabras griegas sobre una página blanca, pero ahora el joven tenía los ojos abiertos y le hablaba en su idioma. Era la misma voz que la había llamado débilmente desde las negras florestas de la fiebre, desde la vecindad de la muerte, hacía unas pocas noches, la que ahora decía:

—No puedo acordarme de tu nombre.

Era un tipo muy simpático, este Stefan Fabbre, incomodado por su condición de enfermo, contento de verla.

—Soy Bruna, la que viene después de Kasi. ¿Te gustaría algún libro? ¿No te aburres?

—¿Aburrirme? No. No sabes lo lindo que es quedarse aquí tendido sin hacer nada. Nunca lo había hecho. Tus padres son tan cordiales, y esta casa enorme, y esos campos... Estoy aquí acostado y pienso: ¿Dios mío, este soy yo? ¿Con tanta paz, con tanto espacio, con una pieza para mí y sin hacer nada?

Ella rió, con lo cual él pudo reconocerla: la que se había reído en medio de la lluvia y la obscuridad antes que las luces centellearan sobre la colina. El pelo rubio, partido al medio, le caía en ondas a los costados, casi junto a las cejas claras y pobladas; los ojos eran de un color indeterminado y turbio, entre pardo y gris. Ahora podía escucharla adentro y a la luz del día, esa risa tierna y exultante. “Oh, bella criatura, joven y soberbia potranca jamás doblegada por el arnés, asustadiza e inquieta, muchacha de risa acogedora...”.

Para obligarla a quedarse, le preguntó:

—¿Siempre viviste aquí?

—Sí, en verano —dijo ella, mirándolo con sus ojos de color indefinido, que brillaban a la sombra del pelo rubio—. ¿Dónde has crecido?

—En Sfaroy Kampe, en el Norte.

—¿Tu familia vive allí todavía?

—Mi hermana vive allí.

Todavía preguntaba por la familia. Debía ser muy inocente, aún más elusiva e intacta que Kasimir, quien ubicaba su propia realidad fuera del alcance de las manos ajenas o de cualquier indagación sobre su identidad. Le comentó, siempre con el afán de sujetarla:

—Estoy aquí y pienso. Hoy he pensado más que en los últimos tres años.

—¿En qué piensas?

—En el noble húngaro, ¿conoces la historia? Ese que fue capturado por los turcos y vendido como esclavo. Fue en el siglo dieciséis. Bueno, un turco lo compró y lo sujetó a un arado, como un buey, y él araba los campos

mientras lo azotaban con un látigo. Su familia al fin consiguió comprar su libertad. Y él volvió a casa, tomó la espada y regresó al campo de batalla, donde tomó prisionero al turco que lo había comprado y había sido su dueño. Llevó al turco a su mansión señorial, le quitó las cadenas y lo hizo llevar afuera. Y el pobre turco miró a su alrededor, buscando la estaca donde iban a empalarlo, o la zanja donde iban a atormentarlo y quemarlo, o los perros, o al menos el azote. Pero no había nada. Sólo el húngaro, el hombre que había comprado y vendido. Y el húngaro le dijo: “Vuelve a tu hogar...”.

—¿Y se fue?

—No, se quedó y se convirtió al cristianismo. Pero no es por eso que pienso en él.

—¿Y por qué?

—Me gustaría ser un noble —dijo Stefan Fabbre, con una forzada sonrisa.

Era un tipo tosco y resistente el que yacía allí, casi vencido pero empeñado en no dejarse vencer. Sonreía, y en sus ojos brincaba un destello negro; a los veinticinco años no tenía inocencia ni confianza, no tenía esperanzas de sacar provecho de nada. Esas carencias producían el destello negro, esa frialdad en sus ojos. Y no obstante, yacía allí dispuesto a aceptar lo que viniera, un hombre pequeño pero vigoroso, aplomado, un hombre de ley. La muchacha miró las manos fuertes y torpes que yacían sobre la sábana y luego se volvió hacia las ventanas iluminadas por el sol. Pensó en Stefan que deseaba ser un noble, pensó en la única circunstancia que le había revelado Kasimir, quien rara vez hacía alusión a los hechos: que Stefan compartía una pieza alquilada con otros cinco estudiantes, en Krasnoy, donde a lo sumo cabían tres camas. Las cortinas del cuarto estaban corridas; por las tres altas ventanas penetró el silencio de esa tarde de setiembre en el campo. La voz de un niño vibró a lo lejos.

—Hoy día no tienes muchas posibilidades —dijo Bruna con voz apagada y opaca, la mirada gacha, sin querer decir nada en especial, esta vez abatida y exhausta, carente de ternura o entusiasmo. Stefan se pondría bien, dentro de una semana volvería a la ciudad, a las tres camas y los cinco compañeros de pieza, a los zapatos en el suelo y el óxido y los pelos en el

lavabo, a las aulas, los laboratorios, a buscar ese empleo como inspector de sanidad en las granjas estatales del norte y el nordeste, a un departamento de dos ambientes provisto por el Estado en los suburbios de un pueblo cerca de las fundiciones del Estado, a una esposa morena que enseñaría el tercer grado con los textos aprobados por el Estado, a un hijo, dos abortos legales, y la bomba de hidrógeno. ¿Acaso no había ninguna salida, ninguna?—. ¿Eres muy inteligente?

—Mi trabajo lo hago muy bien.

—Tiene que ver con la ciencia ¿no?

—Biología. Investigación.

Entonces los laboratorios perdurarían; el departamento tal vez se transformara en un departamento de cuatro ambientes en los arrabales de Krasnoy; dos hijos, ningún aborto, vacaciones de dos semanas en las montañas durante el verano, después la bomba de hidrógeno. O sin bomba de hidrógeno. Era lo mismo.

—¿Qué investigas?

—Ciertas moléculas. La estructura molecular de la vida.

Eso era extraño, la estructura de la vida. Claro que él estaba simplificando para que ella entendiera; las cosas no pueden resumirse en pocas palabras, había dicho su padre, cuando uno habla de la vida. De modo que tenía aptitudes para descubrir la estructura molecular de la vida, este muchachito cuyo grito sin palabras había llegado hasta ella desde sus pulmones congestionados, desde la obscura e inminente vecindad de la muerte; había gemido y su madre había susurrado: “Pobre chico”, pero era ella, Bruna, quien había respondido, quien había ido en su busca. Y ahora él la volvía a la vida.

—Ah —dijo sin levantar la cabeza—. De eso no entiendo nada. Soy idiota.

—¿Por qué te pusieron Bruna, si eres rubia?

Ella alzó los ojos sorprendida y echó a reír.

—Fui calva hasta los diez meses.

Lo miró, viéndolo una vez más y maldiciendo el futuro, porque todos los futuros posibles e imaginables —lavabos herrumbrosos, vacaciones de dos semanas y bombas o fraternidad colectiva o harpas y huríes— son

inagotable y sórdidamente tediosos, pues todo deleite está enclavado en el presente y el pasado, así como toda verdad, y toda fidelidad en la palabra y la carne, en el momento actual: pues el futuro, de cualquier manera que se lo contemple, contiene una sola certeza y esa es la muerte. Pero el momento es impredecible. Simplemente no hay modo de saber lo que va a ocurrir.

Kasimir entró con un ramillete de flores rojas y azules y dijo:

—Mamá quiere saber si te gustaría comer tostadas de pan de leche en la cena.

—Pan de avena, pan de avena —canturreó Bruna arreglando los azulejos y las amapolas en el florero de Stefan.

La avena estaba a la orden del día en esta casa, donde a veces se comía aves de corral, nabos, patatas; el pequeño Antony cultivaba lechuga, la madre cocinaba, las hermanas barrían la casa; no había harina de trigo, ni carne de vaca, ni leche, ni mucama, ni ninguna otra cosa desde el nacimiento de Bruna. Acampaban aquí, en esta vieja casa de campo, y vivían como gitanos, según decía la madre: la hija de un profesor nacida en la clase media, nutrida y casada en el seno de la clase media, que había renunciado al orden, la abundancia y el ocio sin una queja, pero sin renunciar a los minuciosos escrúpulos de las discriminaciones que había tenido el privilegio de aprender. Por eso Kasimir podía permanecer intacto pese a su fragilidad. Por eso Bruna seguía proclamando que venía después de Kasimir y preguntaba por la familia de los demás. Por eso Stefan sabía que aquí estaba en una fortaleza, en el seno de una familia, en casa. Él y Kasimir y Bruna reían en voz alta cuando entró el padre.

—Afuera —ordenó el doctor Augeskar, irguiéndose heroico y absoluto en el vano de la puerta, el rey-sol o un mito solar; sus dos hijos, riéndose y haciéndole señas a Stefan, ocultos como niños detrás de las espaldas del padre, salieron del cuarto—. Todo tiene su límite —dijo Augeskar, auscultándolo, y Stefan se tendió culposo y sonriente, con la docilidad de un chico.

El séptimo día, cuando Stefan y Kasimir debían haber tomado el autobús y el tren de regreso a Krasnoy, donde ya estaba abierta la Universidad, hacía calor. Luego siguió una tibia obscuridad que penetraba por las ventanas abiertas, y toda la casa estaba abierta a los coros de ranas

que croaban junto al río, a los coros de grillos que cantaban en las zanjas. El viento del sudoeste esparcía los aromas del bosque en las secas colinas otoñales. Entre las cortinas que se henchían y caían sin aliento se encendieron seis estrellas, tan brillantes en el seco cielo nocturno que podían prender fuego a las cortinas. Bruna estaba sentada en el suelo junto a la cama de Stefan, Kasimir estaba echado al pie como un enorme haz de trigo, Bendika, cuyo esposo estaba en Krasnoy, acunaba a su primogénito de cinco meses en una silla, al lado del hogar vacío. Joachim Bret estaba sentado en el marco de la ventana, con la camisa arremangada de tal forma que podía verse la azulada inscripción OA46992 sobre su brazo delgado, y tocaba la guitarra acompañando una canción inglesa para laúd:

*Yet be just and constant still, Love may begei
a wonder,
Not unlike a summer's frost or winter's fatal
thunder;
He that holds his sweetheart dear until his day of
dying
Lives of all that ever lived most worthy the envying^[1].*

Luego, como le gustaba cantar los elogios y los males del amor en todos los idiomas, los dominara o no, empezó a rasguear *Plaisir d'Amour* pero tuvo inconvenientes con el cambio de clave, al tiempo que el bebé era alzado y eructaba estentóreamente para alegría de todos. Kasimir arrojó al bebé hacia lo alto entre las dulces protestas de Bendika.

—Está repleto, Kasi, va a vomitar.

—Soy tu tío. Soy Tío Kasimir, tengo los bolsillos llenos de menta y de indulgencias papales. ¡Mírame, cachorro! No te atreverás a vomitarle a tu tío. No te atreverás. Vé a vomitarle a tu tía.

El bebé la miró a Bruna sin parpadear y agitó las manos, mostrando el vientrecito redondo y sedoso entre la bata y el pañal. La muchacha le devolvió una mirada igualmente calma y silenciosa. “¿Quién eres?”, decía el niño. “¿Quién eres?”, decía maravillada la joven, sin palabras, mientras

Stefan los observaba y la guitarra de Bret sollozaba con júbilo lánguidos acordes en La, entre el cuarto iluminado y la obscura y seca noche de otoño. La madre, alta y joven, llevó al niño a la cuna, Kasimir apagó la luz. Ahora la noche de otoño inundaba el cuarto, y las voces se confundieron con los coros de grillos y ranas que cantaban en los campos, junto a los arroyos.

—Estuviste astuto al enfermarte, Stefan —dijo Kasimir, recostándose nuevamente al pie de la cama, los largos brazos blanqueados por la penumbra—. No te mejores, así podemos quedarnos todo el invierno.

—Todo el año. Durante años. ¿Arreglaste el contrabajo?

—Oh, sí. Estuve practicando el Schubert, Pa, pa, pum *pah*.

—¿Cuándo es el concierto?

—En octubre. Falta mucho. Pum, pum... nada, nada, pequeña trucha. ¡Ah!

Los largos y blancos brazos serruchaban vagamente un contrabajo de penumbras.

—¿Por qué elegiste el contrabajo, Kasimir? —preguntó la voz de Bret entre ranas y grillos, cruzando zanjales y cenagales desde el marco de la ventana.

—Porque es tímido —dijo la voz de Bruna, como un viento campestre.

—Porque es un enemigo de lo probable —dijo la obscura y seca voz de Stefan.

Silencio.

—Porque tenía muchas aptitudes para el violonchelo —dijo la voz de Kasimir—, de manera que me vi obligado a considerar si quería o no ejecutar *El Concierto* de Dvorak ante audiencias entusiastas y ganar un premio al Artista del Pueblo. Preferí ser un anónimo zumbido de fondo. Pum pa pum. Y cuando muera, quiero que pongan mi cadáver en la caja del contrabajo y se lo manden por expreso a Pablo Casals con una etiqueta que diga: “Cadáver del Gran Violonchelista Centroeuropeo”.

El viento cálido soplaba en la obscuridad. Kasimir había concluido, Bruna y Stefan estaban dispuestos a pasarlo por alto, pero Joachim Bret no pudo. Habló de un hombre que había ayudado a la gente a cruzar la frontera; aquí en el sudoeste ahora circulaban muchos rumores al respecto; un hombre joven, decía Bret, que había sido encarcelado, había huido,

llegado a Inglaterra, y había vuelto; proyectó una ruta de escape, hizo salir a cien personas en diez meses, y sólo ahora lo habían detectado y la policía secreta estaba buscándolo.

—¿Quijotesco? ¿Traidor? ¿Heroico? —preguntó Bret.

—Ahora está oculto en el desván —dijo Kasimir.

—Harto de comer tostadas —añadió Stefan.

Eludieron todo juicio; la traición y la fidelidad eran para ellos una circunstancia inmediata y sopesarlas les costaba tanto como pesar una libra de carne, de su propia carne. Sólo Bret, que había nacido fuera de la cárcel, estaba excitado e insistía. “Prevne estaba atestada de agentes”, prosiguió, “te pedían la identificación aun cuando ibas a comprar el diario”.

—Más fácil es tatuártela, como tú —dijo Kasimir—. Corre los pies, Stefan.

—Corre tus nalgas, entonces.

—Oh, los míos son números alemanes, desactualizados. Unas pocas guerras más y perderé la piel.

—Despójate de ella, entonces, como una serpiente.

—No, están marcados hasta el hueso.

—Despójate de los huesos, entonces —dijo Stefan—, conviértete en medusa. O en ameba. Cuando me capturan, me multiplican. Dos pequeños Stefan sin vértebras cuando ellos pensaban que tenían un MR 64100282A. Cuatro, ocho, dieciséis, treinta y dos, sesenta y cuatro, ciento veintiocho. Cubriría por completo la superficie terrestre si no fuera por mis enemigos naturales.

La cama se sacudió. Bruna reía en la oscuridad.

—Vuelve a tocar la canción inglesa, Joachim —pidió.

*Yet be just and constant still, Love may beget
a wonder...*

—Stefan —dijo Bruna a la luz de la tarde del decimocuarto día. Estaba sentada en la verde ribera de los estanques al sur de la casa, y Stefan yacía con la cabeza apoyada en su falda.

—¿Tenemos que irnos? —dijo él abriendo los ojos.

—No.

—Bruna —dijo él, volviendo a cerrar los ojos. Se incorporó y se sentó junto a ella, mirándola fijamente—. ¡Bruna; oh, Dios mío! Ojalá no fueras virgen. —Ella rió y lo observó, cauta, curiosa, indefensa—. Sí solamente... aquí, ahora... ¡Tengo que irme pasado mañana!

—Pero no justo debajo de las ventanas de la cocina —dijo ella con ternura.

La casa estaba a treinta metros. Él se reclinó en el ángulo del codo de Bruna, acurrucándose contra ella y besándole la tersa piel del antebrazo. Ella le acarició el pelo y la nuca.

—¿Podemos casarnos? ¿Quieres que nos casemos?

—Sí, quiero casarme contigo, Stefan.

Él permaneció un rato en esa posición, luego volvió a incorporarse, esta vez con lentitud, y miró, a través de los cañaverales y el río perezoso e iluminado, las colinas y las montañas que se alzaban detrás.

—El año que viene me recibo.

—En un año y medio tendré mi título de maestra.

Permanecieron un rato en silencio.

—Podría dejar la escuela y trabajar. Tendríamos que buscar un lugar...

Las paredes de una pieza alquilada frente a un patio donde colgaba ropa sucia de hollín se alzaron delante de ellos, indestructibles.

—Está bien —dijo él—. Sólo que lamento desperdiciar esto. —Miró el agua iluminada y las montañas. El cálido viento del atardecer los acarició—. Está bien. Pero, Bruna, ¿comprendes...? “que todo es nuevo para mí, que nunca antes desperté al alba en un cuarto de ventanas altas y me tendí a escuchar el perfecto silencio, nunca salí a pasear por los campos en una diáfana mañana de octubre, nunca me senté a la mesa con un grupo de hermanos alegres y cordiales, nunca hablé con una muchacha enamorada junto a un río mientras caía la tarde, pues sabía que ese orden, esa paz y esa ternura debían existir pero nunca tuve esperanzas de contemplarlos y mucho menos de poseerlos. Y pasado mañana debo regresar”.

No, ella no comprendía. Ella era sólo el silencio del campo y las bienaventuradas tinieblas, el brillante arroyuelo, el viento, las colinas, la

casa fresca; todo eso era de ella y era ella; Bruna no podía comprender. Sin embargo lo aceptaba a él, al forastero que llegaba en la noche lluviosa y la destruiría.

—Yo creo que vale la pena, Stefan —dijo Bruna con voz apagada—, creo que vale la pena.

—Sí. Pediremos prestado. Viviremos de la limosna, del atraco, del robo. Seré un gran científico, sabes. Crearé la vida en un tubo de ensayos. Después de una carrera inicialmente mediocre Fabbre alcanzó una súbita preeminencia. Iremos a los congresos de Viena. A París. ¡Al diablo con la vida en un tubo de ensayos! Haré algo mejor, te dejaré embarazada en cinco minutos; oh, tesoro, ¿te ríes, no? Ya verás, mi potranca, mi pequeña trucha; oh, mi amor... Allí, bajo las ventanas de la casa y bajo las montañas aún iluminadas por el sol, mientras los chicos gritaban jugando al tenis cerca de la casa, ella yacía tersa, rubia, en brazos de Stefan y bajo su peso, absolutamente pura, con una única y pura voluntad en carne y espíritu: que entre en mí, que entre en mí. No ahora, no aquí. La voluntad de Stefan estaba aturdida, pero no cedía. Rodó alejándose de Bruna y se tendió cara al cielo, un destello negro en los ojos. Ella le tomó la mano. La paz nunca la había abandonado. Cuando él se incorporó Bruna lo miró tal como había mirado al bebé de Bandika, con serenidad e inquisitivo reconocimiento. Ella no tenía elogios para él, ni juicios ni reservas. Aquí está él; este es él.

—Será difícil, Bruna. Difícil e inútil.

—Me imagino que sí —dijo ella, observándolo.

Él se levantó y se sacudió el pasto de los pantalones.

—¡Amo a Bruna! —gritó, alzando la mano; y desde las laderas iluminadas por el crepúsculo, más allá de los estanques donde crecía la penumbra, provino un sonido breve y fugaz, irreconocible—. ¿Ves? —dijo Stefan, inclinándose sobre ella con una sonrisa—. Hasta el eco lo dice. Vamos, que se va el sol. ¿Quieres que me pesque otra pulmonía? —Ella le tendió la mano, él se la tomó y la ayudó a levantarse—. Seré muy fiel, Bruna —dijo. Era de baja estatura y cuando estaban juntos ella no alzaba la cara para mirarlo, sino que los ojos de ambos quedaban directamente enfrentados—. Eso es todo lo que tengo para darte. Vas a hartarte de mí, sabes. Los ojos de Bruna, grises o pardos, indefinidos, se clavaron en él. Él

levantó calladamente la mano para acariciar por un momento, con cautela y ternura, el pelo rubio partido al medio. Volvieron a la casa y pasaron junto a la cancha de tenis donde Kasimir de un lado de la red y los dos chicos del otro agitaban las raquetas, erraban el tiro, brincaban y gritaban. Bret estaba sentado bajo los robles, ensayando una melodía para guitarra.

—¿Qué idioma es ese? —preguntó Bruna, parada con ligereza bajo la sombra, absolutamente feliz.

Bret volvió la cabeza para responder. Su deforme mano derecha posaba sobre las cuerdas.

—Griego. La conseguí en un libro; significa: “Oh jóvenes amantes que pasáis bajo mi ventana, ¿no veis que está lloviendo?”.

Bruna rió en voz alta reclinándose contra Stefan, que se había vuelto para observar a los tres que corrían y se hamacaban sobre las piernas en la cancha de tenis, bajo la creciente sombra, mientras la pelota por momentos resplandecía bajo la luz dorada.

Al día siguiente fue a comprar los pasajes a Prevne en compañía de Kasimir, quien quería ver el mercado semanal; a Kasimir lo deleitaban los mercados, las ferias, los remates, el estrépito de la gente que compra y vende, los túmulos de nabos blancos y purpúreos, las pilas de zapatos viejos, los montículos de algodón prensado, las hormas de queso con cáscara azul, el olor a cebolla, lavanda fresca, sudor, polvo. El camino que había sido tan largo la noche de la llegada fue corto en la mañana cálida.

—Todavía andan buscando a ese tipo que ayuda a la gente a escaparse, dice Bret —comentó Kasimir. Alto, frágil y calmo, callejeaba en compañía de su amigo, la cabeza brillante expuesta a la luz del sol.

—Bruna y yo queremos casarnos —dijo Stefan.

—¿En serio?

—Sí.

Kasimir interrumpió un instante sus zancadas, luego prosiguió con las manos en los bolsillos. Lentamente su cara se contrajo en una sonrisa.

—¿Muy en serio?

—Sí.

Kasimir se detuvo, extrajo la mano derecha del bolsillo y estrechó la de Stefan.

—Buen trabajo —dijo—, así se hace. —Se sonrojó levemente—. Eso sí es algo real —dijo, mientras reanudaba la marcha con las manos en los bolsillos y Stefan observaba su rostro alargado, joven y sereno—. Eso es absoluto —dijo Kasimir—, eso es real. —Al cabo de un rato añadió—: Supera a Schubert.

—El principal problema consiste en encontrar dónde vivir, naturalmente, pero si puedo pedir algo prestado para empezar, Metor todavía tiene interés en que yo participe de ese proyecto, y nos gustaría hacerlo de inmediato... siempre que tus padres estén de acuerdo, claro.

Kasimir escuchaba fascinado estas vueltas y revueltas que confirmaban el hecho central, así como observaba fascinado a los compradores y vendedores, los zapatos y los nabos, los escaparates y los carros de un mercado que confirmaba la necesidad que los hombres tenían de alimento y comunión.

—Funcionará —dijo—. Encontrarán dónde vivir.

—Así lo espero —dijo Stefan con tono resuelto. Recogió una piedra, la tiró hacia arriba y la atajó en el aire, luego la arrojó a las zanjas de la izquierda a través de la blanca luz del sol—. Si supieras qué feliz soy, Kasimir...

—Me doy una idea —respondió su amigo—. Vamos, choca otra vez esos cinco.

Se detuvieron para volver a estrecharse las manos.

—Múdate con nosotros, ¿eh, Kasi?

—Está bien, consígueme una carriola.

Estaban llegando al pueblo. Un camión color caqui se arrastraba por la calle principal de Prevne entre tiendas pestilentes y viejas casas pintadas con guirnalda hacía tiempo descoloridas; sobre los techos se alzaban altas colinas amarillas. La plaza del mercado se extendía polvorienta y moteada de sol bajo los tilos: unos pocos bastidores, unos pocos escaparates y carros, un hombre sin nariz que vendía dulces, tres perros que rastrera e infatigablemente perseguían a una perra blanca, viejas con chales negros, viejos con chaleco negro, el esmirriado dueño del Bar de Correos y Telecomunicaciones reclinado contra la puerta y escupiendo, dos gordos que entre murmullos regateaban por un paquete de cigarrillos.

—Solía haber más cosas —dijo Kasimir—. Cuando yo era chico. Montones de queso de Portacheyka, verduras, pilas de cosas. Todos se lanzaban a buscarlas.

Vagabundearon entre los escaparates, contentos y conscientes de su hermandad. Stefan quería comprarle algo a Bruna, cualquier cosa, una bufanda, por ejemplo; había overalls color barro y sin botones, zapatos rotos.

—Cómprale un repollo -sugirió Kasimir, y Stefan compró un repollo rojo y enorme. Fueron al Bar de Correos para comprar los pasajes a Aisnar.

—Dos para Aisnar, señor Praspayets.

—¿De vuelta al trabajo, eh?

—Eso es.

Tres hombres se acercaron al mostrador, dos del lado de Kasimir y uno del lado de Stefan. Ellos mostraron sus documentos.

—Fabbre, Stefan, domicilio calle Tome 136, Krasnoy, estudiante, MR 64100282A. Augeskar, Kasimir, domicilio calle Sorden 4, Krasnoy, estudiante, MR 80104944A. ¿Para qué van a Aisnar?

—Para tomar el tren a Krasnoy.

Los hombres volvieron a la mesa.

—Los últimos diez días se lo pasaron todo el día aquí adentro —dijo el dueño con un murmullo pastoso—, me arruinan el negocio. Necesito cien kroner más, señor Kasimir. ¿Trata usted de darme de menos?

Dos de los hombres, uno corpulento, el otro flaco y con un arma enfundada bajo la chaqueta, se acercaron una vez más. La sonrisa del dueño se contrajo como la imagen de un televisor que se apaga. Observó cómo los agentes requisaban los bolsillos de los muchachos y les palpaban de armas todo el cuerpo; cuando volvieron a la mesa le dio el vuelto a Kasimir, sin decir una palabra. Salieron en silencio. Kasimir se detuvo y se quedó mirando los tilos dorados, la luz dorada que moteaba el polvo donde los tres perros seguían trotando exhaustos y ansiosos detrás de la perra blanca, un ama de casa gorda reía con un hombre viejo y dicharachero, dos muchachos corrían gritando entre los carros, un asno movía una oreja con la cabeza gacha.

—Oh, bien —dijo Stefan. Kasimir no dijo nada—. Me he multiplicado, vamos Kasi.

Marchaban lentamente.

—Bien —dijo Kasimir recobrando un poco la compostura.

—No tiene importancia —dijo Stefan—. ¿El hombre se llama realmente Praspayets?

—Evander Praspayets. Tiene un hermano que es dueño de la vinería, Belisarius Praspayets.

Stefan hizo una mueca, Kasimir sonrió vagamente. Estaban en el linde de la plaza del mercado, a punto de cruzar la calle.

—Maldita sea, olvidé el repollo en el bar —dijo Stefan.

Se volvió y vio que unos hombres atravesaban la plaza del mercado entre los carros y los escaparates. Estalló una sorda detonación. Kasimir intentó en vano aferrar el hombro de Stefan y se quedó tieso y con los brazos abiertos, profiriendo un sonido gutural como si tosiera o vomitara. Sacudió los brazos, trastabilló y cayó tumbado a los pies de Stefan, los ojos abiertos, la boca abierta y llena de sangre. Stefan se clavó donde estaba. Miró a su alrededor. Cayó de rodillas junto a Kasimir, que no lo miraba. Entonces lo alzaron por la fuerza y le sujetaron el brazo; lo rodeaban varios hombres y uno de ellos agitaba algo, un papel, diciendo en alta voz:

—Es éste, el traidor, esto es lo que le pasa a los traidores. Éstos son sus documentos falsos. Es éste. Stefan quiso acercarse a Kasimir, pero se lo impidieron; vio las espaldas de unos hombres, la cara roja y azorada de una mujer bajo los árboles dorados. Pensó que estaban ayudándolo a levantarse, pues se le habían aflojado las rodillas, pero cuando lo forzaron a volverse y caminar hizo un esfuerzo por soltarse.

—¡Kasimir! —gritó.

Yacía de bruces en un camastro, en un lugar que no era el cuarto de altas ventanas de la casa de los Augeskar. Sabía que no estaba allí pero se aferraba a la idea contraria, y escuchaba los gritos de los chicos en la cancha de tenis. Luego pensó que era su pieza de Krasnoy y que sus compañeros de pieza estaban dormidos, y permaneció tendido un buen rato pese al tenaz dolor de cabeza. Por fin se incorporó y miró las paredes con

planchas de pino, el enrejado de la puerta, el piso de piedra con colillas de cigarrillos y orina seca. El guardia que le trajo el desayuno era el agente corpulento del Bar de Correos y Telecomunicaciones, y no decía nada. Había astillas de pino clavadas en la carne viva de sus uñas, en ambas manos; se demoró en extraerlas.

El tercer día vino otro guardia, un tipo obeso con papada que hedía a transpiración y cebolla, como el mercado bajo los tilos.

—¿En qué pueblo estoy?

—Prevne.

El guardia cerró la puerta, le convidó un cigarrillo a través del enrejado y le acercó un fósforo encendido.

—¿Mi amigo está muerto? ¿Por qué le dispararon?

—El hombre que buscaban se escapó —dijo el guardia—. ¿Necesita algo? Mañana queda en libertad.

—¿Lo mataron?

El guardia gruñó un sí y se alejó. Al cabo de un rato medio paquete de cigarrillos y una caja de fósforos volaron a través del enrejado y cayeron a los pies de Stefan, que estaba sentado en el borde del catre. Lo pusieron en libertad al día siguiente. No vio a nadie salvo al guardia con papada, quien lo condujo hasta la salida. Estaba en la calle principal de Prevne, a media cuadra de la plaza del mercado. Se había puesto el sol, hacía frío, el cielo oscuro y diáfano se extendía sobre los tilos, los techos, las colinas.

Todavía tenía el pasaje a Aisnar en el bolsillo. Caminó con lentitud y cuidado hasta la plaza del mercado y cruzó bajo los árboles oscuros hasta el Bar de Correos y Telecomunicaciones. No había ningún autobús. No tenía idea de por dónde pasaban. Entró y se sentó a una de las tres mesas, encorvado y aterido. El dueño no tardó en salir de una trastienda.

—¿Cuándo sale el próximo autobús?

No podía recordar el nombre, Praspets, Prayespets, algo por el estilo.

—Aisnar, ocho y veinte de la mañana —dijo el hombre.

—¿A Portacheyka? —preguntó Stefan tras una pausa.

—El local a Portacheyka sale a las diez.

—¿De la noche?

—De la noche.

—¿Puede cambiarme esto por un... pasaje a Portacheyka?

Le mostró el pasaje a Aisnar. El hombre lo tomó y dijo al cabo de un instante:

—Espere, voy a ver.

Volvió a la trastienda. Stefan preparó el cambio para una taza de café y permaneció encorvado sobre la mesa. La blanca carátula del reloj del bar indicaba las siete y diez. A las siete y media tres paisanos entraron a tomar una cerveza y él se apresuró a retirarse muy al fondo, junto a la mesa de billar, y allí se quedó mirando la pared; sólo se volvía de vez en cuando, para ver la hora. Todavía tiritaba, y tenía tanto frío que al rato hundió la cabeza entre los brazos y cerró los ojos.

—Stefan —dijo Bruna.

Se había sentado a la mesa con él. Tenía el pelo pálido como el algodón. Stefan inclinó la cabeza hacia adelante, los brazos sobre la mesa. La miró y luego volvió a bajar la cabeza.

—El señor Praspayets nos telefoneó. ¿Adónde vas?

No respondió.

—¿Te ordenaron que te fueras del pueblo?

Él sacudió la *cabeza*.

—¿Simplemente te dejaron ir? Vamos. Te traje tu abrigo. Póntelo, debes tener frío. Vamos a casa.

Bruna se levantó; él alzó la frente y le arrebató el abrigo.

—No, no puedo —dijo.

—¿Por qué no?

—Es peligroso para ustedes. Además, no puedo afrontarlo.

—¿No puedes afrontarnos a nosotros? Vamos. Quiero que salgas de aquí. Mañana iremos a Krasnoy, estábamos esperándote. Vamos, Stefan.

Él se levantó y la siguió. Era noche cerrada. Cruzaron la calle y tomaron la ruta del campo. Bruna alumbraba el camino con una linterna. Tomó a Stefan del brazo; caminaban en silencio, circundados por la planicie oscura y las estrellas.

—¿Sabes qué hicieron con...?

—Lo cargaron en el camión, según nos dijeron.

—Yo no... Si todos en el pueblo sabían quién era...

Bruna se estremeció. Siguieron andando. El camino volvió a ser tan largo como cuando él y Kasimir lo habían recorrido por primera vez, a oscuras. Llegaron a la colina donde habían centelleado las luces, la risa y las voces que los llamaban.

—Apúrate, Stefan —dijo tímidamente la muchacha—, tienes frío.

Pronto tuvo que detenerse e internarse en la oscuridad buscando en el costado del camino cualquier cosa donde apoyarse para llorar, un árbol o un poste; pero no había nada. Se quedó parado en la oscuridad, y Bruna cerca de él. Finalmente se volvió y reanudaron la marcha. Las rocas y las malezas destellaban pálidamente en el raído círculo de luz de la linterna. Mientras cruzaban la cima de la colina Bruna dijo, con la misma timidez e incertidumbre:

—Le conté a mamá que queríamos casarnos. Se lo dije cuando nos enteramos de que estabas en la cárcel. A papá no, todavía. Esto..., esto no lo pudo aguantar, es mucho para él. Pero mamá está bien, así que le dije. Me gustaría que nos casáramos muy pronto, Stefan, si tú estás de acuerdo.

Él la acompañaba en silencio.

—Está bien —dijo al fin—. Dejarse arrastrar no sirve de nada ¿no? —Las luces de la casa destellaron amarillas a través de la arboleda; las estrellas y unas pocas y delgadas nubes bogaban por el cielo—. De nada en absoluto.

1962

AN DIE MUSIK

—Hay una persona que quiere verlo. El señor Gaye.

Otto Egorin asintió. Como esta era su única tarde libre en Foranoy, era inevitable que algún joven esperanzado lo descubriera y la echara a perder. Por el modo en que su criado decía “persona”, sabía que no se trataba de alguien de importancia. No obstante, después de estar sepultado tanto tiempo en la organización de la gira de conciertos de su esposa, era reconfortante recibir a alguien interesado en él.

—Hágalo entrar —dijo, abocándose nuevamente a redactar la carta y sin volver a alzar la *cabeza*, hasta que el visitante entró a la sala y tuvo tiempo suficiente como para ser impresionado por la amplia calva de Otto Egorin empeñado en redactar una carta. Esa primera impresión, Otto lo sabía, sólo servía para desalentar a los menos atrevidos. Éste no tenía aspecto de atrevido: un hombre bajo y andrajoso que llevaba a un niño de la mano y que tartamudeaba acerca de la gran libertad, del valioso tiempo, del enorme privilegio...—. Bien, bien —dijo el empresario musical con moderado buen humor, pues si no se los tranquilizaba los tímidos solían representar más pérdida de tiempo que los atrevidos—. ¿Has tocado el piano desde que aprendiste a sentarte, y la Appassionata desde los tres años? ¿O compones tus propias sonatas, eh, muchacho?

El chico clavó en él unos ojos fríos y oscuros.

—Lo siento, señor Egorin, no debí... —tartamudeó el hombre—. Mi mujer no anda bien, y los domingos por la tarde llevo al chico a pasear para que ella no tenga que cuidarlo... —Daba verdadera lástima verlo enrojecer, palidecer, enrojecer una vez más—. Él no va a molestar —balbució.

—¿Entonces de qué se trata, señor Gaye? —preguntó Otto con cierta sequedad.

—Escribo música —dijo Gaye, y entonces Otto percibió el detalle que había pasado por alto al suponer que el chico era un nuevo prodigio: el pequeño rollo de papel pentagramado bajo el brazo de su visitante.

—De acuerdo, está bien. Permítame, por favor —dijo extendiendo la mano. Éste era el momento más temible frente a los tímidos. Pero Gaye no se obstinó en explicarle durante veinte minutos qué había intentado y por qué, aferrándose todo el tiempo a sus composiciones y sin dejar de transpirar. Le dio el papel sin decir una palabra y, a una seña de Egorin, se sentó con el chico en el rígido sofá del hotel, los dos nerviosos, sumisos, con esos ojos extraños, fijos y oscuros—. Verá usted, señor Gaye, esto es todo lo que importa al fin y al cabo ¿no? La música que usted me trae. Usted la trae para que yo la mire: yo quiero mirarla, de manera que discúlpeme mientras lo hago.

Era su discurso habitual cada vez que lograba arrebatarse el manuscrito a los tímidos que abundaban en explicaciones. Éste se limitó a asentir.

—Son cuatro canciones y el fragmento de una misa —dijo con su voz apenas audible.

Otto frunció el ceño. Últimamente venía comentando que jamás se había explicado por qué tantos idiotas componían canciones hasta que se casó con una cantante. La primera que examinó disipó sus sospechas, pues se trataba de un dueto para tenor y barítono, y no olvidó atenuar el énfasis de las arrugas de su frente. La última de las cuatro, una transcripción de un poema lírico de Goethe, atrajo su atención. Sentado ante el escritorio esbozó un leve movimiento, una leve inclinación hacia el piano que no tardó en reprimir. De nada servía suscitar esperanzas; con sólo tocar una nota de lo que traían les infundía la inmediata convicción de que eran Beethoven y que ese mismo mes Otto Egorin se encargaría de un estreno en la capital. Pero esta composición era realmente interesante, esa melodía con su inteligente, melancólico y sereno acompañamiento. Siguió con la misa, o mejor dicho tres fragmentos de una misa, un Kyrie, un Benedictus y un Sanctus. La escritura era clara, veloz y apretada; *el* papel pentagramado es caro, pensó Otto, mirando de soslayo los zapatos del visitante. Al mismo

tiempo escuchaba una voz de tenor solista por encima de una extraña barahúnda de órgano, trombones y contrabajos, “Benedictus qui venit in nomine Domini”, algo muy extraño; pero no, hete aquí que justo cuando uno está a punto de volverse loco todo se convierte en cristal, de un modo tan simple, tan simple que uno juraría que fue cristalino desde el principio. Y el tenor, el pobre diablo cantando un pianissimo, abriéndose paso por esa selva, encuéntrame al tenor capaz de hacer eso e imponerse también a los trombones. El Sanctus: espléndido, esa trompeta es realmente espléndida... Otto alzó los ojos. Había estado llevando el compás con el canto de la mano sobre el escritorio, asintiendo, sonriendo, murmurando. Eso había sido demasiado.

—¡Venga aquí! —dijo colérico—. ¿Cómo se llama? ¿Qué es esto?

—Ladislav Gaye. El... la... Ésa es la segunda trompeta.

—¿Por qué no está marcada? ¡Tenga, tome, tóntuela!

Entonaron el Sanctus cinco veces.

—¡Planh, plaanh, planh! —decía Otto, haciendo las veces de trompeta—. ¡Muy bien! ¿Por qué hace entrar los bajos aquí, uno-dos-tres-cuatro-buum, los bajos entran como elefantes, adonde va con eso?

—De vuelta al Sanctus, escuche, aquí está el órgano debajo de los tenores —y el piano rugió debajo del esforzado tenor de Gaye—. Sabaoth, luego los contrabajos y los elefantes, cuatro, ¡*Sanctus!* ¡*Sanctus!* ¡*Sanctus!*

Se apartó del piano y Otto dejó de mirar la partitura. La sala estaba en silencio.

Otto acomodó una alicaída rosa roja del ramillete que había sobre el piano alquilado.

—¿Y dónde espera hacer ejecutar esta Misa?

El compositor guardó silencio.

—Coro femenino. Doble coro masculino. Plena orquesta; coro de viento; órgano. Bien, bien. Déjeme ver una vez más esas canciones. ¿Esto es todo lo que escribió de la Misa?

—El Credo todavía no está orquestado.

—Presumo que ahí va a intercalar dobles tímpanos, ¿eh? De acuerdo, a ver, dónde está el Goethe, déjeme tocar. —Tocó dos veces la canción, luego se quedó jugueteando con una de las extrañas frases truncas del

acompañamiento—. Es de primera, sabe usted —dijo al fin—. Absolutamente de primera, qué diablos. ¿Usted es pianista? ¿Qué hace usted?

—Soy empleado.

—¿Empleado? ¿Qué clase de empleado? ¿Éste es su hobby, eh, su diversión en los ratos libres?

—No, esto es... esto es lo que yo...

Otto examinó al hombre: bajo y desaliñado, blanco de susto, incapaz de articular.

—Quiero saber algo acerca de usted, Gaye. Aterrizo usted aquí, “Yo escribo música”, me muestra un poco de su música, y es muy buena. Muy buena, esta canción, el Sanctus, también el Benedictus, es un trabajo en serio, quiero leerlo otra vez, Pero no es la primera vez que me muestran una buena partitura. ¿Han tocado algo suyo? ¿Qué edad tiene usted?

—Treinta.

—¿Qué más ha compuesto?

—Nada demasiado importante...

—¿A los treinta? ¿Cuatro canciones y media misa?

—No tengo mucho tiempo para trabajar.

—Esto es un disparate. ¡Un disparate! Nadie escribe esto sin algo de práctica. ¿Dónde estudió usted?

—Aquí, en la Schola Cantorum... hasta los diecinueve.

—¿Con quién? ¿Berdicke, Chey?

—Chey y Madame Vesperin.

—Jamás la oí nombrar. ¿Y esto es todo lo que tiene para mostrarme?

—El resto no es bueno, o está inconcluso...

—¿Qué edad tenía cuando escribió esta canción?

Gaye titubeó.

—Veinte años, creo.

—¡Hace diez años! ¿Qué ha estado haciendo desde entonces? Usted quiere escribir música ¿no? ¡Pues escríbala! ¿Qué otra cosa puedo decirle? Esto es bueno, absolutamente bueno, y también toda esa barahúnda con los trombones. Usted puede componer música, pero, señor mío, ¿qué puedo hacer yo? ¿Puedo yo dar a publicidad cuatro canciones y media misa de un

discípulo desconocido de Vaslas Chey? No. Usted necesita estímulo, lo sé. Bien, eso se lo doy. Lo estimulo. Lo estímulo a escribir más música. ¿Por qué no lo hace?

—Me doy cuenta de que esto es muy poco —balbució Gaye con dificultad.

Tenía el rostro demudado, una de sus manos caracoleaba y tiraba del nudo de la corbata. Otto se sentía compadecido e intimidado.

—Muy poco, ¿por qué no hace algo más? —dijo con cordialidad.

Gaye miró las teclas del piano, pasó la mano sobre ellas; estaba temblando.

—Usted ve —comenzó, y luego se volvió bruscamente, encorvándose y ocultando la cara entre las manos. Rompió a llorar. Otto se quedó duro como piedra en el taburete. El pequeño, que había permanecido olvidado, echado en el sofá con las piernas enfundadas en medias grises tendidas sobre el borde, se bajó y corrió hacia su padre; claro que también él sollozaba, pero no dejó de tirar de la chaqueta de su padre, tratando de aferrarle la mano y susurrándole:

—Papá, no, por favor, no.

Gaye se arrodilló y abrazó al chico.

—Perdón, Vasli, no te preocupes. Todo está bien...

Pero aún no había recobrado el dominio de sí. Otto se levantó con cierta majestuosidad y llamó a la mucama de su mujer.

—Por favor, llévese al jovencito, cómprele caramelos, hágalo feliz, ¿eh?

La muchacha, una suiza imperturbable que sabía que todos los centroeuropeos estaban locos, asintió, ignorando al hombre que lloraba, y dijo:

—Ven, ¿cómo te llamas?

El chico se aferró al padre.

—Acompáñala, Vasli —dijo Gaye. El chico dejó que la muchacha le tomara la mano y la acompañó.

—Tiene usted un lindo muchachito —dijo Otto—. Venga, Gaye, siéntese. ¿Un poco de brandy?

Abrió y cerró cajones del escritorio, bufó y gruñó para sí mismo, puso una copa en la mano de Gaye, volvió a tomar asiento.

—No puedo... —empezó Gaye, desgastado, al límite de sus fuerzas.

—No, usted no puede; yo tampoco; son cosas que pasan. Usted se sorprendió más que yo, quizá. Pero escúcheme, Ladislav Gaye. No tengo tiempo para los pesares del mundo, tengo muchos problemas propios y estoy muy ocupado. Pero ya que hemos llegado tan lejos, me gustaría saber qué es lo que lo abate tanto. —Gaye meneó la cabeza. Con esa docilidad que sólo se había disipado cuando se ocupaban de la partitura, respondió a las preguntas de Otto. Había tenido que dejar el conservatorio al morir el padre; ahora mantenía a la madre, a la esposa y a los tres hijos con el sueldo de empleado de una planta de rulemanes y otros implementos de acero. Hacía once años que trabajaba allí. Cuatro tardes por semana impartía lecciones de piano, para las cuales le permitían usar un salón de la Schola Cantorum.

Otto estuvo un buen rato sin saber qué decir.

—El Señor ha resuelto traerle a usted mala suerte —recalcó.

Gaye no respondió. De hecho, hablar de buena o mala suerte no parecía el modo más apropiado de describir esta especie de sólido y obstinado enfrentamiento con el mundo padecido por Ladislav Gaye y la mayoría de sus congéneres y del que Otto Egorin, vaya a saber por qué razón, quedaba exento.

—¿Por qué vino a verme, Gaye?

—Tenía que hacerlo. Sabía lo que diría usted, que no he escrito suficiente. Pero cuando me enteré de que usted estaba aquí, me juré a mí mismo que vendría a verlo, tenía que venir. En la Schola me conocen, pero están ocupados con sus estudiantes, por supuesto; desde que murió Chey no hay quien... tenía que verlo a usted. No en busca de estímulo, sino para conocer a un hombre que vive para la música, que arregla la mitad de los conciertos del país, que favorece el... el...

—El éxito —dijo Otto Egorin—. Sí, lo sé. Yo quise ser compositor. Cuando tenía veinte años, en Viena, solía ir a visitar la casa donde vivió Mozart, solía ir a mirar la tumba de Beethoven en el cementerio. Visitaba a Mahler, a Richard Strauss, a cada compositor que llegaba a Viena. Me embebí del triunfo de los muertos y de los vivos. Habían escrito música y esa música era ejecutada. Ya por entonces, verá usted, yo sabía que no era

un verdadero compositor, y necesitaba de la realidad de ellos para que la vida significara algo. Ése no es su problema. Usted sólo necesita que le recuerden que la música existe, ¿eh? Que no todo el mundo hace rulemanes. —Gaye asintió—. ¿No hay otra persona —preguntó Otto abruptamente— que pueda encargarse de su madre?

—Mi hermana se casó con un checo, viven en Praga... Y mi madre está en cama.

—Sí. Y de todos modos quedaría su mujer enferma de los nervios, y los chicos, y las cuentas, y la planta de acero... Bien, Gaye, yo no sé. Usted sabe, hubo un Schubert. A menudo me intriga Schubert, no es sólo usted quien me hace pensar en él. ¿Por qué Dios creó a Franz Schubert? ¿Para expiar los pecados de otros hombres? Además, ¿por qué lo mató al hombre en el preciso momento en que él alcanzaba el nivel del último quinteto? Pero Schubert no se preguntaba por qué Dios lo había creado. Para escribir música, por supuesto.

Du holde Kunst, ich danke dir.

Increíble. Ese tipo pequeño, enfermizo, feo y excéntrico con anteojos, garabateando su música como cualquier otro excéntrico, sin jamás escuchar una ejecución... *Du balde Kumll* ¿Cómo podríamos traducirlo? ¿“Tú gracioso Arte, tú amable Arte”? ¡Como si cualquier arte fuera amable, gracioso, gentil! ¿Ha pensado usted en lanzar todo por la borda, Gaye? La música no. El resto.

Afrontó la mirada de los extraños ojos fríos y oscuros y rehusó avergonzarse y pedir disculpas. Gaye había dicho que él, Otto Egorin, vivía para la música. Era cierto. Podía ser un buen burgués; podía compadecer a un pobre diablo que lo único que pedía en este mundo de Dios era un poco de plata para ser un buen compositor; pero no estaba dispuesto a pedirle disculpas a la madre enferma y a la esposa enferma y a los tres mocosos del pobre diablo. Sí uno vive para la música, vive para la música.

—No estoy hecho de esa pasta.

—Entonces no está hecho para escribir música.

—Usted pensaba de otro modo mientras leía mi Sanctus.

—*Du liebec Herr Gott!* —estalló Otto. Era un gran patriota, pero su madre y su educación eran vieneses y en los momentos de auténtica emoción acudía al alemán—. ¡Muy bien! ¿Ha pensado usted, mi estimado jovencito, que asume cierta responsabilidad al escribir algo como ese Sanctus? ¿Que usted tiene que responderle? Esa música no tiene artritis, no sufre de los nervios, no se muere de hambre y no dice “Papá, papá, quiero eso y lo otro”, pero de todos modos ella depende sólo de usted. Otros hombres pueden alimentar mocosos y cuidar mujeres enfermas. ¡Pero ningún otro puede escribir su música!

—Sí, eso lo sé.

—Pero no está usted seguro de que cualquiera se encargue de alimentar a sus mocosos y cuidar a sus mujeres. Es probable que nadie lo haga. *Doch, doch...* es usted demasiado blando, demasiado blando, Gaye. —Otto recorría la sala de un lado a otro con sus piernas zambas, refunfuñando y haciendo muecas.

—¿Puedo mandarle la misa cuando la termine?

—Sí. Sí, por supuesto. Estaré encantado de verla. ¿Cuándo será? ¿Dentro de diez años? “Gaye, quién diablos es Gaye, dónde lo conocí... esto es bueno... un tipo joven, promete...”. Y tendrá usted cuarenta años, estará cansado, listo para ser una nueva víctima de la artritis y el desequilibrio nervioso. ¡Mándeme su misa, por cierto! Tiene usted un gran talento, Gaye, tiene usted mucho coraje, pero es demasiado blando, no debe intentar emprender una obra de gran envergadura como esta misa. No puede servir a dos amos. Escriba canciones, piezas cortas, algo en lo que pueda pensar mientras trabaja en esa maldita planta de acero y escríbala de noche, cuando el resto de la familia lo deje cinco minutos en paz. Escríbalas en cualquier parte, en cuentas sin pagar, en lo que sea, y envíemelas, no piense que tiene que gastar dos kroner y medio en una hoja de papel pentagramado, usted no puede costárselo... cuando estén impresas será tiempo de pensar en eso. Mándeme canciones, no de aquí a diez años, sino de aquí a un mes, y si son buenas como la de Goethe le daré una sección en el programa de mi mujer en Krasnoy, en diciembre. Escriba pequeñas

canciones, no misas imposibles. Hugo Wolf, usted sabe... Hugo Wolf sólo escribió canciones, ¿eh?

Pensaba que Gaye, abrumado por la gratitud, iba a romper nuevamente a llorar, y pese a sus aprensiones se sentía satisfecho consigo mismo, sabio y generoso: había hecho feliz al pobre hombre y también podría obtener algo de él. El acompañamiento de la canción de Goethe aún le zumbaba en la cabeza, despojado, seco, pesaroso, bello. Entonces Gaye empezó a hablar y de a poco Otto advirtió, pero sin sorprenderse de veras, que no había ninguna gratitud.

—La misa es lo que debo escribir, lo que tengo dentro de mí. Las canciones vienen, a veces en gran cantidad, pero nunca pude escribirlas por voluntad propia, tiene que ser un buen día. Pero la misa, y una sinfonía en la que he estado trabajando, tienen tamaño y peso, verá usted, y persisten durante semanas, y siempre puedo trabajar en ellas cuando dispongo de tiempo. Sé que la misa es ambiciosa. Pero sé todo lo que quiero expresar con ella. Será buena. Verá usted, he aprendido cómo tengo que hacer lo que debo hacer. Lo he comenzado y tengo que concluirlo.

Otto había dejado de pasearse de un lado a otro y ahora lo miraba con una expresión que combinaba la incredulidad con la impaciencia frente a una reiterada circunstancia.

—Bah —dijo—. ¿Para qué diablos viene a mí? ¿Y se larga a llorar? ¿Para decirme muchas gracias por la sugerencia pero seguiré intentando lo imposible? La arrogancia, la falta de sensatez... no, todo eso puedo soportarlo. ¡Pero la estupidez, la absoluta estupidez de los artistas, es algo que no aguanto más!

Dócil y abatido, ahí estaba Gaye con su traje andrajoso; todo en él era andrajos, miseria, exceso de trabajo y falta de alimentación, abatimiento y escasez; y Otto sabía que podía gritarle durante dos horas y prometerle relaciones, publicaciones, ejecuciones. Nunca lo escucharía. Gaye sólo diría, con su inaudible tartamudeo: “Tengo que escribir, la misa primero...”.

—¿Usted lee alemán, eh?

—Sí.

—De acuerdo. En cuanto termine la misa, escriba canciones. En alemán. O en francés si le gusta, la gente está habituada a eso. En Viena o

París no van a escuchar una sarta de canciones en un idioma como el nuestro, o en rumano o danés o lo que a usted se le antoje. Eso es una mera curiosidad, como el folklore. Queremos que su música sea escuchada, así que escriba para los grandes países, y recuerde que la mayor parte de los cantantes son idiotas.

—Es usted muy amable, señor Egorin —dijo Gaye, no sumisamente esta vez, sino con una curiosa dignidad formal. Sabía que Otto se rendía a su terca insensatez como lo haría ante un artista grande y famoso, tratándolo con humor y respeto cuando podía aplastarlo como a un escarabajo. Sabía, en realidad, que Otto estaba derrotado.

—Si usted se decide a dejar de lado los elefantes por un ratito nada más, por unas pocas noches, con el objeto de escribir algo que tenga posibilidades de publicarse, de ejecutarse, en fin... —decía Otto, aún irónico, exasperado y deferente, cuando se abrió la puerta y entró su esposa.

Traía al hijito de Gaye, y los seguía la mucama suiza. De inmediato la sala se pobló de hombres, mujeres, chicos, voces, perfumes y joyas.

—¡Otto, mira lo que encontré con Anne Elise! ¿Viste alguna vez un hechicero como éste? ¡Mírale los ojos, esos ojos grandes, oscuros y solemnes! “Se llama Vasli, le gusta el chocolate”. Un hechicero como éste, un hombrequito como éste. ¿Viste a un niño así alguna vez? Tanto gusto, encantada. ¿Es usted el...? Sí, claro que sí, si tiene los mismos ojos. Oh, Dios mío, qué agujero espantoso es esta ciudad, quiero irme en el primer tren después del concierto, Otto, aunque sea a las tres de la mañana. Siento que empiezo a tener el mismo aspecto de esos caserones desiertos que se ven cruzando el río, son todo ojos que te miran, te miran como calaveras. ¿Por qué no los echan abajo si nadie vive en ellos? Nunca más, nunca más, al infierno con las provincias y el estímulo al arte nacional, no puedo cantar en cada cementerio del país, Otto. Anne Elise, prepárame el baño, por favor. Estoy simplemente mugrienta. Debo estar gris como el alforfón. ¿Es usted el gerente de Sorg?

—Ya les hablé por teléfono —dijo Otto, sabiendo que Gaye sería incapaz de contestar—. El señor Gaye es compositor, hace misas.

No dijo “canciones”, pues eso habría llamado la atención de Egorina. Le pagaba a Gaye con la misma moneda, en cierto modo, dándole un

improvisada lección de sentido práctico. Egorina, que no tenía interés en las misas, siguió hablando. Solía verter un incesante flujo de palabras veinticuatro horas antes de cada concierto, y sólo se interrumpía cuando entraba al escenario para cantar, alta, magnífica y sonriente. Después de la actuación permanecía callada y pensativa. Era, decía Otto, el instrumento musical más hermoso del mundo. Se había casado con ella porque era el único modo de alejarla del escenario de la ópera ligera; obstinada, estúpida y sensible en proporción a su talento, Egorina temía el fracaso y quería triunfar de un modo seguro. De manera que Otto se había casado con ella y la había hecho seguir el camino difícil, haciéndola triunfar como cantante de *heder*. En octubre haría su primera actuación operística, con *Arabella* de Strauss. Probablemente eso significara que hablaría durante seis semanas consecutivas antes del estreno. Otto podía tolerarlo. Era muy hermosa y generalmente estaba de buen humor, y por lo demás no había por qué escucharla. A ella no le importaba que la escucharan o no mientras contara con una audiencia.

Egorina siguió hablando, el ruido del agua gorgoteó en el baño, sonó el teléfono, ella atendió. Gaye no había dicho una palabra. El chico estaba a su lado, grave como de costumbre; después de entrar con él, Egorina se había olvidado por completo de Vasli y ahora profería insultos como un sargento.

Gaye se levantó. Con alivio, Otto lo acompañó hasta la puerta, le dio dos entradas para el recital de Egorina, el día siguiente a la noche, y rechazó sus agradecimientos encogiéndose de hombros.

—¡No hemos vendido todas las entradas, sabe usted! Esta ciudad está muerta para la música.

Detrás, la voz de Egorina fluía con magnificencia, y su risa estallaba como el surtidor de una gran fuente.

—¡Jesús! ¿Y qué me importa lo que diga ese judío? —canturreó, y nuevamente su risa repicó suntuosa y dorada.

—Gaye —dijo Otto Egorin—, hay algo más, sabe usted. Tampoco estamos en un mundo propicio para la música. Este mundo de hoy, 1938. No es usted el único que se pregunta de qué vale todo esto, quién necesita la música, quién la quiere. Y en verdad quién, cuando en Europa pululan los ejércitos como en un cadáver los gusanos, cuando Rusia hace sinfonías para

glorificar la última fábrica con caldera en los Urales, cuando la función de la música ha sido resumida en Putzi tocando el piano para calmar los nervios del Líder. Cuando usted tenga concluida esa misa es posible que todas las iglesias hayan volado en pedazos, y que su coro masculino vista uniforme y también sea volado en pedazos. En caso contrario, mándemela, no dejará de interesarme. Pero no soy muy optimista. Estoy en el bando perdedor, con usted. Y también ella, mi Egorina, créalo ella o no. Ella nunca lo creerá... Pero la música es inútil, no sirve de nada, Gaye. Nada más. Escriba sus canciones, escriba su misa, son inofensivas. Yo seguiré arreglando conciertos, es algo inofensivo. Pero no ha de salvarnos...

Ladislav Gaye y su hijo dejaron el hotel y cruzaron el puente viejo sobre el Ras; vivían en la Ciudad Vieja, el sórdido y destartado barrio de la ribera norte del río. Si alguna riqueza y modernidad había en Foranoy, se encontraba al sur del río, en la Ciudad Nueva. Era un día cálido y brillante de fines de primavera; se detuvieron en el puente para mirar las arcadas reflejadas en el agua oscura; cada una formaba un círculo perfecto al unirse con el reflejo. Pasó una barca cargada con cestos atiborrados y el padre apoyó a Vasli sobre la baranda de piedra para que pudiera mirar; el chico escupió en uno de los cestos.

—Sinvergüenza —dijo Ladislav Gaye sin entusiasmo. Estaba feliz. No le importaba haber sollozado como un niño frente a Otto Egorin, el gran *impresario*. No le importaba si estaba cansado y este era uno de esos días malos para su mujer y él llegaba tarde. No le importaba nada, salvo la mano firme y pequeña del chico dentro de la suya, y el modo en que el viento que corría por el puente, entre ciudad y ciudad, barría con todos los ruidos y a uno lo envolvía en la cálida y silenciosa luz del sol, y el hecho de que Otto Egorin sabía quién era él: un músico. Por el momento, con el reconocimiento de este único hombre, se sentía fuerte y libre. Su fuerza y su libertad no iban más allá, pero era suficiente. Las trompetas del Sanctus vibraron en su cabeza.

—Papá, ¿por qué esa señora tenía cosas en las orejas y preguntó si me gustaba el chocolate? ¿A la gente no le gusta el chocolate?

—Son alhajas, Vasli. No sé.

La trompeta siguió cantando. Si él y el pequeño pudieran quedarse un poco más en el sol y el silencio, entre ciudad y ciudad, entre momento y momento... Siguieron caminando rumbo a la Ciudad Vieja, pasaron los muelles y las abandonadas casas de piedra, subieron por la colina y llegaron al patio del inquilinato. Vasli se soltó y desapareció en una multitud de chicos que gritaban, chillaban, se arremolinaban en el patio. Ladislav Gaye lo llamó, no insistió más, subió las oscuras escaleras y atravesó el oscuro hall del tercer piso y entró a la oscura cocina, la primera pieza del departamento de tres ambientes. Su mujer pelaba papas ante la mesa de la cocina. Vestía un delantal blanco y sucio, calzaba sucias pantuflas de felpilla sobre los pies desnudos.

—Son las seis, Ladis —dijo ella sin darse vuelta.

—Estuve en la Ciudad Nueva.

—¿Por qué llevaste al chico tan lejos? ¿Dónde está? ¿Dónde están Tonia y Givana? Los llamé y los llamé, estoy segura de que no están en el patio. ¿Por qué fuiste tan lejos con el chico?

—Fui a...

—La espalda me duele cada vez más, es el calor. ¿Por qué el verano aquí es tan caluroso?

—Déjame hacer eso.

—No, lo terminaré yo. Podrías limpiar las salidas de gas de la cocina, Ladis, te lo pedí cincuenta veces. Ahora ni puedo encenderla, está llena de mugre, y no puedo fregarla con la espalda así.

—Está bien. Deja que me cambie la camisa. —Escúchame un poco, Ladis... ¡Ladis! ¿Vasli está ahí abajo con la ropa buena? Baja y tráelo para acá enseguida, ¿no pensarás que vamos a limpiarle la ropa cada vez que se la pone? ¿Ladis? ¡Baja y tráelo! ¿Nunca piensas en esas cosas? Ya debe estar lleno de mugre, jugando con esos rufianes alrededor del pozo.

—Ya voy. ¡Dame tiempo, por favor!

En setiembre se levantó el viento otoñal del Este, soplando sobre las casonas desiertas y el río brillante y turbulento, soplando basura por las calles de la ciudad, soplando el polvo y metiéndolo en los ojos y las gargantas de la gente que volvía del trabajo. Ladislav Gaye pasó junto a un

orador callejero, a una pequeña que gritaba a voz en cuello mientras bajaba por la calle empinada, a un puesto de diarios donde los titulares rezaban “Mr. Neville Chamberlain en Munich”, a un automóvil con un desperfecto que había congregado a toda una multitud, a un grupo de muchachones que observaban una pelea, a una pareja de mujeres que conversaban entusiastas de una vereda a la otra, una de pie en el cordón y la otra asomando medio cuerpo por la ventana de un edificio, vestida con un delantal de satén azul y escarlata; vio y oyó todo, pero no vio ni oyó nada. Estaba muy cansado. Llegó a casa. Sus hijas jugaban en el patio, en el pozo de sombra de cuatro pisos de profundidad. Las vio inmersas en el enjambre de niñas que se alborotaban en un pasadizo, pero no se detuvo. Subió las oscuras escaleras, atravesó el hall, entró a la cocina. Su esposa había mejorado últimamente, con la llegada del frío, pero ahora estaba muy alterada y era propensa al llanto; al pequeño Vasli lo habían pescado mientras torturaba un gato con otros muchachos de más edad, le habían echado querosén y planeaban prenderle fuego.

—No es bueno, es una bestia. ¿Cómo es posible que un niño quiera hacer algo tan horrible?

Vasli estaba encerrado en el cuarto del medio, y chillaba de furia. Ladislav Gaye se sentó a la mesa de la cocina y hundió la *cabeza* entre las manos. Estaba harto. Su esposa siguió hablando del chico y de los muchachones del patio.

—Esa señora Rasse, asomando la cabeza aquí dentro sin siquiera llamar y diciéndome si sabía en qué andaba mi pequeño Vasli, como si sus hijos fueran un ejemplo, con esas caras sucias y esos ojos rosados de conejo. ¿Vas a hacer algo, Ladis, o te vas a quedar ahí sentado? ¿Crees que yo puedo manejarlo? ¿Es esa la clase de hijo que quieres?

—¿Qué puedo hacer? ¿Vamos a comer algo esta noche? Sabes que tengo una lección de piano a las ocho. Por Dios, déjame estar sentado un minuto, concédeme un poco de paz.

—¡Paz! ¡Quieres paz, total qué te importa si el chico se transforma en un bruto como todos los de aquí! Está bien, si es eso lo que quieres, a mí tampoco me importa.

Arrastró las pantuflas rosadas por la cocina, dispuesta a preparar la cena.

—Los niños son crueles —dijo Ladislav Gaye—. No entienden lo que significa. Después se dan cuenta. Ella se encogió de hombros. Vasli ahora sollozaba detrás de la puerta; sabía que su padre estaba en casa. Al rato Ladislav Gaye entró a ese cuarto y se sentó con el niño en la penumbra. En el tercer cuarto, donde la abuela yacía en cama, la radio tocaba músicaailable; Ladislav le había comprado un aparato de segunda mano; era su único entretenimiento y ahora nunca hablaba de nada salvo de lo que escuchaba en la radio. Vasli se aferró a su padre. Ya no lloraba, estaba extenuado.

—No debes hacer esas cosas con los otros chicos, Vasli —murmuró finalmente el padre—. El pobre animal es más débil que tú, no puede defenderse.

El niño guardó silencio. Toda la crueldad, toda la desolación, todas las tinieblas presentes y por venir se cernían sobre ellos en esa pieza oscura. En el cuarto contiguo los trombones tocaron un vals. El chico se aferró silenciosamente a su padre.

En medio de la ronca vibración de los trombones, espesa como un jarabe para la tos, Gaye oyó por un momento el estruendo claro y profundo de su Sanctus, como un trueno entre las estrellas, en el filo del universo, sólo un momento, como si el techo del edificio hubiese sido arrancado y él hubiese contemplado, sólo un momento, la perdurable y total oscuridad. Habló el locutor, un graznido bajo y excitado. Cuando Gaye volvió a la cocina le dijo a su mujer, por encima de los estridentes chillidos de las dos hijas:

—El primer ministro inglés está en Munich con Hitler.

Ella no contestó, sino que se limitó a servirle la comida, sopa y patatas. Aún estaba alterada y furibunda.

—¡Come y no hables, pedazo de sinvergüenza! —le vociferó a Vasli, quien se había olvidado de todo y ahora reñía con las hermanas.

Mientras Gaye descendía la colina y cruzaba el puente sobre el Ras al caer la noche, lo acució una melodía que había escrito. Era el último de los siete poemas que había adaptado en agosto, de un tirón; seguía

preguntándose si eran suficientes como para hacer una copia y enviárselos a Otto Egorin en Krasnoy. Pero el último verso del poema ahora lo perturbaba, ese que quería decir: “Eres Tú en tu misericordia quien derrumba sobre nuestras cabezas cuanto edificamos, para que podamos ver el cielo; así que no he de lamentarme”. Había tratado ese último verso con poca habilidad; lo haría así... Gaye cantó para sí mismo, cantó todo el verso escuchando el acompañamiento. Eso era, ahí estaba. Ojalá que su alumno llegara tarde, así podría tocarlo en el piano de la Schola antes de la lección. Pero fue él quien llegó tarde.

Cuando terminó la lección tenía la cabeza llena de ejercicios de Clementi y aunque ahora había fijado la melodía no tenía claro el acompañamiento. Mientras la escuchaba en el puente había sonado más firme y pura. Volvió sobre el verso, sobre toda la canción, una y otra vez, pero el portero estaba limpiando y quería cerrar el edificio. Se fue a casa. Ahora soplaban un viento fuerte y helado. El cielo estaba despejado, el río negro como petróleo bajo las arcadas del puente. Se demoró un rato sobre el puente, pero no pudo escuchar la música que antes había escuchado.

Una vez en casa, se sentó a la mesa de la cocina con el manuscrito de la canción, pero frente a esa versión menos lograda y sin disponer de un piano, perdía incluso la noción del tono que quería infundirle al acompañamiento; todo estaba fuera de su alcance. Sabía que estaba demasiado fatigado para trabajar pero no obstante emprendió coléricos y obstinados esfuerzos por escuchar y transcribir. Permaneció media hora inmóvil, sin alzar la mano una sola vez. En la otra punta de la mesa su mujer remendaba el vestido de Tonia y escuchaba un programa en la radio de la abuela. Ladislav Gaye se tapó los oídos. Ella comentó algo sobre la música, pero él no la escuchó. La imposibilidad total de escribir era un peso asfixiante, la sentía como un enorme pedazo de roca en el pecho.

Nada cambiaría jamás, pensó, y en ese momento sintió que algo se aflojaba en su interior, una liviandad, una abertura y una certidumbre, una certidumbre absoluta. Pensó que era su propia canción; luego, irguiendo la cabeza, comprendió que en realidad estaba oyendo esa melodía. No tenía que escribirla. Había sido escrita hacía mucho tiempo, era innecesario que alguien volviera a sufrir por ella. Lehmann estaba cantándola.

Permaneció largo tiempo sentado. La música no ha de salvarnos, había dicho Otto Egorin. No a usted, ni a mí, ni a ella, la hermosa mujer de voz dorada que no tenía hijos ni quería tenerlos; ni a Lehmann que cantaba la canción; ni a Schubert que la había escrito y había muerto hacía un siglo. ¿De qué sirve la música? De nada, pensó Gaye, y eso es lo que cuenta. Al mundo, a sus estados y ejércitos y fábricas y líderes, la música les dice: “No tenéis importancia”; y, arrogante y gentil como un dios, al hombre que sufre sólo le dice: “Escucha”. Pues lo que cuenta no es la salvación. La música no salva nada. Piadosa e implacable, niega y derrumba todos los refugios, todas las casas edificadas por los hombres, para que puedan ver el cielo.

Gaye apartó las hojas pentagramadas pobladas de garabatos, el pequeño volumen de poesía, la pluma y la tinta. Se estiró y bostezó. Dijo “Buenas noches” con su voz apagada y se fue a acostar.

1938

LA CASA

El sol de un octubre cualquiera alfombraba de amarillo su camino, y cientos de tardes secas y doradas crujían bajo sus pasos. Sólo la vasta edad impedía a los sicómoros ser impertinentes. Durante cuerdas fue perseguida por la familiaridad de las sombras, los ladrillos y los balcones. Las fuentes le hablaban como si jamás se hubiese alejado. Se había marchado hacía ocho años, y esta ciudad estúpida jamás había percibido su ausencia; el sol y el rumor de las múltiples aguas la circundaba como las paredes de su propia casa, su hogar. Confusa y ofendida, pasó frente a la casa de la calle Reyn 18 sin siquiera mirar la puerta o el muro del jardín, aunque de algún modo, no con los ojos, vio que la puerta y el portón estaban cerrados con llave. Después de eso, la ciudad le permitió recobrarse a sí misma. A las dos cuerdas ya era una extraña. Las fuentes dejaron de hablarle. Ahora la confusión que sentía era de otro orden, pues no reconocía ninguna de estas encrucijadas, ni los pórticos o ventanas de tiendas y casas. Tuvo que afrontar la ignominia de mirar los nombres de las calles y los números de las casas para guiarse, y cuando encontró el sitio que buscaba, un inquilinato con varias entradas, tuvo que meterse adentro y preguntar por las hendiduras de las puertas abiertas. Camas deshechas, riñas familiares y batas de dormir abotonadas a medias la enviaron a una pieza del cuarto piso, donde sólo respondió a su llamado una tarjeta escrita en lápiz y clavada en la puerta, que decía F. L. PANIN. Entró. Una bohardilla atestada con los desmesurados sofás y las mesas de una casa desmantelada; la pieza de un extraño, soleada, anticuada, indefensa.

Frente a ella había un pasillo con cortinas.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó.

Alguien sólo a medias despierto le contestó desde atrás de las cortinas:

—Espere un momento.

Esperó.

Él cruzó el cuarto. Era igual a sí mismo, tan igual a sí mismo como las piedras y el sol de la ciudad después de estos ocho años: la realidad de los sórdidos sueños que ella había soñado, donde los dos se demoraban en las posadas de caminos que ascendían por grises montañas y ambos atravesaban fríos corredores sin poder encontrar la pieza del otro: el original de todos los facsímiles que en las tardes invernales de Krasnoy cruzaban la calle reproduciendo su forma de caminar o se daban vuelta reproduciendo su forma de girar la cabeza.

—Lo siento, estaba dormido.

—Soy Mariya.

Él permaneció inmóvil, y el saco le colgaba como de un perchero. Al ver eso, ella notó que el cabello se le había vuelto opacamente gris... notó que se le había vuelto gris. Estaba flaco, agrisado, distinto. Si se hubieran cruzado en la calle, no lo habría reconocido. Se estrecharon la mano.

—Siéntate, Mariya —dijo él, y los dos se sentaron en sillas amplias y maltrechas. Sobre el piso desnudo caía una franja del puro e inimitable sol otoñal de Aisnar—. Tengo la alcoba, pero los Panin me permiten usar esta pieza cuando no están. Hacen el turno diurno en el GPR.

—Ahí es donde trabajas tú también... ¿turno de noche? Iba a dejarte una nota.

—A esta hora normalmente voy camino al trabajo. Estuve unos días con licencia. Gripe.

Debía haber supuesto que él no iba a formularle preguntas. Le disgustaba responderlas, y rara vez las formulaba. Se lo impedía su respeto a sí mismo, un respeto tan íntegro que incluía al resto de los hombres y las mujeres, aceptándolos como responsables y eximiéndolos de todo interrogatorio. ¿Cómo había logrado sobrevivir en este mundo de públicas confesiones?

—Tengo doce semanas de vacaciones —dijo ella—. Trabajo en Krasnoy. Soy maestra de escuela primaria.

La confundía ver esa sonrisa estampada en la cara de un hombre a quien desconocía.

—Me divorcié de Givan.

Él miró la franja de sol en el piso. Ella respondió a otra de las preguntas que él no había formulado.

—Hace cuatro años.

Luego, para refugiarse en algo, extrajo los cigarrillos. Pero antes de elevar la cortina de humo, reunió el coraje para convidarlo a él, estirando la mano a través del reflejo de sol.

—¿Fumas?

—Sí, gracias. —Miró el cigarrillo, lo olfateó y se inclinó con felicidad hacia la llama del fósforo. Inhaló el humo y de pronto se sacudió con una tos seca y convulsiva, una serie de explosiones como de artillería pesada, un estrépito que Mariya jamás había observado en él. Entretanto sostuvo el cigarrillo, y cuando recobró el aliento volvió a aspirar pero no tragó el humo.

—No deberías fumar —dijo ella consternada.

—Últimamente había dejado de hacerlo —dijo él. La transpiración le perlaba la frente y el pelo que, según ella ahora pudo comprobar, era sólo parcialmente gris. Pronto apagó el cigarrillo con sumo cuidado y guardó la colilla en el bolsillo de la camisa. Lo hizo con gracia y elegancia, pero luego pidió disculpas con la mirada. Ella no había estado con él en los años en que había aprendido a guardar colillas, de manera que esto podía turbarla un poco; y ella se esforzó por permanecer impávida, pues sabía que a él le disgustaba turbar a los demás.

Esa pieza ajena donde se apiñaban los muebles de otra casa los rodeaba en silencio.

—Mariya, ¿para qué has venido? —La pregunta, que podía haber sido la de cualquier otro hombre, no era suya, y tampoco la voz; sólo los ojos, claros, francos y obstinados.

—Para verte. Es decir, para hablar contigo, Pier. Me sentí forzada a hacerlo. Me siento sola, Es decir, más que eso, estoy sola. Librada a mí misma. Fuera de todo. No hay nadie en Krasnoy a quien pueda decirle algo, no me necesitan. Cuando estábamos casados solía pensar, sabes, que de

hallarme sola, librada a mí misma, iba a conocer una cantidad de gente interesante, de amigos, para estar del lado de adentro, ¿te das cuenta de lo que quiero decir? Pero era un error. Tú entonces tenías amigos y supongo que ahora también. Tienes algo donde afirmarte cuando conoces a la gente. Yo no. Nunca me hice de amigos. Nunca he llegado a otra persona, salvo a ti. Supongo que en realidad no quería llegar a nadie. Pero ahora sí. —Se interrumpió, y con el mismo horror con que había escuchado la tos de Pier, escuchó sus propios sollozos—. No aguanto más. Todo se derrumba. Tengo los nervios destrozados. —Prosiguió tan rápido como pudo—. ¿La gente de aquí compra sal? En Krasnoy no se consigue más sal, la gente la compra y la ahorra, dicen que si te envuelves en una sábana empapada en agua de sal te cura las llagas radiactivas. ¿Es cierto? No sé. ¿Aquí también están asustados? Pero no son sólo las bombas, hay otras cosas que se comentan, la guerra bacteriológica, y que cada vez hay más gente y que pronto seremos como ratas metidas en una caja. Y en realidad nadie parece esperar nada bueno ya. Y después te pones viejo, y piensas en la muerte, y en una época como ésta todo parece tan mezquino y falto de sentido. Tanto la vida como la muerte. Es como estar sola en una noche de viento, sopla y te traspasa. Trato de sostenerme y de tener alguna dignidad, sabes, pero ya no puedo creer en ella, me siento como una hormiga dentro de su hormiguero. ¡No puedo hacerlo sola!

Para salvaguardar el pudor de ella, o tal vez el suyo, Pier se había acercado a la ventana y, todavía de espaldas, dijo con voz serena:

—Nadie puede. Pero tampoco puedes volverte atrás, querida. Nadie puede hacer eso tampoco.

—No estoy tratando de volver atrás. De veras que no. Sólo estoy tratando de encontrarme contigo, ahora, aquí, ¿lo ves? Porque eres la única persona con quien tuve un encuentro. Todos los demás siguen otros caminos, viven en otras casas. ¿Nunca pensaste que tenía que volver contigo?

—Jamás lo pensé.

—¡Pero yo nunca te dejé, Pier! Sólo escapé porque sabía que te pertenecía, y pensé que el único modo de ser yo misma era librándome de

ti. Y fui yo misma, me cansé de ser yo misma. Todo lo que hice fue correr como una perra estúpida hasta que llegué al extremo del lazo.

—Bien, los lazos tienen dos extremos —dijo él, inclinándose hacia adelante como si a través del vidrio quisiera ver un techo, una nube, una cumbre remota y grisácea—. Yo te solté.

Ella trató de alisarse el pelo, que caía en desaliñados mechones rojizos de las cintas anudadas. Aún le temblaba la voz, pero dijo con dignidad:

—Yo no estaba hablando del amor, Pier.

—Entonces no entiendo.

—Hablabas de la lealtad. Asumir a alguien como parte de tu propia vida. Lo haces o no lo haces. Nosotros lo hicimos y yo fui desleal. Tú me soltaste, como dices, pero eres incapaz de una deslealtad.

Él regresó a la silla y volvió a sentarse. Ahora ella había adquirido el coraje de mirarlo a la cara y estaba segura de que en verdad esa cara no había cambiado; había sido erosionada y hostigada por la enfermedad o los tiempos difíciles: no se trataba de un cambio, sino de una pérdida.

—Mira, querida... —esa palabra resultaba muy reconfortante para Mariya, aunque sabía que no era sino otra expresión típica de ese temperamento cordial—, mira, querida, no importa cómo lo digas, estás tratando de volver conmigo. No queda nada a lo cual volver. En ningún sentido.

Y la miró con esa expresión amable, como si deseara poder dulcificar los hechos.

—¿Qué pasó? ¿Quieres decírmelo? Si no quieres, no lo hagas ahora. Otra vez. Hablé con Moshe, pero no quería hacerle preguntas acerca de ti. Vine aquí pensando que todavía vivías en la casa de la calle Reyn y todo lo demás.

—Bien, durante el gobierno de Pentor publicamos algunos trabajos que pusieron a la Casa en aprietos cuando el R. E. P. volvió al poder. Bernoy, no sé si te acuerdas de él, Bernoy y yo fuimos juzgados ese otoño. Estuvimos presos en el Norte. Me dejaron libre hace dos años. Pero naturalmente no puedo trabajar para el Estado en un puesto de responsabilidad, y eso me impide trabajar para la Casa.

Aún la llamaba “la Casa”. Se trataba de la empresa editorial Korre Hijos, que su familia había poseído y dirigido desde 1813 a 1946. Al nacionalizarse la firma, lo habían conservado como gerente. Ése era el puesto que ocupaba cuando se conocieron, cuando se casaron, y cuando ella lo abandonó, y Mariya nunca había pensado en la posibilidad de que lo perdiera.

Él extrajo la colilla del bolsillo de la camisa, tomó una caja de fósforos de una mesa, luego titubeó.

—Bien, en resumen, ahora no estoy donde estaba cuando estábamos casados. No estoy en ningún lado en particular, como ves. Nos encontramos muy lejos de todo eso. La lealtad realmente no tiene mayor importancia, a esta altura.

Encendió el cigarrillo y aspiró una bocanada de humo con extremada cautela.

La lámpara de la mesa tenía una pantalla púrpura con borlas redondas, un vestigio de otro mundo. Mariya jugueteaba con ellas, tirando de las polvorientas borlas púrpuras como si las contara. Tenía la cara anudada en una contracción.

—Bien, ¿pero cuándo cuenta la lealtad sino en los momentos difíciles? ¡Da la impresión de que te hubieses dado por vencido, Pier!

Pier asintió mediante el silencio.

—Yo no tuve complicaciones ni estuve presa, y tengo un trabajo, una vivienda propia. Estoy en una situación mucho más cómoda. Pero mírame. Parezco un perro perdido. Al menos tú puedes respetarte a ti mismo, por mucho que te hayan arrebatado, pero lo que yo he perdido es eso... el respeto a mí misma.

—Tú —dijo él, súbitamente blanco de furia—, ¡fuiste tú quien me privó del respeto a mí mismo, hace ocho años!

Esto no era cierto, pero ella no podía culparlo por creerlo así.

—De acuerdo —insistió—, entonces los dos estamos privados de él, no hay nada que sea un obstáculo para nuestro encuentro.

Esta vez, el silencio de Pier equivalió a una negación.

Mariya contó nueve borlas de algodón, luego otras nueve.

—Lo que intento decir, quiero ser clara, Pier, es que trato de ver si podemos volver a estar juntos; si puedo venir a ti. No volver a ti, sólo venir a ti. Podría ayudarte en algo, en estas circunstancias. Venía dispuesta a implorarte, pero no sabía... Puedo conseguir que me trasladen a una escuela de aquí. Al menos podríamos encontrar un par de cuartos, y cuando estás enfermo es útil contar con alguien que se encargue de todo. Sería mejor para los dos. —Las lágrimas empezaron a contraerle nuevamente el rostro. No podía contenerlas, y se levantó para irse. Su manga se atascó en la pantalla púrpura y arrastró la lámpara, que cayó con estrépito—. ¡Oh, lamento haber venido! ¡Lo siento! —gritó, recogiendo la lámpara y forcejeando para volver la pantalla a su lugar.

—Se rompió la bombita —intervino Pier—. ¿Ves? La pantalla se ajusta con la bombita. No llores, Mariya. Tendremos que conseguir una bombita nueva. Por favor, querida. Está bien.

—Voy a buscar la bombita. Después me voy.

—No te pedí que te fueras. —Pier se apartó de ella—. Tampoco te pedí que vinieras. No sé qué decir. Te vas con ese bastardo de Givan Pelle, te divorcias de mí, y luego vuelves para decirme que lo único que cuenta es la lealtad. ¿De veras? ¿Y la mía contó? En ese momento me dijiste que la fidelidad es un pretexto burgués inventado por la gente casada a quien le falta el coraje de vivir con libertad.

—¡Yo no lo dije, lo repetí! ¿No te diste cuenta de que lo aprendí de Givan?

—No me importa dónde lo aprendiste. ¡Lo dijiste, y a mí! —Le faltaba el aliento. Miró la pantalla inclinada sobre el soporte, y dijo al cabo de un minuto—: Está bien. Aguarda.

Tomó asiento, y los dos guardaron silencio. Un rayo dorado se elevó imperceptiblemente en el aire del cuarto, a medida que el sol descendía hacia las plácidas tierras de labranza al oeste de Aisnar. Ella le veía la cara a través de un polvillo de oro. Había sido un hombre apuesto cuando se casaron, catorce años atrás. Un hombre apuesto y feliz, orgulloso y amable, muy eficaz en su trabajo, circundado por un aura de esplendor e integridad.

Eso había desaparecido. En el mundo ya no quedaba lugar para la gente íntegra, ocupaban demasiado espacio. Lo que ella le había hecho sólo era

parte de una conspiración destinada a reducir el tamaño de ese hombre y de los hombres como él, a cortar, igualar y separar para que nada grande, nada firme, nada importante quedara en la textura de la vida. Un espejo con marco dorado colgaba sobre la cómoda, y ella se acercó para arreglarse las cintas del pelo. Reflejaba la atmósfera parda de un cuarto desaparecido hacía mucho tiempo, las paredes desgarradas: pero en el espejo las persianas seguían cerradas. La cara de Mariya era sólo una mancha borrosa entre las plateadas placas de sombra. Miró detrás de la cortina y vio una cocina de querosén, un catre, un par de cajas de embalaje que hacían las veces de despensa y escritorio. Miró el camastro y pensó en la cama de roble de la calle Reyn, las blancas, sábanas abiertas y la colcha blanca echada hacia atrás, cuando en las calurosas mañanas de verano el sonido de las fuentes los despertaba penetrando a través de los ventanales abiertos al fulgor de la luna y que ahora irradiaban la luz del sol meciendo un poco las cortinas; veranos matrimoniales.

—Uuf —suspiró Mariya, a tal punto apretada entre el pasado y el presente que se le dificultaba la respiración—. Debería haber algún sitio adonde ir, alguna orientación en la vida, ¿no? ¿no...? Pier, ¿qué le pasó a Bernoy?

—El tifus. En la cárcel.

—Lo recuerdo con esa muchacha, la que tiraba las perlas dentro del vino, pero eran perlas de imitación.

—Nina Farbey.

—¿Llegaron a casarse?

—No, se casó con la hija mayor de los Akoste. Ella ahora vive en la zona este, la veo de vez en cuando. Tuvieron dos hijos. —Se levantó, restregándose la cara, y fue a buscar una corbata y un peine en la caja que había junto a la cama. Se arregló un poco, escudriñando ese espejo que rehusaba mirarlo.

—Escucha, Pier, quiero decirte algo. Poco después que nos casamos, Givan me dijo que una de las razones por las que quería casarse conmigo era que sabía que no podíamos tener hijos. No sé, dijo muchas cosas como ésa, no parecían significar mucho. Pero me hicieron pensar, me hicieron ver que tal vez realmente te dejé por eso. Cuando descubrí que no podía tener

hijos, después de ese embarazo fallido, tú sabes, no parecía tan importante. Pero cada vez me sentía más ligera, como si no hubiese nada dentro de mí, como si no tuviera peso y nada de lo que hiciera tuviese importancia. Pero tú eras real, lo que hacías seguía teniendo importancia. Era yo la que no importaba en absoluto.

—Ojalá me lo hubieses dicho.

—Entonces no lo sabía.

—Ven, salgamos de una vez.

—Iré yo; hace frío. ¿Hay una tienda cerca?

—Quiero salir.

Bajaron por las crujientes escaleras. Apenas salieron, él dio un resuello, como un nadador al zambullirse en un lago de montaña, y disparó una breve andanada de tos, pero luego siguió sin inconvenientes. Caminaban rápido, porque hacía frío y porque la luz fría y dorada y los bloques de sombra azul los estimulaban. “¿Cómo está tal y tal?”, preguntaba ella, refiriéndose a los amigos comunes, y él le respondía. Él no había salido de la red de amistades, conocidos, alianzas de sangre, matrimonios, trabajos o temperamentos entretejida durante más de ciento treinta años por la familia y por la Casa, asegurada por su posición social en una ciudad de provincias y aumentada por su propia sociabilidad. Mariya había pensado que ella había nacido para cultivar unas pocas y apasionadas amistades, que no podían encontrar un lugar en las corteses y alegres cenas y reuniones frente al hogar, frecuentes en la vida de Pier. Ahora barruntaba que no se trataba de eso, sino de mera envidia. Había sentido rencor hacia los amigos de Pier, había envidiado los obsequios que él les ofrecía: cortesía, amabilidad, afecto. Había envidiado la capacidad y el placer que él demostraba en el acto de vivir.

Entraron a una ferretería y él pidió una bombita de cuarenta vatios. Mientras el hombre la buscaba y llenaba los formularios gubernamentales para efectuar la venta, Mariya preparó el dinero. Pier ya había puesto el dinero sobre el mostrador.

—Fui yo quien la rompió —dijo ella tímidamente.

—Tú vienes de visita. La lámpara es mía.

—No, no es tuya. Es de los Panin.

—Sírvase —le dijo grácilmente al hombre, que aceptó el dinero de Pier. Alentado por esta victoria, preguntó en cuanto salieron de la tienda—: ¿Viniste por la calle Reyn?

—Sí.

Él sonrió con un rostro vivido donde el sol resplandecía de lleno.

—¿Miraste la casa?

—No.

—¡Lo sabía! —La luz rojiza le encendía las mejillas como un fósforo—. Ven, vamos a mirarla. No ha cambiado en absoluto. ¿Te gustaría...? De lo contrario, haz el favor de decírmelo. Yo no pude seguir de largo la primera vez que volví a pasar. —Ahora desandaban el camino que ella antes había recorrido a solas—. Claro que esa es mi grieta —prosiguió muy animadamente—, mi carencia. La tuya es el aislamiento. La mía es la propiedad. El amor a la casa. El amor a una casa. En realidad la gente no tiene para mí la importancia que tiene para ti, sabes. Pero al cabo de un tiempo entendí dónde estaba la clave, el secreto, al igual que tú; es lo mismo, la lealtad. Es decir, la propiedad y la lealtad no dependen verdaderamente del otro. Pierdes la casa, pero conservas tu lealtad. Ahora me gusta pasar frente a la casa. Por un tiempo instalaron en ella una oficina del Gobierno, imprimían formularios o algo así. No sé muy bien para qué la usan ahora.

Pronto caminaban sobre las hojas secas de los sicómoros, entre los muros de los jardines y las serenas y adornadas fachadas de las casas viejas. El viento del atardecer otoñal despedía un aroma dulzón. Se detuvieron para contemplar la casa del número 18 de la calle Reyn: una fachada de estuco dorado; un balcón de hierro sobre la puerta que se abría directamente a la calle; una alta y hermosa ventana a cada lado de la puerta, y tres ventanas en la parte superior. Un manzano silvestre se recostaba contra el muro del jardín. En primavera las ventanas de los dormitorios del Este se abrían al espumoso susurro de sus flores. En el parque que había delante de la casa una fuente jugueteaba sobre una cuenca de escasa profundidad, y cerca del portón oyeron cómo la pequeña náyade de la fuente del jardín gorgoteaba su respuesta. Cuando abrían las ventanas en verano el rumor del agua colmaba la casa. La puerta, el portón, las persianas cerradas trajeron a la memoria de

Mariya las ventanas abiertas inundadas por el fulgor de la luna, por el resplandor del sol, por las hojas, el rumor del agua y las voces.

—La propiedad es un robo —dijo vagamente Pier Korre, mirando su casa.

—Parece deshabitada. Todas las persianas están cerradas.

—Sí, está deshabitada. Bueno, vamos.

Después de caminar una o dos cuadras, ella dijo:

—Nada conduce a ninguna parte. Venimos y nos quedamos en la calle como turistas. Tu familia la construyó, tú naciste en ella, vivimos allí. Años y años. No sólo nuestros años, sino todos los años. Todo se derrumbó. Todo se hizo añicos.

Mientras caminaban, a veces separados por un hombre que corría apresuradamente o por una anciana que empujaba una carga de leña, mientras las estrechas calles de Aisnar se colmaban de gente que volvía del trabajo, ella seguía hablándole.

—No es sólo el aislamiento, la soledad, lo que ya no puedo aguantar más. Es que nada se conserva unido, todo se rompe, todo se disuelve... la gente, los años, los acontecimientos. Todo se hace añicos, se quiebra en fragmentos dispersos. Nada tiene ya ningún peso. Empiezas a partir de nada, de manera que el camino que tomes no tiene importancia. Pero *debería* tenerla.

Mientras dejaba pasar un carro de cebollas, él dijo: “Debería”, o tal vez: “No la tiene”.

—La tiene. Debe tenerla. Por eso estoy de vuelta. Nosotros teníamos un camino que recorrer, ¿no es cierto? Eso es lo que significa el matrimonio, significa una travesía a realizar en conjunto, noche y día. Yo tuve miedo de seguir adelante, pensé que me había perdido, tú sabes, me aferraba a mi precioso yo. Así que me fugué. Pero no podía hacerlo, no había adonde ir. Sólo hay un camino. A los veintiún años me casé contigo, y ahora, catorce años y dos divorcios después, sigo siendo tu esposa. Siempre lo fui. Todo lo que hice desde los veinte años lo hice por ti, o para ti, o contigo, o contra ti. Nadie más contaba, salvo para ser comparado, relacionado u opuesto a ti. Eres la casa donde tuve mi hogar. Al margen de que las puertas estén abiertas o cerradas.

Él caminaba junto a ella en silencio.

—¿Puedo quedarme aquí, Pier?

La voz de Pier apenas logró destacarse del tumulto de voces y ruidos de la calle.

—No hay puertas. La casa desapareció.

Tenía una cara fatigada y colérica; no la miraba. Llegaron al inquilinato y subieron las escaleras y entraron al departamento de los Panin.

—Podríamos encontrar algo mejor que esto —dijo ella tímidamente—. Algo más íntimo...

El cuarto estaba en penumbras. La ventana era un rectángulo de cielo nocturno y vacío, incoloro. Él se sentó en el sofá. Ella colocó la nueva bombita en la lámpara, puso la pantalla con borlas, la ajustó y volvió a aflojarla. Pier estaba torpemente tendido, despojado de toda gracia y de la sustancia que hace que un hombre pese sobre la tierra. Su cuerpo parecía una sombra entre sombras. Ella se sentó en el piso, junto a él. Al cabo de un rato le tomó la mano. Permanecieron en silencio; y el silencio tenía peso y presencia, tenía un extenso pasado y un futuro, era como un largo camino que se recorre al anochecer.

Retumbaron pasos en el cuarto, alguien entró y encendió la luz, hablando y mirando fijamente: una pareja fea y de aspecto ingenuo de menos de treinta años, él muy flaco, ella embarazada. Mariya se incorporó y se alisó las cintas del pelo.

—Los Panin, Mariya —dijo Pier, levantándose—. Martin, Ana, esta es Mariya Korre. Mi esposa.

1965

LA DAMA DE MOGE

Se vieron una vez cuando los dos tenían diecinueve años, y otra cuando tenían veintitrés. Si a partir de entonces tuvieron un solo encuentro, y después de transcurridos muchos años, fue por culpa de Andre. No era el tipo de culpa que uno habría imaginado adjudicarle al verlo a los diecinueve años, un joven cernido sobre su destino como un halcón. Uno le veía los ojos, esos ojos de halcón, claros, fijos, penetrantes. Sólo cuando el sueño los cerraba uno le miraba el rostro, hermoso y pasivo, el rostro de un héroe. Pues los héroes no hacen la historia —esa es tarea del historiador— sino que se dejan arrastrar pasivamente, se dejan llevar a la cresta del oleaje del cambio, del azar, de la guerra.

Ella era Isabella Oriana Mogeskar, hija de los condes de Helle y los príncipes de Moge. Era una princesa y vivía en un castillo emplazado sobre una colina que daba al río Molsen. El joven Andre Kalinskar venía para solicitar su mano en matrimonio. El carruaje de la familia Kalinskar rodó media hora a través de los dominios de Moge, recorrió una ciudad amurallada y ascendió una abrupta colina fortificada, pasó bajo un pórtico de dos metros de espesor y se detuvo frente al castillo. Una minuciosa tracería de viñas rojas confería esplendor a la muralla, pues estaban en otoño; los castaños del patio eran de un oro inmaculado. Sobre los árboles dorados, sobre las torres, se extendía el frágil, diáfano, ventoso cielo de fines de octubre. Andre todo lo miraba con interés y sin parpadear.

En el salón sin ventanas de la planta baja del castillo, entre arneses y mosquetes e implementos de montería, de equitación y de guerra, se abrazaron los dos antiguos compañeros de armas, el padre de Andre y el

príncipe Mogeskar. Arriba, donde los ventanales miraban al río y los aposentos estaban investidos de las comodidades de la paz, los saludó la princesa Isabella. De pelo rubio rojizo, con una cara larga, calma y elegante y ojos de color gris azulado —el otoño encarnado en una muchacha—, era alta, más alta que Andre. Cuando se incorporó, tras saludarla con una reverencia, él se irguió más que de costumbre, pero aún así había una diferencia de por lo menos una pulgada.

Esa noche había dieciocho personas a la mesa: los huéspedes, los vasallos y los Mogeskar: Isabella, el padre y los dos hermanos. George, un alegre joven de quince años, hablaba de cacerías con Andre; el hermano mayor y heredero, Brant, lo miró un par de veces, lo escuchó una vez, y luego volvió satisfecho la rubia cabeza: su hermana no se sometería a este hijo de los Kalinskar. Andre sonrió y, para no mirarlo a Brant, la miró a su madre, quien hablaba con la princesa Isabella. Notó que ambas lo observaban como si hubiesen estado hablando de él. En los ojos de su madre advirtió, como de costumbre, orgullo e ironía, en los de la muchacha... ¿qué? No desdén; tampoco aprobación. Se limitaba a mirar, a mirarlo con atención. Era estimulante. Por primera vez Andre sintió que la estima podía ser un acicate tan poderoso como el deseo.

A la tarde siguiente dejó a su padre y al anfitrión librando viejas batallas y subió a la azotea del castillo y se paró cerca de la torre redonda para contemplar el Molsen y las colinas bajo la luz dorada, ventosa y agonizante. Ella se acercó por los pasajes de piedra castigados por el viento. Le habló sin saludarlo, como si fuera un amigo.

—Quería hablar contigo.

La belleza de la muchacha, al igual que esa atmósfera dorada, le alegró el corazón.

—¡Y yo contigo, princesa!

—Creo que eres un hombre generoso —dijo ella.

En su voz ligera había un tono grato y apagado, casi gutural. Él se inclinó un poco y diversos cumplidos cruzaron por su mente, pero algo lo urgió a decir tan sólo:

—¿Por qué?

—Eso está a la vista —replicó ella, impaciente—. ¿Puedo hablarte como un hombre le hablaría a otro?

—¿Como un hombre...?

—Dom Andre, cuando ayer te vi por primera vez, pensé: “Por fin he conocido un amigo”. ¿Estaba en lo cierto?

¿Venía a suplicar o a desafiarlo? Andre estaba conmovido.

—Estabas en lo cierto —respondió.

—¿Entonces puedo pedirte, amigo mío, que no intentes desposarme? No me interesa el matrimonio.

Hubo un prolongado silencio.

—Haré como digas, princesa.

—¡Y sin discusiones! —exclamó la muchacha, con alivio y entusiasmo a la vez—. ¡Oh, yo sabía que eras un amigo! Por favor, Dom Andre, no te sientas triste ni burlado. A los otros los rechacé sin pensarlo siquiera. Contigo, tuve que pensarlo. Verás, si rehusó casarme, mi padre me enviará a un convento. De manera que no puedo rechazar el matrimonio, sólo puedo rechazar a los sucesivos pretendientes. ¿Comprendes? —La comprendía; aunque si ella le hubiese dado tiempo, él habría pensado que a la larga tendría que decidirse o bien por el matrimonio o bien por el convento, después de todo era una mujer. Pero ella no le dio tiempo—. De manera que siguen llegando pretendientes, y ocurre como con la princesa Ranya del cuento, tú sabes, con sus tres preguntas y las cabezas de los jóvenes expuestas en picas alrededor del palacio. Es tan cruel y fatigoso...

Suspiró, y reclinándose en el parapeto junto a Andre contempló ese mundo dorado, con una inexplicable sonrisa de camaradería.

—Podrías al menos formularme las tres preguntas —dijo él con cierta ansiedad.

—No me interesa preguntar nada, ni pedir nada.

—No te interesa pedir nada de lo que yo pueda darte, con toda seguridad.

—¡Ah, pero si tú ya me has dado lo que yo te pedí... no pedirme a mí!

Andre asintió. No iba a preguntarle las razones; se lo impedían tanto su orgullo contrariado cuanto cierto aire de vulnerabilidad de la princesa. Fue ella, con su dulce perversidad, quien se las explicó.

—Lo que quiero, Dom Andre, es estar a solas. Vivir mi vida, mi propia vida. Al menos hasta que encuentre... A la única a quien tengo que formularle preguntas es a mí misma. Vivir mi propia vida, encontrar mi propio camino... ¿soy demasiado frágil para hacer eso? Nací en este castillo, los de mi familia han sido amos de este lugar desde hace mucho tiempo, uno se acostumbra a ello. Mira las murallas, y podrás ver por qué Moge fue atacado muchas veces y nunca lo tomaron. ¡Ah, la vida de uno podría ser tan espléndida, Dios sabe lo que podría ocurrir! ¿No es verdad, Dom Andre? No debemos escoger muy pronto. Sé lo que haré y lo que seré si me caso, sé qué sucederá. Y no quiero saberlo. No quiero nada, salvo mi libertad.

—Yo creo —dijo Andre como quien descubre algo— que la mayor parte de las mujeres se casan para obtener su libertad.

—Entonces son menos exigentes que yo. Hay algo dentro de mí, en mi corazón, una brillantez y una pesadez... ¿cómo describirlo? Algo que existe y sin embargo no existe, algo que tengo la obligación de sobrellevar y que no tengo el derecho de entregar a cualquier hombre.

¿Hablaba, se preguntó Andre, de su virginidad o de su destino? Ella era muy extraña, pero se trataba de una extrañeza principesca y conmovedora. Todas sus palabras, aunque fueran arrogantes o ingenuas, la hacían muy estimable; y si bien el deseo estaba vedado, ella había logrado despertar la ternura de Andre, y era la primera mujer que lo hacía. En el alma de Andre, la princesa ocupaba un puesto singular, tan singular como el que ocupaba fuera del alma de Andre.

—¿Tu hermano conoce tu forma de pensar?

—¿Brant? No. Mi padre es gentil; Brant no. Cuando muera mi padre, Brant me obligará a casarme.

—Entonces no tienes a nadie...

—Te tengo a ti —dijo ella sonriendo—. Lo que significa que debemos alejarnos. Pero un amigo es un amigo, esté cerca o lejos.

—Cerca o lejos, llámame si necesitas un amigo, princesa. Yo acudiré.

Habló con la súbita dignidad de la pasión, ofreciendo sus votos como un hombre muy joven puede ofrecérselos sin reservas a la criatura más extraña y rodeada de acechanzas que haya contemplado jamás. Ella lo miró,

renunciando a su orgullo cortés y despiadado, y él le tomó la mano, pues había ganado ese derecho. Abajo, el río corría ensangrentado por el crepúsculo.

—Lo haré —dijo la princesa—. Nunca antes sentí gratitud hacia un hombre, Dom Andre.

Él se despidió exultante; pero cuando llegó a su aposento se sentó, repentinamente exhausto, parpadeando como si estuviera a punto de llorar.

Ésa fue la primera vez que se encontraron, rodeados por el viento y la dorada luz en la cima del mundo, a los diecinueve años. Los Kalinskar volvieron a casa. Pasaron cuatro años, en el segundo de los cuales, 1640, se inició la guerra civil por la sucesión conocida como la Guerra de los Tres Reyes.

Como la mayoría de las familias nobles de poca importancia, los Kalinskar secundaron al duque Givan Sovenskar en su lucha por el trono. Andre se alistó en sus tropas; hacia 1643, cuando se abrían paso hacia Krasnoy por la provincia de Molsen, abatiendo una ciudad tras otra, Andre era capitán de campo. Mientras Sovenskar avanzaba hacia la capital para ser coronado, a él le confiaron el sitio del último baluarte de los leales al este del río, la ciudad y el castillo de Moge. Así fue como un día de junio lo encontró a Andre tendido con la barbilla sobre los brazos cruzados, en el áspero pastizal de una ladera, observando a través de un valle los tejados de la ciudad, las murallas que se alzaban desde una alfombra de hojas de castaño, la torre redonda, y el río resplandeciente.

—Capitán, ¿dónde quiere que ubiquemos las culebrinas?

El viejo príncipe había muerto, y a Brant Mogeskar lo habían matado en marzo, en el Este. Si el rey Gulhelm hubiese enviado tropas a través del río para defender a sus propios defensores, su rival a esas horas no habría cabalgado rumbo a Krasnoy para ser coronado; pero no había llegado socorro alguno, y ahora los Mogeskar estaban sitiados en su propio castillo. No estaban dispuestos a rendirse. El lugarteniente de Andre, quien había llegado unos días antes al mando de las tropas ligeras, había solicitado una audiencia con George Mogeskar; pero ni siquiera había visto al príncipe. Lo había recibido la princesa, contó, una muchacha hermosa pero dura como el hierro, que se había negado a parlamentar:

—Un Mogeskar no regatea. Si ponéis sitio al castillo, lo defenderemos. Si apoyáis al pretendiente, aquí aguardaremos al rey.

Andre miraba los muros amarillentos.

—Bien, Soten, el problema es este: ¿qué tomamos primero, la ciudad o el castillo?

Pero el problema no era ese. El problema era mucho más cruel.

El lugarteniente Soten tomó asiento a su lado y sus redondas mejillas se desinflaron en un resuello.

—El castillo —dijo—. Podemos perder semanas en tomar esa ciudad, y después todavía tendremos que abrir un boquete en el castillo.

—¿Hacerle un boquete a eso... con las armas que tenemos? Una vez que tomemos la ciudad, en el castillo aceptarán condiciones.

—Capitán, esa mujer no va a aceptar ninguna condición.

—¿Cómo lo sabe?

—¡La he visto!

—También yo —dijo Andre—. Ubicaremos las culebrinas allá, frente al muro meridional de la ciudad. Iniciaremos el bombardeo mañana al amanecer. Nos pidieron que tomáramos la fortaleza sin dañarla. Tendrá que ser a costa de la ciudad. No nos dejan opción.

Aunque el tono de su voz era sombrío, su corazón estaba exaltado. Le daría todas las oportunidades posibles: la oportunidad de renunciar a un combate sin esperanzas y también la oportunidad de probarse a sí misma, de apelar al coraje cuyo peso y cuyo brillo había sentido en el pecho, como una espada secretamente enfundada en su vaina.

Él había sido un pretendiente digno, un hombre del mismo temple que ella, y lo habían rechazado. Muy bien. Ella no quería un amante, sino un enemigo; y él sería un enemigo digno y respetable. Se preguntó si la princesa ya sabría su nombre, si alguno habría comentado: “Están al mando del capitán de campo Kalinskar”, y ella habría respondido, con su manera señorial, gentil, desaprensiva: “¿Andre Kalinskar?”, acaso frunciendo el ceño al enterarse de que él se había unido al duque en contra del Rey, y no obstante sin sentir disgusto, sin deplorar que él fuera su enemigo.

Tomaron la ciudad, a costa de tres semanas y muchas vidas. Más tarde, cuando Kalinskar era Mariscal del Ejército Real, al embriagarse solía

comentar: “Puedo tomar cualquier ciudad. Tomé Moge”. Los muros estaban diestramente fortificados, el arsenal del castillo parecía inagotable, y los defensores combatían haciendo alarde de paciencia y entereza. Afrontaban la metralla y los asaltos, apagaban el fuego con las manos desnudas, se alimentaban de aire, a último momento peleaban cara a cara, defendiendo una casa tras otra, desde las puertas de la ciudad hasta las laderas del castillo; y cuando los tomaban prisioneros decían:

—Es ella.

Andre aún no la había visto. Había temido encontrarla en lo más grueso de esa carnicería, en las calles estrechas y destrozadas. Al atardecer seguía mirando las murallas que se alzaban treinta metros más arriba, las humeantes bocas de fuego, la torre redonda coloreada por el crepúsculo, el castillo intacto.

—Me pregunto si podríamos meterle un fósforo al polvorín —dijo el lugarteniente Soten, resoplando.

El capitán se volvió con los ojos de halcón enrojecidos e hinchados por el humo y la fatiga.

—¡Voy a tomar Moge tal como está! ¿Sería capaz de volar la mejor fortaleza del país, sólo porque está cansado de guerrear? ¡Por Dios que voy a enseñarle a tener respeto, Soten!

¿Respeto por qué, o por quién? se preguntó Soten, pero contuvo la lengua. Por lo que él sabía, Kalinskar era el mejor oficial del ejército y él estaba contento de seguirlo, a la locura o adonde fuera. Todos estaban enloquecidos por la contienda, la fatiga, el calor arenoso y enceguecedor, el polvo del verano.

Los bombardeos y los asaltos se sucedían a toda hora, para impedir que los defensores tuvieran reposo. En la penumbra del alba, Andre conducía un grupo de soldados a una brecha parcial que habían abierto al minar la muralla exterior, cuando se encontraron con una patrulla del castillo. Pelearon con espadas en medio de la oscuridad, al pie de la muralla. Era una escaramuza confusa e inconducente, y Andre llamaba a sus hombres para incitarlos a la retirada cuando notó que la espada se le había caído. La buscó a tientas. Por alguna razón sus manos no lograban cerrarse, sino que

se deslizaban estúpidamente entre piedras y terrones. Algo frío y granuloso le apretó la cara: la tierra. Abrió muy grandes los ojos, y vio la obscuridad.

Dos vacas pacían en el patio interior, las últimas de los grandes rebaños de Moge. A las cinco de la mañana la princesa recibió, como de costumbre, un tazón de leche en sus aposentos, y poco más tarde el capitán del fuerte apareció, como de costumbre, para darle parte de lo sucedido durante la noche. Las noticias eran las mismas de siempre e Isabella prestaba poca atención. Estaba calculando cuándo acudirían las fuerzas del rey Gulhelm, siempre que el mensajero hubiese llegado a destino. No podía demorar más de diez días. Diez días era mucho tiempo. Hacía sólo tres que había caído la ciudad, y ya parecía un hecho remoto, algo acaecido el año anterior, un suceso histórico. Sin embargo, podrían aguantar diez días más, dos semanas si era necesario. El rey sin duda les mandaría socorro.

—Enviarán un mensajero para que pregunten acerca de él —estaba diciendo Breye.

—¿Él? —Ella clavó su mirada intensa en el capitán.

—El capitán de campo.

—¿Qué capitán de campo?

—Os estaba diciendo, princesa. La patrulla lo tomó prisionero esta mañana.

—¿Un prisionero? ¡Traedlo en el acto!

—Tiene una herida de sable en la cabeza, princesa.

—¿Puede hablar? Iré a verlo. ¿Cómo se llama?

—Kalinskar.

Lo siguió a Breye atravesando dormitorios dorados donde los mosquetes estaban ordenados sobre los lechos, un largo corredor solado con cuadrados de madera que crujían con el cristal de los candelabros destrozados, hasta el salón de baile del ala este, ahora transformado en hospital. Camas de roble con pilar y baldaquino se apiñaban en la sala como buques a la deriva buscando refugio en una bahía después de la borrasca. El prisionero estaba dormido. Ella se sentó a su lado y le miró el rostro, un rostro oscuro, sereno, pasivo. Algo se aflojó dentro de Isabella: no su voluntad, que era inflexible; pero se sintió extenuada, mortalmente

extenuada y floja, cuando miró a su enemigo. Él se movió un poco y abrió los ojos. Entonces la princesa lo reconoció.

—Dom Andre —dijo al cabo de un rato.

Él sonrió levemente y pronunció algo inaudible.

—El cirujano dice que vuestra herida no es grave. ¿Habéis conducido el sitio?

—Sí —dijo él con toda claridad.

—¿Desde el comienzo?

—Sí.

Ella miró los destartalados ventanales, que sólo permitían entrar un vago destello de la calurosa luz de julio.

—Sois nuestro primer prisionero. ¿Qué nuevas tenéis?

—Givan Sovenskar fue coronado en Krasnoy el primero de mes. Gulhelm sigue todavía en Aisnar.

—No traéis buenas nuevas, capitán —dijo ella con voz apagada e indiferente. Miró los otros lechos que atestaban la sala y le hizo a Breye un gesto para que retrocediera. La irritaba no poder hablar a solas con el prisionero. Pero no sabía qué decir.

—¿Estáis sola aquí, princesa?

Él le había formulado una pregunta, al igual que la otra vez, en la cima del castillo iluminada por el crepúsculo.

—Brant murió —respondió ella.

—Lo sé. Pero el hermano menor... Lo acompañé a cazar en los cenagales, en aquellos tiempos.

—George está aquí ahora. Combatió en la defensa de Rastre. Estalló un mortero y él quedó ciego. ¿También dirigíais el sitio de Kastre?

—No. Luché allí.

Ella lo miró a los ojos por un instante.

—Lamento todo esto —dijo—. Lo lamento por George. Por mí misma. Por vos, que jurasteis ser mi amigo.

—¿Vos lo sois? Yo no. Hice cuanto pude. He servido a vuestra gloria. Sabéis que hasta mis propios soldados entonan canciones *acerca* de vos, acerca de la Dama de Moge, un arcángel en las murallas del castillo. En Krasnoy hablan de vos y cantan las canciones. Ahora también podrán decir

que me tomasteis prisionero. Todos están maravillados. Vuestros enemigos se regocijan en vos. Habéis ganado vuestra libertad. Habéis sido vos misma.

Hablaba apresuradamente, pero en cuanto se interrumpió y cerró los ojos un momento para descansar, la cara recobró su aspecto sereno y juvenil. Isabella permaneció un minuto sentada sin decir una palabra, luego se incorporó súbitamente y se retiró de la sala con el paso torpe y apresurado de una muchacha afligida, arrastrando sin gracia el vestido pesado y tiznado de pólvora.

Andre advirtió que ella se había ido y que ahora la reemplazaba el viejo capitán del fuerte, quien lo miraba con odio y curiosidad.

—¡Yo la admiro tanto como tú! —le dijo a Breye—. Más, aún más que cualquiera de vosotros aquí en el castillo. Más que nadie. Durante cuatro años... —Pero Breye también se había ido—. ¡Traedme un poco de agua para beber! —exclamó con furia, y luego yació en silencio, la mirada fija en el cielo raso. Un rugido y un estremecimiento, ¿qué era?, luego tres estampidos secos, profundos y desgarradores como el dolor en la raíz de un diente; luego otro rugido que hizo temblar la cama... Al fin comprendió que éste era el bombardeo, oído desde adentro. Soten había asumido el mando.

—¡Basta! —dijo, mientras proseguía el insidioso fragor—. Basta. Necesito dormir. ¡Basta, Soten! ¡Haga cesar el fuego!

Cuando despertó de sus delirios había anochecido. Había alguien sentado cerca de la cabecera del lecho. Entre él y la silla ardía una vela; más allá del amarillo círculo de luz que coronaba la llama de la vela pudo ver la mano y la manga de un hombre.

—¿Quién está ahí? —preguntó atemorizado.

El hombre se levantó y a la luz de la vela le mostró una cara destrozada. Nada quedaba de sus rasgos, salvo la boca y la barbilla. Eran delicadas, la boca y la barbilla de un mozo de diecinueve años. El resto era una cicatriz que recién acababa de cerrar.

—Soy George Mogeskar. ¿Puede usted entenderme?

—Sí —replicó Andre con la garganta sofocada.

—¿Puede incorporarse y escribir? Yo le sostendré el papel.

—¿Escribir qué?

Ambos hablaban muy quedamente.

—Quiero rendir la plaza —dijo Mogeskar—. Pero deseo que mi hermana se vaya de aquí, en libertad. Después de eso le entregaré la fortaleza. ¿Está de acuerdo?

—Yo... aguarde...

—Escríbale a su lugarteniente. Dígale que me rendiré con esta única condición. Sé que Sovenskar quiere esta fortaleza. Dígale que si quieren retener a mi hermana, haré polvo la fortaleza, y a usted, y a mí, y a ella. Como ve, yo no tengo mucho que perder.

La voz del joven era uniforme, aunque algo sombría. Hablaba con lentitud y con implacable determinación.

—La... la condición es justa —dijo Andre.

Mogeskar trajo a la luz un tintero, buscó a tientas la parte superior, hundió la pluma y le dio la pluma y el papel a Andre, quien había hecho un esfuerzo para sentarse. Después que la pluma arañó el papel durante un minuto, Mogeskar dijo:

—Te recuerdo, Kalinskar. Cazamos juntos en los cenagales. Eras buen tirador.

Andre lo miró. Seguía esperando que el muchacho se despojara de esa máscara indescriptible y le mostrara la cara.

—¿Cuándo partirá la princesa? ¿Mi lugarteniente deberá escoltarla para cruzar el río?

—Mañana a las once de la noche. Cuatro de nuestros hombres la acompañarán. Uno regresará para confirmar la fuga. Parece una gracia de Dios que tú hayas dirigido el sitio, Kalinskar. Te recuerdo, confío en ti.

—La voz era como la de su hermana, leve y arrogante, con la misma nota sombría—. Espero que puedas confiar en que tu lugarteniente guardará este secreto.

Andre se frotó la dolorida cabeza; las palabras que había escrito danzaron y se contorsionaron sobre el papel.

—¿Secreto? ¿Quieres que este... que estas condiciones se mantengan... deseas que su fuga se haga en secreto?

—¿Piensas que quiero que digan que vendí su coraje para comprar mi seguridad? ¿Piensas que ella se iría si supiera lo que doy por su libertad?

Ella cree que va a solicitar ayuda del rey Gulhelm, mientras yo defiendo la plaza.

—Príncipe, ella nunca te perdonará...

—No quiero su perdón, sino su vida. Ella es la última de nosotros. Si ella se queda aquí, se encargará de que la maten cuando al fin te apoderes del castillo. Trueco el Castillo de Moge y la confianza que ella deposita en mí, por la vida de mi hermana.

—Lo lamento, príncipe —dijo Andre; las lágrimas le hacían temblar la voz—. No había entendido. No tengo la cabeza muy despejada. —Hundió la pluma en el tintero sostenido por el ciego, escribió otra oración, luego sopló sobre el papel, lo plegó, lo puso en manos del príncipe—. ¿Puedo verla antes que se vaya?

—No creo que ella venga a ti, Kalinskar. Te tiene miedo. No sabe que soy yo quien va a traicionarla.

Mogeskar tendió la mano hacia la inquebrantada tiniebla que lo rodeaba; Andre se la estrechó. Después observó cómo esa figura espigada, esbelta y juvenil se internaba en la obscuridad con pasos vacilantes. La vela ardía junto al lecho, única lumbre en esa habitación alta y extensa. Andre se quedó mirando la dorada y palpitante esfera de luz que circundaba la llama.

Dos días más tarde el Castillo de Moge se rindió a sus sitiadores mientras su señora, sin saber nada, cabalgaba esperanzada por comarcas neutrales hacia el Oeste, hacia Aisnar.

Y se vieron una tercera y última vez, sólo por casualidad. Aunque el príncipe George Mogeskar lo había invitado a pasar por el castillo cuando marchaba hacia la guerra fronteriza en el año '47, Andre no había aceptado. No era propio de su temperamento eludir el lugar que testimoniaba su primera victoria de importancia ni rechazar a un ex adversario orgulloso y agradecido, actitudes que podían evidenciar temor o mala conciencia. No solía incurrir en esas debilidades. Sin embargo, no visitó Moge. Fue treinta y siete años más tarde, en un baile de invierno en casa del conde Alexis Helleskar de Krasnoy, cuando alguien lo tomó del brazo y le dijo:

—Princesa, dejad que os presente al mariscal Kalinskar. La princesa Isabella Proyedskar.

Él hizo la profunda reverencia que hacía habitualmente, se incorporó y se irguió aún más, pues la mujer le llevaba por lo menos una pulgada de altura. El cabello cano de la mujer se ensortijaba en los complejos rizos y volutas de moda en esos días. En la cara ancha y pálida los ojos gris azulado resplandecieron con una mirada fija e inexplicable de camaradería. La mujer estaba sonriendo.

—Conozco a Dom Andre —dijo.

—Princesa —musitó él, azorado.

Ella había engordado; ahora era una mujer corpulenta, imponente, plantada con firmeza. En cuanto a él, era piel y huesos, y cojeaba de la pierna derecha.

—Mi hija menor, Oriana.

La muchacha de diecisiete o dieciocho años lo saludó, mirando con curiosidad al héroe, al hombre que en tres guerras y treinta años de lucha había forjado la unión de un país fragmentario, ganándose una fama simple e incuestionable. Qué anciano pequeño y huesudo, decían los ojos de la joven.

—Vuestro hermano, princesa...

—George murió hace muchos años, Dom Andre. Mi primo Enrike es hoy el señor de Moge. ¿Pero decidme, os habéis casado? Sé con respecto a vos lo que sabe todo el mundo. Ha pasado tanto tiempo, Dom Andre, dos veces la edad de esta niña...

Su voz era maternal y quejumbrosa. La arrogancia y la liviandad habían desaparecido, y también ese matiz sombrío de pasión y temor. Ahora no le tenía miedo. Ahora no tenía miedo a nada. Esposa, madre, abuela, había llegado a su ocaso. Era una vaina con la espada enfundada, un castillo tomado, ningún hombre era su enemigo.

—Me casé, princesa. Mi mujer murió al dar a luz, mientras yo estaba en el campo de batalla. Hace muchos años —dijo ásperamente.

—¡Ah, pero qué triste es la vida, Dom Andre! —replicó ella, banal y quejosa.

—No habríais dicho eso en las murallas de Moge —dijo él, aún más ásperamente, pues verla así lo colmaba de amargura. Impávida, ella alzó los ojos gris azulado, limitándose a mirarlo.

—No —dijo—, es verdad. Y si me hubiesen permitido morir en las murallas de Moge, habría muerto creyendo que la vida estaba plena de grandes terrores y grandes alegrías.

—¡Lo está, princesa! —dijo Andre Kalinskar, irguiendo la cara oscura, un hombre que no conocía la derrota ni la conclusión. Ella se limitó a sonreír.

—Para vos, tal vez —dijo con su voz uniforme y maternal.

Se acercaron otros huéspedes y ella les habló, sonriendo. Andre permaneció aparte, con aspecto malhumorado y enfermizo, pensando en lo atinado de su decisión de no volver nunca a Moge. Había podido creerse a sí mismo un hombre honesto. Había evocado con fidelidad y regocijo, durante cuarenta años, las rojas viñas de octubre, los caldeados atardeceres azules de verano en el transcurso del sitio. Y ahora sabía que había traicionado todo eso y había perdido lo único que valía la pena tener, al fin y al cabo. Pasivo y heroico, se había entregado por entero a su propia vida; pero la dádiva que le debía a ella, la única dádiva digna de un soldado, era la muerte; y él se la había negado. Había rehusado ofrecérsela. Y ahora, a los sesenta años, después de tantos días, guerras, años y paisajes, tenía que mirar atrás para comprobar que todo estaba perdido, que había luchado por nada, que no había ninguna princesa en el castillo.

PAÍSES IMAGINARIOS

—No podemos ir al río el sábado —dijo el barón—, porque nos vamos el viernes.

Los dos pequeños lo miraron a través de la mesa del desayuno. Zida pidió la mermelada pero Paul, un año mayor, descubrió en una zona remota y poco frecuentada de su memoria un comedor más oscuro desde cuyos ventanales se veía caer la lluvia.

—¿De vuelta a la ciudad? —preguntó.

El padre asintió. Y ante el gesto, la colina iluminada por el poniente que se veía a través de estos ventanales cambió por completo, mirando hacia el Norte en lugar de hacia el Sur. Ese día el rojo y el amarillo atravesaron los bosques como fuego, las uvas engordaron en las pesadas viñas, y los campos de agosto, claros, impetuosos, cercados de alambre, se extendieron pacientes e ilimitados bajo el resplandor de setiembre. Al día siguiente Paul supo, en cuanto despertó, que estaban en otoño y era miércoles.

—Hoy es miércoles —le dijo a Zida—, mañana es jueves, y después viernes y nos vamos.

—Yo no me voy —replicó Zida con indiferencia, y partió hacia el Pequeño Bosque para seguir trabajando en su trampa para unicornios. Estaba confeccionada con una huevera e innumerables retazos de tela, con varias clases de cebo. Había empezado a fabricarla desde que encontró los rastros, y Paul dudaba de que pudiera capturar siquiera una ardilla. Paul, consciente del tiempo y de la estación, corrió velozmente hacia el Peñasco Alto para terminar el túnel antes que tuvieran que emprender el regreso.

Dentro de la casa la voz de la baronesa se zambullía por las escaleras del altillo como una golondrina.

—¡Oh Rosa! ¿Dónde está entonces el baúl azul?

Y como Rosa no respondía, ella iba tras su propia voz, persiguiéndola a ella y a Rosa y al baúl perdido por las escaleras y los corredores para regocijarse al encontrarlos ante la puerta del sótano. Luego el barón oyó desde su estudio cómo Tomas y el baúl subían rechinando escalón por escalón, mientras Rosa y la baronesa empezaban a vaciar los armarios de los niños, despojándolos de camisas y vestidos como ladrones delicados y metódicos.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Zida con severidad, al volver en busca de una percha destinada a enganchar la pezuña del unicornio.

—Empacando —dijo la mucama.

—Mis cosas no —ordenó Zida, y se fue.

Rosa continuó saqueando el armario. En su estudio, el barón seguía leyendo sin alterarse, salvo por una sensación de añoranza tal vez despertada por la voz dulce y distante de su esposa, tal vez por la textura de la luz que caía sobre su escritorio desde el ventanal sin cortinas.

En otro cuarto su hijo mayor, Stanislas, introdujo un microscopio; una raqueta de tenis y una caja llena de rocas con las etiquetas medio despegadas en una maleta, luego desistió. Con una libreta en el bolsillo, atravesó los corredores frescos y purpúreos, bajó los escalones, cruzó el pórtico y salió a la vasta y repentina luz de afuera. Josef, que leía bajo los Cuatro Olmos, le dijo:

—¿Para qué has salido? Hace calor.

No había tiempo para detenerse a conversar.

—Vuelvo enseguida —replicó cortésmente Stanislas, y siguió su camino.

Recorrió la carretera empañada de sol y de polvo, pasó frente al Peñasco Alto, donde su medio hermano Paul estaba cavando. Se detuvo para inspeccionar la obra. Carreteras asfaltadas con arcilla blanca zigzagueaban sobre la superficie de roca. El Citroen y el Rolls estaban estacionados cerca de un puente que salvaba una garganta producida por la erosión. Había comenzado un túnel que estaba en proceso de ampliación.

—Buen túnel —dijo Stanislas.

—Esta tarde estará listo para la inauguración —dijo el ingeniero, radiante y mugriento—. ¿Quieres asistir a la ceremonia?

Stanislas asintió y prosiguió la marcha. Ascendió una ladera alta y prolongada, pero pronto se apartó del sendero y, saltando la zanja, penetró en su reino, el reino de los árboles. A pocos pasos se extinguían el polvo y la brillante luz. Había hojas por arriba y por debajo; el aire parecía un agua verdosa donde nadaban los pájaros y los oscuros troncos se alzaban elevando sus copas y coronas hacia el otro elemento, el cielo. Stanislas fue primero al Roble y estiró los brazos esforzándose por cubrir un cuarto de la circunferencia del tronco. Apretaba el pecho y la mejilla contra las ásperas nervaduras de la corteza; el olor de los hongos y el musgo le penetraba las fosas nasales y la oscuridad del árbol le cubría los ojos. Superaba en tamaño a cualquier cosa que él pudiera agarrar. Era muy viejo, y tenía vida, y no sabía que él se encontraba allí. Stanislas llevaba una libreta llena de mapas en el bolsillo. Sonriendo, reanudó calladamente la marcha entre los árboles de su comarca aún ignorados por su cartografía.

Josef Brone, que había pasado el verano proveyendo a su profesor con documentación sobre la historia de las Diez Provincias en la Baja Edad Media, leía inquieto a la sombra de los olmos. El viento campestre agitaba las páginas y le secaba los labios. Apartó los ojos de la crónica latina de una batalla perdida hacía nueve siglos para mirar el tejado de la casa llamada Asgard. La casa, cuadrangular como una caja, rodeada por galerías, cobertizos y establos dispersos, se alzaba sobre un terreno chato, también cuadrangular; luego de mirar un rato en todas direcciones los campos se elevaban con lentitud, convirtiéndose en colinas, y detrás surgían colinas más altas, y detrás el cielo. Era como una caja blanca en un cuenco azul y amarillo, y Josef, recién egresado de la universidad y concentrado en el seminario jesuíta al que entraría en otoño, dispuesto a leer documentos y hacer resúmenes y copiar referencias, no sin turbación había descubierto que la familia del barón había bautizado al lugar con el nombre de la mansión de los dioses nórdicos. Pero esto ya no lo inquietaba. Aquí habían ocurrido tantos hechos inesperados, y tan pocos parecían haber concluido. Faltaban muchos años para completar la historia. En tres meses jamás había

descubierto adonde se dirigía Stanislas cuando subía a solas por el sendero. El viernes se iban. Ahora o nunca. Se levantó y siguió al muchacho. El sendero atravesaba una barranca de tres metros donde estaba encaramado el pequeño Paul, quien cavaba en la tierra con los dedos haciendo un ruido con la garganta: rrrm, rrrm. Al pie de la barranca había un par de autos de juguete. Josef siguió subiendo por la colina y al poco tiempo ansió llegar a la cima, desde donde podría averiguar el paradero de Stanislas. Una granja apareció y desapareció de la vista. El camino ascendía. Una alondra se elevó cantando y pareció rozar el sol. Pero no había cima. El único modo de bajar era volviéndose. Se volvió. Cuando se acercaba a los bosques que dominaban Asgard un joven saltó al camino, rápido como la sombra de un halcón. Josef lo llamó por el nombre y se encontraron en el blanco y polvoriento resplandor.

—¿Dónde has estado? —preguntó Josef, transpirando.

—En el Gran Bosque —respondió Stanislas—, esa espesura que ves allí.

—¿Está fresco ahí? —preguntó ávidamente Josef—. ¿Qué haces allá adentro?

—Oh, hago mapas de los senderos. Sólo para divertirme. Es más grande de lo que parece. —Stanislas titubeó, luego añadió—: ¿Nunca estuviste? Quizá te gustaría ver el Roble.

Josef, saltando la zanja y atravesando la apretada atmósfera verde, lo siguió hasta el Roble. Era el árbol más grande que había visto jamás; no había visto muchos.

—Supongo que es muy viejo —dijo mientras contemplaba pasmado la altura de las ramas, galaxias y galaxias de interminables hojas verdes.

—¡Oh, un siglo o dos o tres o seis! —dijo el niño—. ¡Trata de rodearlo con el brazo!

Josef estiró los brazos y se esforzó, intentando en vano apartar la mejilla de la áspera corteza.

—Hacen falta cuatro hombres para rodearlo —dijo Stanislas—. Yo lo llamo Yggdrasil, Tú sabes por qué ¿no? Claro que el Yggdrasil era un fresno, no un roble. ¿Quieres ver el Bosquecillo de Loki?

El joven siguió a su guía por las honduras de ese dédalo confuso de nombres que también era una auténtica floresta: árboles, aire inmóvil, tierra. Junto al lecho seco de un manantial, bajo grises y altos alisos, discutieron la historia de la muerte de Baldur, y Stanislas le indicó a Josef los oscuros manojos de muérdago que poblaban las ramas de los robles más pequeños. Salieron del bosque y bajaron el camino rumbo a Asgard. Josef caminaba rígidamente, enfundado en el traje oscuro que había comprado para su último año en la Universidad, llevando en el bolsillo un libro escrito en una lengua muerta. El sudor le perlaba la cara, y se sentía muy feliz. Aunque no tenía mapas y había llegado más bien tarde, al menos había recorrido el bosque una vez. Pasaron junto a Paul, quien seguía cavando e ignoraba el tintineo del triángulo de hierro de la casa, utilizado para anunciar las comidas, los incendios, los chicos perdidos y otros acontecimientos notorios.

—¡Vamos a almorzar! —ordenó Stanislas.

Paul se deslizó por la barranca y los tres caminaron tranquilamente hacia la casa, siete, catorce y veintiún años respectivamente.

Esa tarde Josef ayudó al profesor a empacar los libros, dos baúles repletos de libros, una pequeña biblioteca de historia medieval. A Josef le gustaba leerlos, no empacarlos. A él, y no a Tomas, el profesor le había pedido: “¿Me darías una mano con los libros?”. No era el tipo de trabajo que esperaba realizar allí. Ordenó, levantó y guardó una pila tras otra de resentimiento en los insaciables baúles de hierro, mientras el profesor trabajaba con ahínco e interés, meciendo los incunables como si fueran niños, manipulando cada volumen con afecto y solicitud.

—Gracias, Josef, ya está —dijo, poniéndose de rodillas con las llaves en la mano.

Bajó las trabas de bronce y cerró con llave el trabajo de todo un verano. Ya está, eso es. Josef había hecho aquí tantas cosas que no había esperado, y ahora no quedaba nada por hacer. Desconsolado, volvió bajo la sombra de los olmos; pero la esposa del profesor, de quien no había esperado enamorarse, estaba sentada allí.

—Te robé la silla —dijo ella amablemente—, siéntate en la hierba.

Había más suciedad que hierba, pero lo llamaban hierba, y él obedeció.

—Rosa y yo estamos agotadas —dijo ella—, y no me atrevo a pensar en mañana. Es lo peor, el día anterior a la partida... La ropa, la platería, dar vuelta los platos y poner trampas para ratones y siempre hay una muñeca que se pierde y se encuentra después que todos hurgaron durante horas bajo una pila de ropa sucia... Y luego hay que barrer la casa y cerrar todo. Y detesto cada parte de esa tarea, detesto cerrar esta casa. —Tenía una voz leve y quejumbrosa como el llamado de un pájaro, sin importarle si alguien atendía a esas quejas ni que fueran quejumbrosas—. Espero que te haya gustado el lugar.

—Mucho, baronesa.

—Así lo espero. Sé que Severin te ha hecho trabajar muy duro. Y somos tan desorganizados. Nosotros, los niños y las visitas, siempre parecemos dispersos y sólo nos encontramos al pasar... Espero que eso no te haya molestado.

Era verdad; durante todo el verano, en cielos y marejadas, la casa había estado llena o medio llena de visitantes, amigos de los niños, amigos de la baronesa, amigos, colegas y vecinos del barón, cazadores de patos que dormían en el establo en desuso porque los dormitorios libres estaban colmados de historiadores polacos de la Edad Media, damas con grupos de niños, el menor de los cuales inevitablemente se caía en el estanque a esta hora de la tarde. Por esa razón todo parecía ahora tan callado y otoñal: los cuartos vacíos, el estanque tranquilo, las colinas no turbadas por el eco de las risas.

—Me ha gustado conocer a los niños —dijo Josef—, y especialmente a Stanislas.

Después enrojeció como una remolacha, porque sólo Stanislas no era hijo de la baronesa.

—Stanislas es muy agradable —dijo ella con timidez, sonriente—. Y los catorce años... es una edad temible, cuando uno descubre tan rápido lo que uno es capaz de ser, pero también los esfuerzos que el mundo espera... Él sale del paso muy grácilmente. En cambio Paul y Zida... cuando lleguen a esa edad los va a agotar el esfuerzo. Pero Stanislas conoció las carencias desde muy chico... ¿Cuándo entras al seminario? —preguntó, cambiando repentinamente de tema, aunque sin brusquedad.

—El mes que viene —respondió él, bajando la mirada.

—¿Entonces —preguntó ella— estás totalmente seguro de que esa es la vida que quieres llevar?

Luego de una pausa, y todavía sin mirarla a la cara, pese a que el blanco del vestido y el verde y oro de las hojas le llenaban los ojos, Josef preguntó:

—¿Por qué me lo pregunta, baronesa?

—Porque la idea del celibato me aterra —replicó ella, y él quiso tenderse en el suelo tachonado con hojas de olmo semejantes a finas monedas ovales para morir—. La esterilidad —continuó ella—, verás, la esterilidad me asusta, me espanta. Es mi enemiga. Sé que tenemos otros enemigos, pero ése es el que más aborrezco, porque hace la vida inferior a la muerte. Y sus aliados son horribles: el hambre, la enfermedad, la deformidad, y la perversión, la ambición, y el afán de sentirse a salvo. ¿Qué están haciendo los niños?

Durante el almuerzo Paul le había preguntado a Stanislas si esa tarde podían jugar de nuevo a Ragnarok. Stanislas había asentido, de manera que ahora era un Gigante Helado cuyos rugidos atronaban las murallas de Asgard, representadas por una zanja de desagüe que había detrás del estanque. Odin arrojaba rayos desde las murallas, y Thor...

—¡Stanislas! —exclamó la madre, y su figura blanca y esbelta se incorporó de la silla que ocupaba al lado del joven—. No dejes que Zida use el martillo, por favor.

—¡Soy Thor, soy Thor, tengo que usar un martillo! —protestó Zida.

Stanislas intervino y luego se dispuso a hostigar nuevamente las murallas, mientras Zida lo acompañaba en cuatro patas.

—Ahora es Fenris el Lobo —le anunció a su madre, con una voz que vibró en la tarde tórrida conteniendo apenas la risa. Sombrío y severo, cerrando un ojo, Paul empuñaba la maza y enfrentaba a los ejércitos del Hel y las Tierras Heladas.

—Voy a buscar limonada para todos —dijo la baronesa, y dejó a Josef, quien por fin pudo hundirse de bruces en la tierra, agobiado por la atroz dulzura y la angustia que ella había despertado en él, tal vez destinada a no apaciguarse jamás, mientras junto al estanque Odin combatía con el ejército de hielo desde las soleadas fortificaciones de la mansión de los dioses.

Al día siguiente sólo las paredes de la casa quedaron en pie. Adentro no había sino una profusión de cajas y cajones abiertos y gente que trasladaba cosas apresuradamente. Tomas y Zida escaparon; él, que se desempeñaba con lentitud en medio del tumulto y era el único que vivía todo el año en Asgard, para limpiar el patio sin ponerse en el camino de nadie, y ella para pasar la tarde en el Pequeño Bosque. A las cinco Paul chilló desde la ventana:

—¡El auto! ¡El auto! ¡Viene el auto! Un enorme taxi negro modelo 1923 entró en el patio, avanzando con cautela. Sus faros ciegos y prominentes refulgían bajo el sol de la tarde. Tomas, Stanislas, Josef y el chofer de taxi del pueblo cargaron las cajas, las maletas, el baúl azul y los baúles de hierro en el auto, bajo la ágil y eficiente supervisión del barón Severin Egideskar, quien presidía el Consejo Folien de Estudios Medievales de la Universidad de Krasnoy.

—Y mañana a las ocho nos llevará con todo esto a la estación, ¿correcto?

El chofer, quien había hecho lo mismo cada setiembre durante siete años, asintió. El taxi, cargado con los implementos materiales de siete personas, se alejó a los tumbos, cambiando de velocidades por la carretera bajo la exhausta y soleada quietud del atardecer, donde la casa volvió a erguirse intacta cuarto por cuarto.

Ahora también el barón escapó. Encendió la pipa y lenta, pero subrepticamente, al igual que un fugitivo, vagabundeo, alejándose del estanque y de los corrales de Tomas, caminando a lo largo de una cerca tapada por un pastizal silvestre cuyas hierbas doradas por el sol se mecían con pesadez hacia el bosquecillo de abedules que llamaban el Pequeño Bosque.

—¿Zida? —llamó, deteniéndose en la sombra frágil y tórrida estremecida por el incesante canto de los grillos que habitaban los campos alrededor de la espesura. Nadie respondió.

Envuelto en una nube de humo azulado, volvió a detenerse junto a una huevera decorada con muchos retazos de tela estampada y papeles de color. Enfrente, sobre el terreno musgoso y pisoteado, yacía una percha de madera. En uno de los compartimientos de la huevera había una cáscara de

huevo pintada de oro, en otro un fragmento de cuarzo, en otro una costra de pan. Cerca de allí una niña dormía profundamente, los pies descalzos y la cadera más alta que la *cabeza*. El barón se sentó en el musgo, volvió a encender la pipa, y contempló la huevera. Luego acarició las plantas de los pies de la niña. Ella resopló. Cuando empezó a despertar, el barón la sentó sobre sus piernas.

—¿Qué es eso?

—Una trampa para cazar unicornios.

Ella se quitó el cabello y la hojarasca de la cara y se puso más cómoda.

—¿Capturaste alguno?

—No.

—¿Viste alguno?

—Paul y yo vimos algunas huellas.

—Rastros de pezuñas dobles, ¿eh? Ella asintió. Delicadamente, desde el crepúsculo, en la imaginación del barón irrumpió el cerdo blanco de su vecino, plateado entre los troncos de los abedules.

—Dicen que sólo las niñas pueden capturarlos —murmuró, y luego permanecieron largo tiempo sentados.

—Es hora de cenar —dijo el barón—. Hemos empacado todos los manteles, cuchillos y tenedores. ¿Cómo vamos a comer?

—¡Con los dedos!

Zida dio un brinco y echó a correr.

—Los zapatos —ordenó el padre, y laboriosamente ella introdujo los piecitos fríos y sucios en las sandalias de cuero.

—¡Vamos, papá! —gritó después, y desapareció.

Con pasos rápidos pero desgastados, al parecer sin seguirla pero conservando una distancia prudente, él avanzó entre las prolongadas y vagas sombras de los abedules; caminó a lo largo de la cerca, pasó junto a los corrales y el estanque reluciente, volvió al cautiverio.

Todos se sentaron en el suelo, bajo los Cuatro Olmos. Había jamón, pickles, berenjenas saltadas frías y con sal, pan duro y vino tinto. Las hojas de olmo se adherían al pan como finas monedas. El cielo puro, desierto y ventoso del anochecer se reflejaba en el estanque y en el vino. Stanislas y Paul empezaron a forcejear y cubrieron de polvo los restos del jamón; la

baronesa y Rosa, lamentándose, limpiaron el jamón. Los muchachos fueron a jugar con los autos en el Peñasco Alto, y a conferenciar sobre los perjuicios que podían acarrear las lluvias. Pues llovería. Durante los nueve meses que estuvieran ausentes de Asgard la lluvia arreciaría sobre caminos y colinas, y el túnel terminaría por derrumbarse. Stanislas irguió la cabeza un instante, pensando en el Roble en invierno, cuando él nunca lo veía, en las raíces del árbol que sostenía el mundo escurriendo una oscura lluvia bajo tierra. Zida dio dos vueltas alrededor de la casa a hombros del unicornio, chillando de pura alegría, por haber comido en el suelo y con los dedos, por haber visto (aunque sólo con el rabillo del ojo) titilar la primera estrella sobre los campos difuminados por el crepúsculo. Luego empezó a chillar de furor cuando Rosa la llevó a la cama, donde se durmió instantáneamente. Una por una asomaron las estrellas, exhibiendo su fulgor. Uno por uno los jóvenes fueron a acostarse. Tomas, con la última media botella, cantó larga y roncamente al estilo dórico en su cuarto encima del establo. Sólo quedaron el barón y su esposa en la penumbra otoñal, bajo la enramada y las estrellas.

—No quiero irme —murmuró ella.

—Yo tampoco.

—Mandemos los libros y la ropa de vuelta a la ciudad, y quedémonos sin ellas...

—Para siempre —dijo él; pero no podían hacerlo. En el respeto a las estaciones radica el orden, que era el ámbito de los dos. Permanecieron sentados un buen rato más, acurrucados como amantes de veinte años; luego él se levantó y dijo—: Vamos, Freya, es tarde. —Atravesaron la obscuridad y entraron a la casa.

Con el abrigo y el sombrero puesto, todos comieron pan y bebieron café con leche en el porche, en el diáfano amanecer.

—¡El auto! ¡Viene el auto! —gritó Paul, dejando caer el pan al suelo.

Rechinando y cambiando de velocidades, precedido por el ciego resplandor de los faros, llegó el taxi. Zida miró fijamente al enemigo que acababa de irrumpir dentro de las murallas y empezó a gritar. Fiel hasta último momento a la causa perdida del verano, fue metida de *cabeza* en el taxi antes que nadie.

—¡Yo no voy! ¡Yo no voy! —chillaba.

Rechinando y cambiando de velocidades, el taxi arrancó. La cabeza de Stanislas se asomó por la ventanilla delantera derecha, la de la baronesa por la ventanilla trasera izquierda, y la cara roja, desesperada y colérica de Zida se apretó contra la ventanilla oval de atrás, de manera que los tres vieron cómo Tomas se despedía agitando la mano bajo las blancas paredes de Asgard a la luz del sol que inundaba el cuenco de colinas. Paul no podía llegar a las ventanillas, pero ya estaba pensando en el tren. Veía, al final del humo y los rieles brillantes, la luz de las palmatorias en un comedor alto y oscuro, la mirada fija de un caballito de madera en el rincón de un altillo, las hojas cargadas de lluvia en los árboles del camino a la escuela, y una calle gris acortada por una penumbra fría y brumosa a través de la cual destellaba, remoto y festivo, el primer farol de las calles de diciembre.

Pero todo esto ocurrió hace mucho tiempo, hace casi cuarenta años; ignoro si ocurre todavía, aun en los países imaginarios.

1935



Nació en Berkeley, California el 21 de octubre de 1929. Su padre fue el eminente antropólogo Alfred Kroeber y su madre la escritora Theodora Kroeber. Desde pequeña se educó en una atmósfera de interés académico por los mitos y leyendas de todos los pueblos de la tierra. Su interés por la literatura es temprano: ya a la edad de 11 años envió su primer relato a la reputada revista *Astounding Science Fiction* y, aunque rechazado, eso no le hizo desistir.

Fue a la Escuela Radcliffe de la Universidad de Harvard, donde se graduó en 1951, y luego pasó un año en la Universidad de Columbia donde hizo su postgrado en lenguas romances. Su tesis de maestría relacionaba diversos aspectos de la literatura romance de la Edad Media y el Renacimiento. Tras finalizar su curso de postgrado, obtuvo una beca Fulbright para estudiar en Francia, donde conoció al que se convertiría en su marido, Charles Le Guin. Se casaron en 1953.

A su vuelta a EE. UU. enseñó francés en varias universidades antes de dedicarse por completo a la literatura. Ha publicado seis libros de poesía, veinte novelas y más de un centenar de historias, cuatro colecciones de ensayos, once libros para niños y algunas traducciones (entre las que destaca el Tao Te Ching de Lao Tse y una selección de poemas de Gabriela Mistral). Desde 1958 vivió en Portland, Oregón, donde dio a luz a sus tres hijos. En 2003 fue galardonada como «Gran Maestra» de la SFWA (la primera mujer en obtener esta distinción).

La autora falleció el lunes 22 de enero de 2018, a los 88 años, en su casa de Portland (Oregón, EE. UU).

OceanofPDF.com

Notas

[1] Sin embargo sigue siendo medurado y constante, Amor puede engendrar un prodigio no disímil de la helada estival o el fatídico trueno del invierno: quien venera a su amada hasta el día de la muerte vive la vida más envidiable de cuantos han vivido. <<

OceanofPDF.com